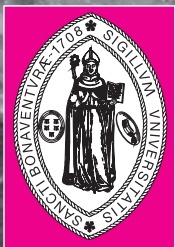


V
CONCURSO
BONAVENTURIANO DE
CUENTO Y POESÍA

PREMIOS Y MENCIONES 2009
2.462 ESCRITORES DE 23 PAÍSES



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

... muerte de
... noche decimos al mundo
... ue, para la justicia, no hay se-
... gunda oportunidad. Hoy se-
... gana. Nadie cierra sus heridas
... Nadie sale victorioso". Ésto
... declaración final de N
... antes d



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

Departamento de Bienestar Institucional
Área Artística y Cultural

V Concurso
Bonaventuriano de
Cuento y Poesía

17 de abril de 2009



© Universidad de San Buenaventura Cali
Editorial Bonaventuriana

Título: *V Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía*
ISBN: 958-97960-0-1

Rector:
Fray Álvaro Cepeda van Houten, OFM.

Coordinación:
Pedro Mario López
Área Artística y Cultural
Departamento de Bienestar Institucional

Coordinador Editorial Bonaventuriana:
Claudio Valencia Estrada

Diseño y diagramación:
Carlos Cárdenas

Ilustraciones:
Libardo Mora Ortíz (Colombia-España)

Impresión:
Producción Gráfica

USB Cali, La Umbría, carretera a Pance. PBX: (572) 488 22 22 - A.A. 25162.
www.usbcali.edu.co - email: editor@usbcali.edu.co, Colombia, Sur América.

Este libro no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la
Universidad de San Buenaventura Cali.
Octubre de 2009 - cc

Índice



- Prólogo
- Acta del jurado
- Poesía
 - César Quispe Ramírez (Primer premio)

 - Johanna Marcela Rozo Encizo (Segundo premio)

 - María Camila Pedraza (Tercer premio)

 - Helmer Hernández Rosales (Mención)

 - Nestor Raúl Correa (Mención)

 - Víctor Luna (Mención)

 - Alberto Leal Hernandez (Mención)

 - Lidia Díaz (Mención)

 - Graciela Revero Manzano (Mención)

 - Alberto Rodríguez Tosca (Mención)

- Cuento
 - Aquilino Elpido Isla (Primer premio)

 - Franklin Manrique Rodríguez (Segundo premio)

 - Gustavo Eduardo Green (Tercer premio)

 - Manuel Sabino Lazos Cortés (Mención)

 - Paul Brito Ramos (Mención)

- *Fernando A. Kosiak (Mención)*

- *Ana Márquez Cabeza (Mención)*

- *Beatriz Eugenia González (Mención)*

- *Angel Alberto Castaño Guzmán (Mención)*

- *Rodrigo Antonio Romero García (Mención)*

- *Jon Arza Pérez (Mención)*

- *Juan Carlos Garrido del Pozo (Mención)*

- *Gines Mulero Caparros (Mención)*

- *Maykel Reyes (Mención)*





Agradecimientos

A la CÁTEDRA IBEROAMERICANA ITINERANTE
DE NARRACIÓN ORAL ESCÉNICA (CIINOE)
y a su director el maestro
FRANCISCO GARZÓN CÉSPEDES,
por el apoyo permanente y la participación activa
en la difusión del Concurso y en el Jurado del mismo.

Al artista colombo-español LIBARDO MORA ORTÍZ,
por donar generosamente algunas de sus obras plásticas
para la ilustración del libro.



Prólogo

Caminos infinitos de la imaginación y de la verdad

Este libro es una hazaña de la cultura. Es muy compleja la construcción de una hazaña cultural. Las hazañas culturales son muchas más que las que suelen llegar a ser valoradas como las proezas que son, que las que logran ser reveladas, reconocidas en su dimensión excepcional. Como casi nunca se habla de las hazañas de la cultura, en la medida de mis limitadas posibilidades nunca dejé de destacar sus presencias. Es un propósito y una suerte de cruzada. Un compromiso por responsabilidad social.

Este libro es el resultado de muchas tomas de conciencia, de muchas decisiones, de muchos empeños, de muchas acciones y de muchas conjunciones institucionales y personales.

Como toda hazaña cultural, este libro es primero el corazón y la razón de muchas voluntades y poderes creadores. Suma de existencias. Suma de talentos. Motivo de orgullo. Realidad y recreación de la realidad, imaginación y verdad. Y caminos infinitos de la imaginación y de la verdad: y de sus indagaciones, descubrimientos, mensajes trascendentes.

Es un libro de dos géneros literarios –surgidos de dos manifestaciones orales entre las más antiguas y amadas– de gran presencia: la poesía y el cuento.

Ocasión el prólogo de este libro para recordar lo que he aprendido sobre la poesía como género, y mis propias consideraciones sobre la poesía, moldeadas, compartidas, difundidas, a lo largo de mis muchos años como hombre de la escritura y de la oralidad:

Anota de “poesía” uno de los diccionarios más conocidos: “Género literario exquisito; por la materia, que es el aspecto bello o emotivo de las cosas; por la forma de expresión, basada en imágenes extraídas de sutiles relaciones descubiertas por la imaginación; y por el lenguaje, a la vez sugestivo y musical, generalmente sometido a la disciplina del verso.”

El poeta es un creador capaz de recrear la vida con complejidad y armonía. Se trata con la poesía de crear y no de fingir. Se trata de sentir y no de fingir. Se trata de ser y no de fingir que se es.

Debemos considerar siempre lo mucho que se ha insistido en cuanto a la poesía como la palabra arte por excelencia, y lo mucho que se ha subrayado que es la más sutil de las formas expresivas, porque las dos afirmaciones son ciertas y determinantes.

Otro aspecto es, y precisando lo definido por el diccionario, que la poesía a veces no está en verso —decido partir de lo más conocido—, no olvidemos la prosa poética y sus muchas manifestaciones. En uno u otro caso, y esté el verso rimado o no, se trate de verso o de prosa poética, habrá que priorizar la esencia y las intenciones junto a la musicalidad. La poesía como oralidad artística o como arte literario es una dimensión a la que otorga personalidad en gran medida el ritmo interior del poema, un ritmo de múltiples registros. Es tal la importancia del ritmo interior del poema que, incluso con los versos ya rimados, al leerlos en voz alta, por sobre el ritmo de la rima se debe potenciar el ritmo interior del poema y su sentido. Leer la poesía en silencio o en voz alta es hacerlo respondiendo al ritmo de la palabra y de sus imágenes, sonoridades y revelaciones; respondiendo a fondos y mensajes, a transparencias y definiciones, a pensamientos, sentimientos y juicios, a vibraciones y fundaciones.

Emocionar, divertir, edificar, analizar, incitar a la reflexión, entre otros, son pro-

pósitos y resultados de la poesía y de sus actos. Tan válidos unos objetivos como otros, muchas veces sabiamente entrelazados.

La poesía aporta su riqueza de lenguaje frente al empobrecimiento del lenguaje en nuestras sociedades donde cada vez más predomina la esterilidad al decir. Una esterilidad tantas veces marcada por la simplicidad, el facilismo, el mal gusto, las deformaciones, la vulgaridad y la inexactitud hasta llegar, además, a algo tan nocivo como el caos terminológico.

Más que para ser representada, la poesía es ideal para presentarse y ser; presentarse y sentir, presentarse y comprometerse, presentarse y arriesgarse, presentarse y evocar; presentarse y sugerir; presentarse y convocar; desvelar; fluir; expandirse, lo que no excluye, desde lo poético, razonar y definir por vías siempre inéditas, e inapresables como totalidad, en su misterio y resonancia.

Cuando se trata del arte de la poesía sobre escenario: Humanidad y energía. Lucidez, sensibilidad e imaginación. Razón y sentimiento. Sutileza. Transfiguración del lenguaje. Sugerencia y belleza. Ritmo interno. Contenido y canales expresivos o expresivos comunicativos con calidad artística expresiva o con calidad oral artística y eficacia comunicadora.

Muchísimo más se ha escrito, y podría escribir, escribirse, sobre la poesía en estas páginas.

Elijo no dejar de señalar mi certeza de que:

Un poema es un universo en sí mismo y en sus proyecciones y posibilidades.

Un poema es una galaxia cierta y comprensible, aunque simultáneamente indescifrable e infinita.

Una galaxia, la poesía, tan hermosa como necesaria, una que a todos nos resueña por dentro y nos expande.

Ocasión también este libro para recordar lo que he aprendido sobre el cuento como género, y mis propias consideraciones sobre el cuento, moldeadas, compartidas, difundidas —como en el caso de la poesía—, a lo largo de mis muchos años como hombre de la escritura y de la oralidad:

Los cuentos son fabulaciones o ficciones, narradoras (si se trata de la oralidad) o narrativas (si se trata de la literatura), que dentro de unos límites de duración o de extensión “metafóricamente” recrean la realidad. Esta recreación de la realidad la realizan los cuentos, como es lógico, desde la subjetividad. Desde los caminos, juegos y rejuegos de la imaginación. Siempre potenciando la intuición, aunque potenciándola de manera consciente en un equilibrio con la razón y el conocimiento.

Realizan esta recreación de la realidad los cuentos, atendiendo desde sus límites —que no son infinitos como los de la novela— a las características y valores del arte: a la originalidad, el riesgo creador, la belleza, la propuesta, la sugerencia, la habilidad, la composición, la coherencia, la cohesión, la consistencia, y la trascendencia humana.

Atendiendo, en suma, al poder creador artístico más que a la verdad respecto al posible punto de partida.

Un cuento brevísimo, por ejemplo, puede ser la transfiguración íntima y veloz de la verdad en belleza.

Sin embargo, como todo lo que es narrado, se narre oralmente o se narre por escrito, los cuentos, todos los cuentos, son “verdad” en el instante en que son compartidos desde la oralidad, o son “verdad” dentro y desde el ámbito de lo escrito.

Los cuentos, todos los cuentos, si respetan su propia lógica interna, si respetan las relaciones internas sobre todo del argumento y de la estructura elegidos, al resultar verosímiles, son creíbles.

Esta credibilidad de los cuentos hace que sean ciertos, que se constituyan en universo cuando son narrados oral o literariamente.

Como toda ficción, los cuentos —y mucho los brevísimos— nacen de un acto de libertad. Como todo acto libre, el de escribir, la acción y el resultado de escribir, tiene los derechos de la libertad.

Y un derecho de la libertad creadora es el de transgredir las especificaciones del género estructural tomado como referencia. Mucho más cuando está sufi-

cientemente entendido que los géneros son una convención. Una convención necesaria, pero una convención, que, incluso, puede ser circunstancial, y que, como todo, la división en géneros (las características y fronteras de la categorización de los géneros literarios) es susceptible de transformaciones, de nuevas concepciones.

Narrar (cuentos imaginarios o relatos reales) es, como se sabe, una de las formas del discurso (recordemos que las otras son: describir, exponer y argumentar). Después, lo que narra podrá incluir como recursos: la descripción, la exposición y la argumentación. Incluirlos siempre desde el aceptar que el recurso, cualquier recurso, no es la norma, no es lo que define.

Se ha concluido que: narrar, desde el cuento o la novela, es contar una historia, contar un suceso o varios hechos que han ocurrido, ocurren u ocurrirán en una sucesión temporal.

Desde sus comienzos como arte, contar literariamente tiene que ver, como es conocido, con la invención de lo que se va a decir, con la disposición de lo que se va a decir en una u otra estructura, con la elocución o concreción escrita de lo que... , y con la corrección de lo escrito, e incluso con la elaboración de diferentes versiones, en búsqueda de la calidad y en búsqueda del texto que definitivamente mejor responda a las intenciones de su creador y mejor las exprese.

Escribir un cuento es difícil, entre otras razones porque, siempre enmarcado en la brevedad (aún el cuento más extenso está dentro de unos límites de brevedad que lo diferencian de la novela corta, de mayor extensión, o de la novela, que no conoce límites previos de extensión), el cuento es un reloj de cristal, que para poder ostentar este nombre tiene que ser perfecto en su diseño y perfecto en su funcionamiento, o, para no exagerar, tan perfecto que sus imperfecciones no sean visibles desde el cristal ni desde el cristal retarden su efectividad. El cuento, todo cuento, debe sumar virtudes y restar extensión, debe decir tanto y más con menos y poco, y debe ser consecuente con su larga trayectoria de eficacia como género, que se remonta, en lo oral y en lo popular, a la figura del cuentero de la tribu (más importante que el cuentero

sólo el jefe de la tribu), para, pasando por los breves relatos transcritos de lo oral por los antiguos egipcios, y por las recopilaciones de las tradiciones orales hindúes, hebreas, griegas, árabes, entre otras, llegar hasta sus inicios literarios reconocidos con el Infante Don Juan Manuel (Conde Lucanor) y Bocaccio (Decamerón), cuyos cuentos constituyen para siempre cristales de auténtica transparencia, ejemplos de cimiento.

Todo teniendo siempre presente por igual lo valioso de las narraciones de los primeros habitantes de toda América. Y la fuerza y los muchos aportes definitivos, en fondo y forma, ya desde la literatura, de Norteamérica, y de Iberoamérica... al cuento cómo género.

Contar, como término de la oralidad narradora (dado que primero fue la oralidad y como una de sus consecuencias la escritura; dado que la literatura narrativa obviamente surge mucho después), viene de cuenta, término matemático.

Por lo que desde hace mucho digo, y supongo que de muchos modos no únicamente yo, que:

Contar cuenta.

Y el cuento cuenta, o suele contar, un solo hecho, una única y firme historia.

Para el cuento lo que acontece es esencial.

En los acontecimientos está su naturaleza y su razón de ser.

Pero también la naturaleza del cuento, además de por lo que acontece y por la brevedad, está constituida por la tensión, por la intensidad, por el dinamismo, y por su capacidad para atrapar la atención de inmediato, para crear expectativa, y para mantener el suspense de principio a fin, todo ello con tal fuerza que, en cuanto a lo literario, cada cuento tenga que ser leído de un tirón, porque si bien para el escritor el origen de un cuento suele estar en un relámpago que lo motiva e impulsa a escribir para expresar un suceso o sucesos, para el lector la urgencia del escritor de crear ese cuento tiene que traducirse al leerlo en urgencia de conocerlo desde el comienzo hasta el desenlace, urgencia de descubrir cómo culmina.

Hay acuerdo en que: El cuento como género es acción.

Cuidado: No acción que se representa como en el teatro, sino acción que se expresa, acción poderosa en su verosimilitud argumental, en su recreación de la realidad desde cualidades imaginativas, (acción aunque cuando el cuento es contado oralmente se constituye en evocación y sugerencia, es decir, se constituye en acción que se evoca, se sugiere, se comunica y se comparte con un interlocutor convertido en cocreador en el “aquí” y en el “ahora” de la interacción).

Por igual también hay acuerdo en que: Donde la novela puede describir extensamente, el cuento tiene que integrar las descripciones al argumento y garantizar su concisión. Donde la novela puede incluir diálogos extensos e incluso permitirse delinear a los personajes desde sus diálogos, el cuento utiliza el diálogo como un recurso de excepción y lo subordina al desarrollo del argumento. Donde la novela puede abordar el tiempo con todo el tiempo, sin límites en su duración o extensión, el cuento tendrá fronteras temporales de duración o fronteras de extensión para lo escrito, al abordar el tiempo. Donde la novela puede permitirse priorizar al personaje o personajes sobre la acción, el cuento enmarcará al personaje o personajes, enmarcará a la presencia y desarrollo del personaje o personajes, dentro de las necesidades del argumento.

Escribir un cuento tiene que ver o suele tener que ver con: un tema, un argumento, una estructura (generalmente comienzo, nudo o conflicto, clímax y desenlace; denominados por igual planteamiento, desarrollo y desenlace; y también llamados: principio, medio y final). Y el cuento también tiene que ver o suele tener que ver con: un personaje o personajes, diálogos, tiempo, descripciones, espacio, ambiente o impresión, ritmo, duración (en la oralidad: tiempo físico al decir el cuento) o extensión (de lo escrito, en la literatura).

Si inventar o escribir un cuento es complejo, inventar o escribir un cuento brevísimo o hiperbreve es muy complejo, porque, en lo que al cuento se refiere, a mayor brevedad, mayores dificultades, mayor complejidad del proceso creador.

Muchísimo más se ha escrito, y podría escribir, escribirse, sobre el cuento en estas páginas.

Elijo no dejar de señalar mi certeza de que:

El cuento nació en el único vientre donde podía nacer, dentro de las conversaciones interpersonales. Allí seguramente provocó en cada una de las ocasiones: sorpresa, deslumbramiento, estremecimiento, sensaciones, goce; y después también seguramente condujo al análisis, al conocimiento y a la iluminación.

Encontremos, dentro de la hazaña cultural que constituye este libro, sus indagaciones y sus hallazgos, sus maravillas y sus dones de repercusiones infinitas.

Francisco Garzón Céspedes





Acta del jurado

Tras varias sesiones de intenso trabajo, el 17 de Abril de 2009 se reúne el Jurado del V Concurso Literario Bonaventuriano de Poesía y Cuento, convocado por la Universidad de San Buenaventura Cali, con la colaboración significativa y el apoyo permanente de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (CIINOE) para realizar las deliberaciones finales y llegar a conclusiones que permitan decidir sobre los premios y menciones a otorgar.

El jurado concuerda en la alta calidad de los trabajos presentados al concurso por los 2462 participantes de los 23 países que deseamos mencionar comenzando de sur a norte: Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Brasil, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Honduras, El Salvador, Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, México, Estados Unidos, Canadá, Italia, España, Francia, Alemania, Inglaterra.

A todos ellos nuestras felicitaciones y agradecimiento por haber acogido la convocatoria y ser parte de este proyecto.

El jurado, integrado por:

Francisco Garzón Céspedes (Cuba-España)

Poeta, periodista, dramaturgo, director de teatro, teórico de la oralidad, fundador del Movimiento Iberoamericano de Narración Oral Escénica y Director de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica con sedes en Madrid, España, y en México D. F., México. Durante décadas ha realizado un intenso trabajo intelectual y creador que ha visto la luz en decenas de libros publicados en diversos idiomas. Ha participado como docente, jurado, expositor

y personalidad del arte y la cultura de Iberoamérica, en algunos de los más prestigiosos foros internacionales. Francisco Garzón Céspedes es, sin duda, uno de los más importantes artistas e intelectuales contemporáneos.

Gustavo Adolfo Aragón Holguín (Colombia)

Licenciado en Literatura y Magister en Literatura Colombiana y Latinoamericana de la Universidad del Valle (Cali). Durante varios años ha sido docente en diversos niveles de la escolaridad y actualmente se desempeña como profesor de las cátedras de Literatura Clásica Griega, Latina y Medieval en la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. Igualmente asesora proyectos de investigación tanto en la Especialización como en la Maestría en Educación: Desarrollo Humano de la Universidad de San Buenaventura Cali.

Autor de diversos artículos sobre las relaciones entre la literatura clásica y la enseñanza de la literatura. Co-autor de libro *De viajes y cíclopes. Reflexiones para apoyar la formación de lectores y productores de textos*, publicado por el I.E.P. de la Universidad del Valle. Ha participado activamente en los coloquios sobre la didáctica de la literatura y la lengua; autor de uno de los capítulos del libro resultado de uno de esos coloquios, titulado *La Didáctica de la Literatura: El estado de la discusión en Colombia*, su aporte se titula *Los juegos de rol como una estrategia para propiciar la producción de textos narrativos en el aula*.

Julio Cesar Bermúdez. (Colombia)

Ingeniero agrónomo de la Universidad Nacional de Colombia, docente e incansable trabajador de la cultura y la conciencia ecológica. Ganador del Primer Premio en Poesía (2006) y del Segundo Premio en cuento (2007) en el Concurso Literario Bonaventuriano de Poesía y Cuento. Ha recibido importantes reconocimientos en diferentes eventos literarios nacionales e internacionales. Ha publicado recientemente su primer libro de poesía.

Pedro Mario López Delgado. (Cuba-Colombia) Coordinador del Área Artística y Cultural del Departamento de Bienestar Institucional y Docente de la Universidad de San Buenaventura Cali. Licenciado en Historia del Arte, Universidad de la Habana. Especialista en Desarrollo de la Creatividad, IPLAC, Cuba. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba. Sus poemas y cuentos han sido publicados en libros y antologías en Cuba, Colombia, Venezuela y Argentina.

El jurado, Después de analizar las obras presentadas por los 2642 participan-

tes, y socializar sus criterios con respecto a las obras seleccionadas como finalistas, decidió otorgar los siguientes Premios y Menciones:

En el género poesía:

- Primer Premio: “Una Piedra Desplomada”.
Cesar Quispe Ramírez. Chimbite, Perú.
- Segundo Premio: “Saldo Insuficiente”.
Johanna Marcela Roza Encizo. Pamplona, Santander, Colombia.
- Tercer Premio: “El Peso De La Piedra”.
María Camila Pedraza. Bogotá, Colombia.

Otorga menciones en poesía a:

- “*Suicidio Del Caracol*”. Helmer Hernández Rosales.
Tumaco, Nariño, Colombia.
- “*Casa Del Sur*”. Nestor Raúl Correa. Bogotá, Colombia.
- “*Lapidarium*”. Victor Luna. Culiacan, México. Rosario, Argentina.
- “*Restos Al Sol*”. Abelardo Leal Hernández. Bogotá, Colombia.
- “*Biopoesía*”. Lidia Díaz. Texas, Estados Unidos de Norteamérica.
- “*Otoñal Mi Desvelo*”. Graciela Revero Manzano. Mendoza, Argentina.
- “*Profugo de Servicio*”. Alberto Rodríguez Tosca. La Habana, Cuba.

Finalmente el jurado decide otorgar una mención especial a los estudiantes de los grupos 8-A y 8-B del colegio Claret por su participación grupal en el certamen; dando cuenta de un gran interés por la creación literaria, aspecto que desde el componente pedagógico de nuestra Universidad y de nuestro Concurso deseamos resaltar:

En el género cuento

- Primer Premio: *Mama Reía También; Una Historia Así Nomás; Ella Era Un Ángel; Un Día De Perros; Un Mar De Penas*.
Aquilino Elpido Isla. Argentina.
- Segundo Premio: *Casos De Factorización*.
Franklin Manrique Rodríguez. Bogotá, Colombia.
- Tercer Premio: *Método Para Doblar Una Jirafa*.
Gustavo Eduardo Green. Argentina

Otorgar menciones a:

- *Alienación*. Manuel Sabino Lazo Cortés. La Habana, Cuba.
- *Aquiles y La Tortuga*. Paul Brito Ramos. Barranquilla, Colombia.
- *La Costurera de Batman*. Fernando A. Kosiak. Argentina.
- *Mí Por Qué y Yo*. Ana Márquez Cabeza. Cadiz, España.
- *Los Resignados / El Descubrimiento*.
- *Tres Escenas De Ciudad*. Beatriz Eugenia González. Bogotá, Colombia.
- *Sombras Nada Más*. Angel Alberto Castaño Guzman. Armenia, Colombia.
- *Por Omisión*. Rodrigo Antonio Romero García. Bogotá, Colombia.
- *Fans De Nadie*. Jon Arza Pérez. España.
- *El Juego*. Carlos Adolfo Facal. Argentina.
- *Amigas*. Juan Carlos Garrido Del Pozo. Avila, España.
- *La Clausula*. Gines Mulero Caparros. Barcelona, España.
- *Deje Su Mensaje Despues del Bip*. Maykel Reyes. La Habana, Cuba.
- *Ana Sueña Con Cronopios y Laberintos*. Lola B. Gallardo. Madrid, España.

Para que así conste, el Jurado del V Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía, firma la presente acta, a los 17 días del mes de Abril de 2009, en la Universidad de San Buenaventura Cali,

Francisco Garzón Céspedes	Gustavo A. Aragón Holguin
Julio Cesar Bermudez	Pedro Mario Lopez Delgado

Poesía



César Quispe Ramírez
Perú

Una piedra desplomada



Somos los hombres huecos
los hombres rellenos de aserrín
que se apoyan unos contra otros
con cabezas embutidas de paja.

Thomas s. Eliot

Saliste de la noche
con flores en las manos.
vas a salir ahora del tumulto del mundo,
de la babel de lenguas que te nombra.

Ezra Pound

ella no es ella

una luz violeta envuelve
dos senos en el malecón
y el claxon de los autos
se desangran por ella

cuánto rimel
debajo de sus ojos luminosos
se nota cuando gira el cuello como un cisne
la falda los zapatos

l a s m e d i a s l a m e l e n a
el semáforo como una pantera
ordenando los autos amarillos

ella está tatuada en las esquinas
con su boca pintada
espoleada con el polvo de las estrellas
en las dos caras genuflexas

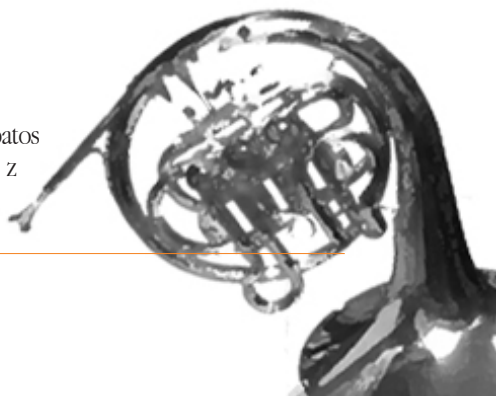
esta es la misma calle
l a m i s m a h o r a
el mismo cuello de c i s n e que gira
los mismos dos senos del malecón
fosforescencia en sus ojos
fosforescencia en sus medias

la noche la maquilla
el perfil de sus costuras
y yo la he escrito en mi diccionario
como una lengua muerta

doy un parpadeo
y ella es un punto
es un adiós y un presente
cuando cruza la pierna
y cuando deja en el borde de la copa
s u e s p u e l a

hoy es muy tarde para verla
y no sé
en qué calle estará pintada nuevamente
en qué burbuja estará encerrada
d a n d o g r i t i i i i t o s

l a f a l d a l a m e l e n a l o s z a p a t o s
s e h a n i d o c o n s u l u z



hoy estoy parado en la misma calle
en la misma acera
en la misma hora
y
e l l a n o e s e l l a

la boca del caos salvaje

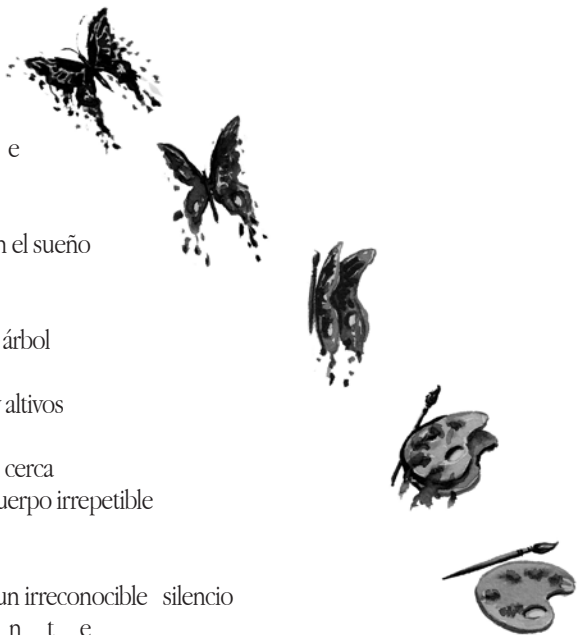
cuando el fruto cae silencioso
y cauteloso del árbol
sabemos que en su corazón hay un siglo de caída
y su única realidad
es el rebaño que consume
el abrigo de sus hojas

hoy llega al suelo
r e p e n t i n a m e n t e
con un reino tan pequeño
desde que abrió los ojos
y reconoció que no estaba en el sueño

ya de niño había aprendido
las inesperadas sacudidas de árbol
pero aun así
mantenía los ojos solemnes y altivos

el suelo lo tenía siempre tan cerca
sabía que no podía tener el cuerpo irrepetible

miró al jardinero
y en su estómago se diluyó un irreconocible silencio
i n e v i t a b l e m e n t e
estaba en sus manos
y e n l a b o c a d e l c a o s s a l v a j e
d e s i g n i o s



los parias son el estupor de las cáscaras
de las cadenas de fantasías
de los blue jeans asfixiados entre las piernas
son rostros impregnados con el paisaje salibezco
herencia adquirida
en los árboles de sus orígenes
tienen el pensamiento prolijo
y el cráneo taponeado
por finísimas cuerdas suntuosas de pelos
además tienen el complejo parentesco
de los lirios pestilentes y alcantarillados

suelen recibir el sol cubiertos de cáscaras
para no adquirir la demencia frágil
de los rayos boreales en sus plumajes

cuando abren sus bocas escupen la miseria
masticada por las máquinas
esquizofrénicas de su tiempo

luego viene el bostezo interminable
ante la frialdad de recorrer la ciudad desenfundada
que no renuncia al lujo
ni a la corona de los cerdos ideológicos

los parias suelen almorzar juntos
con las ventanas cerradas para contener todo el hedor
que cada uno trae de sus viajes

para seguir siendo paria
se tiene que suspender las lágrimas eternamente
bajo las lámparas prolongadas en las diluvias

cuando la noche devora en el tic/tac la miel de la tarde
los parias se preparan para dar una interpretación
a las sábanas oscuras de los cielos

modestia inteligencia
al saber que pronto serán decapitados bajo las espadas
de sus propios
d e s i g n i o s

la ciudad de los poetas

cuando se tiene a la neblina penetrando
los poros frente a una ciudad maquinalizada
no es bueno quedarse dormido
n i p a r a d o n i e c h a d o
por que viene alguien y te despierta

cuanto más se quiera dormir
también el viento irrumpe con antiguas afecciones

es inútil mantener los ojos cerrados
cuando el suelo en que pisas
es la ciudad de los p o e t a s

ahí viven ellos bajo el saludo
frenético de los cielos
trabajando bajo el sudor de las agujas de los relojes

cuando quieren dejar sus moradas
suelen salir a rastras reculando
para mirar el mar cómo arde con la tarde

si un poeta muere en la ciudad
no importa si muere
por que todos saben
que sus cuerpos son solo ventiscas de paso
caídos para besar los siglos
de las ciudades maquinalizadas
donde no es bueno quedarse dormido
n i p a r a d o n i e c h a d o

por que viene alguien y te despierta

una piedra desplomada

no intentes espantar a los aberrojos
aunque hagan estragos en la brisa
y en el reino

no lo intentes
si bueno es soñar
y sentirse rey
hasta llegar al cielo con una estatua

sin saber que el heroísmo lo hemos heredado
de
una
piedra desplomada

vértebra espulgada de los heraldos

Con el fuego en los poros húmedos
Reydelinda

qué pequeña tu muerte
mujer de sueños tras los sueños
cuánta ilusión perdida al aire
si en ti todo era tan suave
tan solemne tan ala tan insectible
morir callada con la inquietud del viento
es subir la vida al sol a los astros
a la vértebra espulgada
de los heraldos

destejer los libros bíblicos y dormir recostado

tú sabes
un dolor de orilla tengo entre la garganta
una palabra izando con exactitud el reloj de las rosas

siempre diste tu aire tu llanto de ollas en la cocina
tu dialecto ennavajado y succulento
para que la estirpe siga buscando la brillantes de las piedras
s i g l o t r a s s i g l o
te fuiste a soñar antiguo deshaciendo la forma a tu destino
con los dedos lícitos
dejaste el árbol completo de hojas
antes de seguir el curso de tu camino

la noche lo oye todo

qué traerá el viento esta noche
r o p a s u c i a
un inexpresable saludo
un cesar siempre de la misma agua
la perpetua desaparición de la formas

ante su llegada los z a p a t o s s u e n a n
deslizándose por la inmensa sala de los insomnios

l a n o c h e l o o y e t o d o
como un sonido abstracto
lo saben todos los hombres bajo los trigos arrodillados

este viento no es como el mismo viento
en las profundidades de la noche
cuando teje su propio nido
para sacrificar a sus víctimas
trae consigo las soledades
no tiene pudor en sus pasos
cuando calienta sus alas

y estrangula a las palomas

pero hay momentos de mutismo
cuando sabe que el arte
ha salido de su envoltorio
descortezado y desnudo
para asomarse por los agujeros de las puertas
peligrosamente

el viento lo sabe
y por eso galopa en la oscuridad de los sonidos
llenándose el vientre con la humedad de las hojas muertas

un fuego haciendo luz como un pájaro

dame tu mano para que nuestros cuerpos
se aprieten como bocas
de
c o r a z ó n
a
c o r a z ó n

hombre y mujer
estrujándose los labios como árboles

acércate más y más
sin miedo toca el fondo de mi agua
palpa mi sueño encendido

no pienses en las hojas si sufren
por saber el dolor de las nubes

no busques el dolor de los troncos
si hay un fuego haciendo luz como un pájaro

dame tu mano entonces
hasta que los cabellos te crezcan tantas veces
como el dolor de mis treinta y un año
dirigiéndose por un río navegable de plumas
c o n l o s o j o s p e n s a t i v o s

dame tu mano t a n t a s v e c e s
y c a l m a m i f i e b r e
dame tu mano t a n t a s v e c e s

y préstame tu sombra sangre mía
para que la noche no llegue para los dos
c a l l a d a
a separar nuestros dos labios febriles

César Quispe Ramírez. *Perú*

Chimbote, 1977. Estudió lengua y literatura en la Universidad Nacional del Santa (UNS). Es fundador de las revistas de literatura Tinta Libre, Eleusis y Gleba. En el 2003 obtuvo el primer lugar en los Juegos Florales de Poesía “Juan Ojeda Ojeda”, organizados por el Instituto Nacional de Cultura de Chimbote y la Universidad César Vallejo (UCV). Integró el taller de artes plásticas contemporáneas “Palamenco” de la Universidad Nacional del Santa (UNS). Colaboró en la página cultural del diario la Industria de Chimbote. Actualmente, cola-

bora en el diario el Correo de Chimbote. En el 2007, publica su primer libro de poesía: “El vuelo de la mosca” bajo el sello editorial Ornitórrinco Editores. Lima, Perú. Varios de sus poemas han sido publicados en la Revista Almiar (España), Revista Letralia (Colombia), la revista La Urraka (Colombia), la revista de literatura Remolinos (Lima – Perú) y la Revista Cinosargo (Chile). Además, participó como invitado especial en el II Festival Internacional de Poesía: CIELO ABIERTO 2008 (Barranca, Supe, Lima).

Johanna Marcela Rozo Encizo
Colombia

Saldo insuficiente

Saldo insuficiente

Si me dejara el banco
una moneda
para comprarte un baobab
en el mercado;
y una colección
de libros de poemas
en promoción.
Si me dejara treinta centavos
en la cuenta
le daría de comer
a las tres palomas
que aún duermen
en el parque.
Si acertara la tarjeta
a mi favor
te llevaría a la feria
a comprar conejos blancos
y te pondría algodón de
azúcar en los labios.

Presencias

Los párpados se cierran
a pesar de que no cae la noche.

Esas sombras de colores
de nuevo se revuelven.

Y te veo más allá del tiempo.

Y te siento más allá de la muerte.

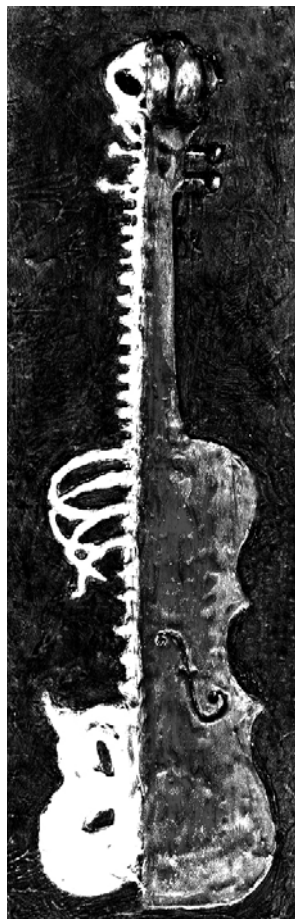
Es de nuevo esa extraña
presencia que en mis sueños
te trae aquí efímero
para dejarte ir
a penas abro mis ojos.

Mujer de niebla

No recordarás mi nombre
aunque el golpe en el hombro
sea señal del tropiezo.

No tendrás de mí
ni siquiera una imagen
borrosa y pretenderás volver
en el tiempo sin lograr un bosquejo
de mi rostro, en los laberintos
de tu memoria.

Pasaré frente a ti
en medio de los agitados vientos
y no reconocerás mi sombra.
No te sorprenderá el espacio
vacío en las fotografías.



Por que soy
un fantasma, un espectro, una niebla.

O mejor, la fría imitación
de la mujer invisible.

Doble vía

De noche
puedo ser
la felina que
se pasea
segura en el
tejado y
se cree la dueña
del mundo.

De noche puedo
ser una pintura
al óleo,
una cantante de rock
o un poema.

Pero a la mañana
siguiente
soy la albañil,
la obrera
la trabajadora
resignada
o la desheredada poeta.

Imagen de una mujer desnuda

Fui alguna vez
la antagonista
de la felicidad.

Y lucí como
un trofeo
este antifaz
para escapar
de los fantasmas
del tiempo que aún
me persiguen.

De vez en cuando
también jugué
a serle infiel
a mi espontánea aparición
y mentí con gracia
para matar las objeciones.

Ahora construyo las utopías
en frágiles arquitecturas
para no olvidar
la obstinación que me protege.

Destierro

No tengo
bien claro
cual es la
mejor forma
de escapar entre
los semáforos
y los barrios arenosos
que todavía
Existen en mi ciudad.
ya me canse
de hablarte
de soledad, de muerte
y de tristezas

en diversos tonos
y colores.
No me preguntes por que
quiero huir
no lo sé,
no lo puedo saber.

Despertar

Anoche fui
una golondrina
de corazón roto.

Y de pronto desperté
convertida en este espejismo
de mujer.

Ahora advierto
soy una acorralada
avecilla
detrás de un vientre esquivo.

Imitador

Las cejas arqueadas sobre la frente
delatan la expresión de sorpresa
ante el reflejo en el cristal.
La boca curvada como U invertida
ese maquillaje húmedo que
vuelve lágrima la última sonrisa
y el café frío espera
sobre la mesa de centro
mientras el público
que se lleva los aplausos
entre el bolsillo
sale riendo del teatro.



Otro instinto

Ese cadáver
que camina.

Ese vientre seco, ese
dolor hecho ojos
sangre, carne...

Esa muerte que se
niega a volver
a su tumba.

Esa lágrima marchita.
esa...
también soy yo.

Pequeños dardos

A: Dcaz.

Ahí está el mundo
mirando con desdén
mis pasos sobre la arena
el cielo rojo
la luna enferma
y todo allí
apuntando
hacia mi tristeza.

Aliento ligero

El perro ladra
todavía bajo mi ventana
y su húmedo hocico
deja una huella de tristeza
sobre el vidrio quebrado.

La muerte en su cuerpo
es un mapa de manchas
amarillas.

Esa rabia que formo surcos
en su lengua
deja un rastro de sangre
sobre el piso.

Y la agonía de sus huesos
no me impide el placido
sueño sobre la almohada.

Noctámbulo

La noche permanece
y su melancolía se impone
como un amante ausente.

Voy buscando en la penumbra
un pensamiento, una lámpara
que nos devuelva el amanecer.

Mientras el gato en el tejado vecino
todavía espera la pausa de la guerra
para salir de su agujero y maullar
ese dolor a la luz del día.

Las manos del poema

Prueba de mi mano
el poema húmedo.

Olvida con el licor de la palabra
los barcos y los puertos.



Abandona en mis agrietados dedos
la saliva que cura cualquier herida.

Dibuja trazos en mis ojos
convíértelos en ventanas nubladas
capaces de traspasar la barbarie
del pergamino en blanco.

Tormenta de mayo

Este derrumbe de astillas
justo en mis manos
la lluvia por debajo de la uñas
otro día y la certeza de la niebla.

La ambición de un rumor
a plena noche
de un secreto que golpea las venas
y de un lenguaje que se asemeja
al retraído suspiro de la tierra.

Déjame aquí sentada bajo el muérdago
permíteme este consuelo de creer
en el latido de la hojas secas.

Dioses

Cae un aguacero de gargantas secas
miles de voces confusas en mi oído.

Cae también ese latido suspendido en el pecho
y ese silencio irrefutable de dios
mientras el mundo resiste la ira y el trueno.

Qué otros dioses controlarán tu mano
en ese recóndito universo imaginado

tan estoico ante el mal que petrifica al mundo.

Alegoría del tiempo

E. March

Si el tiempo no fuera
esta trampa de almendras
que llevo ligada a la muñeca
y sus agujas punzantes
cedieran al rigor del mundo.

Si no opacara al día
y diera luz a la noche
si me permitiera la hazaña
de robarle un día a la muerte.

Si ese viejo con sus pesadas alas
dejara un día, un solo día...
tener mi rostro como un retrato
inmóvil y feliz.

Íntimo

Hoy me desperté convertida
en un rincón oscuro.

En un retrato de mi propio espectro
fragmentada entre el rostro de la muerte
y la silueta de tu desaparición.

Hoy solo puedo explicar
que amanecí enjaulada
y me asemejo con la caperuza
a la flor marchita
que ocupa resignada
la página 29 del libro de poemas.

Augurio

Somos un milagro
pequeño
ante el ojo vanidoso
de dios.

Una raíz superflua
que ansía convertirse
en tierra fértil.

Esa plegaria sin voz
que al cerrar los ojos
intenta crear
en el signo y el presagio.



Johanna Marcela Rozo Enciso. *Colombia*

Pamplona, Norte de Santander, Colombia. 1985. Invitada por el Ministerio de Cultura y Fundalectura para realizar un conversatorio en la XVIII Feria Internacional del Libro en Bogotá (2005), sobre el proyecto de tertulias literarias. Ha obtenido varios reconocimientos como gestora cultural entre ellos: premio nacional de las cien mejores tertulias Min-cultura, Fundalectura (2004), premio mejores ocho tertulias de Colombia por el Ministerio de cultura y Fundalectura en el marco de la XVIII feria internacional del libro bogota, abril 2005, premio nacional de las cien mejores tertulias en radio Min-cultura Fundalectura

(2005), premio mejores proyectos de tertulia a la francesa por Fundalectura y la embajada de Francia (2006). Su primer libro de poemas "Al otro lado del asfalto" fue publicado el 25 de mayo (2007), por la Editorial Java E.U. Poemas suyos aparecen publicados en periódicos como la opinión de Cúcuta y Contexto de la Universidad de Pamplona, y en revistas como Area Cultural, Arcades De Medellín, Puesto De Combate De Bogota, Arquitrave Y. Rilttaura revista literaria de la Universidad nacional. Actualmente es directora de la Corporacion Cultural Rayuela.

María Camila Pedraza
Colombia

El peso de la piedra

A Juan, que aún tiene su mano tejida entre mi espalda.

He de tocar el pájaro en mi vientre.
He de transformar mi mano en lívidas cenizas.
He de armarle un corazón de rémora a tu ausencia.

Gratitud

A Pablo Carrizosa, que insistió en que escribiera algo en el avión a mi destino

Toda esta angustia,
Todo este asfalto entre mi puerta y el lugar del abismo,
Todo este llenarme las manos con mas recuerdos que ropa,
Todo este empacar mi corazón, encontrarle un lugar entre las cosas,
Todo este convertirnos en algo hermoso olvidado entre una maleta,
Y poder arrastrarme a mí misma,
y sostener mi tiquete como una sentencia inesperada,
y arrullar mi soledad, para que no se alimente del costado de mi pecho,
Me han salvado la vida,
me han rescatado de la fatal violencia del impacto.

De tu ciudad sin nombre (y otras invisibilidades funestas).

Me refiero al lugar donde respira
tu espalda.

Me refiero a donde se eleva
de tu hombro la ceniza.
Me refiero al límite donde tu piel
invoca la ternura del abismo,
y se teje una duna que entierra mi mano entre tu arena.
Y con esto sólo hablo en realidad de tu cuerpo
extendiéndose hacia el cielo
con la violencia de la ola,
hablo de tu cuerpo
y su silencio de años
que amenaza cada noche
con la promesa de
dar a luz dos alas.
Y me refiero con esto a algo que no es.
Me refiero a una terrible ausencia.
Pero hablo de lo que debería ser.
(Hablo de la promesa oculta en lo que existe).

Para darle espacio a una palabra

'Your eyes that once were never weary of mine
Are bowed in sorrow under pendulous lids,
Because our love is waning.'

Ephemeria - W.B. Yeats

Hoy la promesa del amor
se sofoca en el linde de mis labios,
Hoy ya no hay voz
para pronunciar esa promesa,
Y se agazapa errante
entre su muerte prematura
Y se solloza apenas
en el alba de su infancia,
donde ya no hay sed,
sino vacío,
y sus plumas se
convierten en cenizas.
Porque sólo abriste el corazón



hasta donde no duele palpar
Y en lugar de la tierra de tu cuerpo
me extendí sobre el inútil polvo.
Porque a cambio
de la promesa del amor
me pusiste entre las manos
sólo el miedo.
Y tu miedo, amor, no supo más
que cortarle las alas
a los hechos.

De brasmatia et tempestas

A Karim Estefan

¿Qué sabes tú de esta ciudad
y del vacío escondido en sus balcones,
si te escondes siempre entre tu sombra
y te abrazas a la angustia enterrada entre tu espalda?
¿y qué sabes tú de soledad?
¿Qué sabes tú de la tristeza,
si me dejas con el corazón entre las manos
porque mi amor te acobarda con la amenaza de la tumba?
¿Qué sabes tú de la pasión suicida?
¿Qué de la belleza oculta en la amargura?
¿Acaso qué conoces hoy
de extrañar los días que no han sido
con la nostalgia de años,
de llenar cada vacío con
la incerteza del polvo?
Dime tú, que tanto sabes de la muerte,
¿Qué puede esconderse acaso
entre tus lívidas cenizas
que te ha hecho conocer el mundo entero,
y el amor,
y aún así,
temerle?

Tú,
que duermes en la orilla
pero que no conoces el beso de la ola,
Tú,
que le armaste al corazón una muralla
pero aún no conoces el temblor secreto
oculto en el corazón de las piedras.

Shoot Me

A Karim Estefan

Se me olvidaba.
Que por un segundo existí entre tus respiros y el silencio.
Deshaciéndome de máscaras,
(revelándote mi rostro inexistente)
en la pequeña oscuridad,
en medio de la noche evanescente
que nace de la luz
del corazón artificial que llevas siempre entre las manos.
Se me olvidaba que me abrazaba a la tristeza
mirándome entre el sueño,
entre la espada y la herida,
que cargas en el lado profundo de tu cuello.
Me olvidaba de mi misma,
De vivir por un momento en tu mirada
que se esconde debajo de la lluvia.
En tu mirada abarcante como el instinto de un animal salvaje.
(En tu mirada silente como la inocencia de un niño que llora)

Sous les vagues cendrées

A mi pequeño corazón,
A mi pequeño corazón de sal que se arrulla cada noche en los respiros de un
mar silente.
A mi pequeño corazón, destrozado de respiros funestos, entregado a las voces

que se esconden debajo de la lluvia.
Al pequeño corazón de arena, que se abraza siempre a la soledad y acaricia el dolor con la ternura de un niño.
Hoy,
hoy envuelvo entre mis manos ese pequeño corazón que nunca supo respirar; y le canto a la amargura dormida que carga como flores muertas en su vientre.
Hoy me entiero en el pecho a mi pequeño corazón sin nombre y le entrego a mi vacío su latido agonizante de cristal.
Hoy, he decidido hacerle alas a mi pequeño corazón entristecido, y cubrirlo de cenizas y de polvo, y acogerlo entre las ruinas de mi cuerpo.
Hoy.
Hoy me sumerjo entre las olas de mi amargo corazón.
De mi pequeño corazón con su sangre de papel.
De mi pequeño corazón nacido de la angustia.
Mi pequeño y dulce corazón muriente, entre la sombra.
(Denso de silencio.)
Denso de la ausencia de las cosas.

Antes

A Mario Parra

antes
antes de tu ausencia
deja que me sienta a tu lado
déjame escuchar de nuevo el eco de mis manos en tu voz
después
después si quieres
puedes abandonarme en el olvido
y dejarme entre la espalda y el pecho sólo tu silencio
Túe él me hará compañía
y me arrullará en el frío de la noche
(para que no se suicide de tristeza)
para que no se entregue al llanto de la muerte
mi corazón de papel y de cenizas
y de amargo destino que se abraza errante

a la desgastada soledad de mi inocencia.

Anatomía del Abismo

A Phobetor:

Y los gritos, que no abarcan el espacio
de tu ausencia;
Y las albas, débiles de llanto;
Y las noches, que le nacen a tus
ojos de ceniza;
Y todos mis muertos, disfrazándose de lluvia
y destrozándose en tu puerta;
Y los labios, consumidos en la sal,
desgarrándose de angustia;
Y mi vientre, contenido en esta diéresis de olvido;
Y el impulso, desliziándose entre ruinas,
enterrado entre su polvo;
Y los miedos, enlazando entre latidos las dos
lunas;
Y la arena, diluyéndose en mis manos con la
espuma de Morfeo;
Y la tinta, derramándose entre estrellas dibujadas en tus dedos;
Y el secreto, entre tumbas invisibles,
epitafio a tu sepulcro inhabitado;
Y el espejo, de abrumantes multitudes, invocando tu fantasma;
Y el dolor, esbozándose en tus brazos,
abrazándote las venas;
Y mi sueño, como arte de tu sueño, como mimesis
de nada;
Y el nocturno, de infinito abismo,
inefable de su círculo silente;
Y el recuerdo, que se vierte,
fatigante;
inservible;
Y mi voz,
Y tu eco,



Y el silencio,
Que son todos
(y siempre)
mis vacíos
y tus sombras.

Phobetor

Entre las cenizas silentes me resigno a comprender
que te has ido a vivir entre otros muertos.
Y la espuma nocturna se desplaza entre memorias, ensordecente.
Y el silencio...
no se atreve a hablar de la amargura.

Nibilismo

Como retrazando,
impertinente,
cada rasgo.
De las olas y humaredas
de incerteza,
espumeantes.
Contra playas y varajes
y los barcos detenidos
en el vidrio.
Desde espejos suspendidos,
desligándose,
Como noches entre albas,
Aplastantes.
De sentidos en reposo,
entumecidos entre vísceras
y sal.
Como cuerpos sin los rastros
de la lluvia,
como ausentes.
De las sabanas que se arrastran



sofocantes,
deshaciéndose
entre el sueño y los respiros.
De mis torpes manos que dibujan
en tu espalda
marionetas y teatros del olvido,
escondida,
enterrada,
agotada de silencio,
de memoria que se escapa como arena,
como el agua,
en corrientes sin un mar;
en corrientes de la nada.

Mujer de arena. . .

Tanto tiempo me llevo descubrir mis castillos de silencio. Mi muralla de polvo.

Ataúd para dar a luz

A mi niño finlandés
Te sumerges en la sombra de tus miedos,
Y te cavas una tumba,
Y te haces un entierro,
Mueres de nuevo en tu silencio.
Por que incluso tus palabras
Se contagian de aquello que no existe.
En tu piel y en tus respiros
Te conviertes en la nada que eras antes.
En la arena y en la espuma que ensordecen
Y el ligero viento que la arrastra.

María Camila Pedraza. Colombia

Estudiante de Literatura de la Universidad de los Andes (Séptimo Semestre). Nacida en Bogotá, Colombia. 20 Años de edad.

Interesada en la poesía, la fotografía y el trabajo editorial.

Helmer Hernández Rosales
Colombia

Suicidio del caracol y otros poemas

Suicidio del caracol

El caracol se embriaga
con la burbuja de glifosato
que le ofrece la tarde.

El ebrio caracol grita
y lanza cosas contra todo y contra nada
como un caballo enfurecido,

da volteretas como una fiera enjaulada,
muerde el polvo
y se revuelca en el fango,

El caracol ríe como loco
y su risa conmueve
la solemnidad de las piedras.

El caracol desenfunda
un puñal de barro
y hace temblar con su chillido de guerra

al desolado horizonte.

El valiente caracol toma un nuevo aire,
se yergue,
da unos cuantos pasos,

se tambalea
como un payaso herido de muerte

y de pronto se lanza al vacío
desde el borde de una rama reseca.

Notificación de la libélula

De donde yo vengo
el futuro es una bandera pintada
en el hocico de la luna,
es una inmensa franja de cielo
que envuelve a los humildes y los asfixia,
de donde vengo
no hay más luz
que el estallido demencial del glifosato

Hacia donde voy
el futuro es un monstruo iluminado
con grandes dientes afilados,
con una nube de maldad en la mandíbula
y una piedra asesina en la mirada.

De donde yo vengo y hacia donde voy
el cielo se orina en las arrugas de la tierra,
el cielo pudre el aliento de los pájaros,
el cielo maldice el candor de las violetas,
el cielo desprecia la mano que le tienden las hormigas
y destroza la virginidad de las adoloridas piedras.

Diatriba de la hormiga

Todos los días
miro a las gentes salir, recién bañadas,
a pasear
como un perro fiel su mezquindad.
Pasan y me pisan con sus zapatos viejos.
Los conozco,
persigo su dolor de antes,
Distingo su jabón amargo
Van doliéndose
en los dientes recién lavados
y en sus bolsillos rotos
Van y vienen
en la inmutable tozudez de sus ojeras.

Todos los días
miro a las gentes sacar a pasear
su dolor de nacimiento y muerte,
Yo los veo entrar en las tiendas
y feriar a cambio de nada su alma,
los siento ahorcándose en las preñeras,
Lloran de desolación en las iglesias,
corren hacia el abismo brutal de la oficina
maldicen los espejos y los relojes de los gimnasios,
copulan dentro de sus televisores
y vacían las droguerías
como si la estupidez tuviera alivio.

Yo sé de sus días
de cómo se hunden en la histeria
como mastican el hambre
y se beben a sorbos lentos la tristeza.
Me da risa
verlos devorarse despacito unos a otros



y pelearse como buitres
el favor de un dios
a quien no le va ni le viene
ese delirio de cobardes de rodillas.

Todos los días veo a las gentes
salir, recién bañadas, a pasear
como un perro fiel su mezquindad
y me despiertan el lado oscuro de la ternura
y mi corazón tiembla
como un tambor enloquecido
y quisiera tener una afilada guadaña
y cortarles a todos las desocupadas cabezas.

caballo con glifosato

El caballo se hace de silencios y mordiscos
de pisadas leves y sudor espeso
de caminos forajidos y de viento.

El caballo es una prolongación de la noche,
una curvatura del cielo,
una porción de aire suspendida de una rama.

El caballo es una palabra
como esas que a veces se desprenden
maduras de los labios.

El caballo trabaja con su sombra
construyendo campos de batalla
donde naufragan las nubes
y el sudor vacía sus alforjas.

El caballo no sabe donde ir
con tantas preguntas
que en las noches recopila:

y no sabe que hacer
con el lunar de glifosato
que le hiere el brillo
de las entumecidas ancas.

Veleidad de la lluvia

La lluvia es una mano
que te empuja suavemente al sacrificio;
es un enemigo que te canta
dulcemente detrás del oído.

La lluvia tiene ganas de volverse niña
y mojarse los pies en un estanque;
tiene sed de beberse a sí misma
contra un labio descubierto.

La lluvia lleva un reloj de agua exacta
para llegar puntual a todas las muertes.

El cadáver de la luna

Al comienzo vinieron las avionetas infames
y esparcieron glifosato
sobre el dorso de la luna llena;
entonces escuchamos sus gritos atroces
como de bestia martirizada,
la miramos tambalearse
en su dolor y orfandad de siglos:
estaba chamuscada
con el costado izquierdo entumecido
y su único ojo extraviado.

Después la vimos ocultarse



detrás de unas nubes impasibles
y estuvo algún tiempo
fumando su hachis rudimentario.
Se reclinó cómodamente
sobre el lomo de las histéricas piedras
y pareció sentirse aliviada.

De pronto la sentimos desaguarse en nauseas
y venir en vómito
sobre los techos de lata perforada;
estuvo alucinando
y en su delirio de alimaña moribunda
ultrajó a grandes voces la dignidad del cielo.

Las convulsiones finales
le sobrevinieron en la madrugada,
cuando el viento era simplemente
la sombra de un animal extraviado
pataleando en las marañas del universo.

Su cadáver vino a quedar
suspendido en las ramas de un humilde limonero:
estaba flácida en su redondez insultante
con los colmillos en desbandada,
las pezuñas rotas,
la vagina engarrotada
y un aliento atroz como de lagarto fermentado.

Yagé y glifosato

Las he visto en el yagé:
En manada embisten
el bocado de luz que abastece a las luciérnagas.

Son tantas y tan crueles

como alfileres de escalofrío y niebla.

Las he visto atormentando con astillas
los pezones de las niñas

Las he visto tendidas en la hierba
chupándose el dedo enfermo
y desafiando las espirales del viento.

Las he visto atravesar el frío
con sus grandes pezuñas
como puñales de piedra.

Las he visto enloquecer en los pozos de agua
donde la luna esconde
sus aparejos de alma en pena

Las he visto degollar el arco iris
y arrojar sus plumas de colores
sobre los peñascos

las he visto recorrer a gritos
el desierto inferno
y derramar sus meados de vidrio
que pudren la mañana.

Helmer Hernández Rosales. *Colombia*

Tumaco, Nariño. Profesor de idiomas del Instituto Técnico Industrial de Tumaco. Licenciado en idiomas, universidad de Nariño, 1987. Magíster en Etnoliteratura, Universidad de Nariño, 1995. Candidato a Magíster en lingüística aplicada a la enseñanza del inglés, Funiber- Universidad de Jaén, 2009

PUBLICACIONES:

- Gracias a dios y un poquito al diablo,

(coautor). Fondo Mixto de Cultura, 1996

- Manito manopla y otros relatos del pacífico. (Coautor) Premio Nacional de literatura Oral, 1996

- La creación de Tumaco y otros relatos del pacífico, yo mismo editor, 1999

- Parpado de grillo. Selección de poemas, inédito, 2008

- Los cangrejos también vuelan. Mención de honor, concurso de cuento, Gobernación de Nariño, 2008

Néstor Raúl Correa
Colombia

Casa del sur

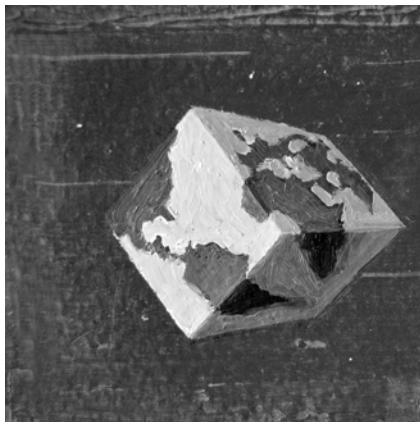
Pesada estaba
La de mi infancia en esta casa
Jaula ordenada que viene del sur
Donde articulé las piezas de los relojes atrasados.

Algo me dijo que el fantasma de los muros
Que ata esta casa con la sangre
Y que alza las palabras que no faltan
Era una cárcel derramada del deseo.

Yo era la sala, la cocina
Yo era el corredor, el baño
Yo era una pieza, una alcoba
Yo era la entrada sin salida.

Día a día las sombras de la tarde se repetían
La luz profunda, inconfesable
Acariciaba las fisuras del patio y entonces
Regresaba la noche de preguntas.

Yo era como una mata de la casa
Crecí como la yerba abandonada
Aunque mi madre alcanzaba a depositar sus ojos en los míos
Mientras corría como loca con deberes.



A mi padre apenas lo contemplaba en la penumbra
Pero un trazo suyo ya era suficiente
Para que aquella mente mía en obra negra
Aprendiera el respeto de los miedos.

¿Cómo explicar ese humm paterno?
Si allí flotaba la ley
Como en un ajedrez de reyes ciegos
Donde, cerradas, se cruzan las pupilas.

Las caricias estaban prohibidas
Tal vez eran asunto de mujeres
Qué se yo
Pero el sueño del alma no alcanzó el centro de la orilla.

Mis hermanos y hermanas jugaban por la casa
Se trepaban por las paredes blancas
Naufragando como yo en el laberinto
Infinito del misterio.

Con mis amigos jugaba por las tardes
Por sus pestañas se asomaban las risas del balcón
Pestañas que fueron telones
De comedias y tragedias parecidas.

Tenía un perro distraído que hacía siestas a mi lado
Era lo único sobre lo que yo mandaba
Le colgaban las orejas, sacaba la lengua, me lamía
A veces creo percibir el eco de sus ladridos.

Yo era la tierra, sí, la tierra
Percibía todos los objetos desde abajo
Se veía todo tan grande hasta la abuela
Que cada día se enterraba un poco más.

Lo que más divisaba a mi altura eran los zapatos
Cuyas huellas hacían bulla en mi cabeza
Zapatos extrañados, heridos, vencidos
Como yo.

Los domingos íbamos a misa como gran plato del día
Las palomas del parque batían los hilos que sostienen el aire
El follaje del parque tiraba las hojas por el piso
Una lentitud general conspiraba contra todos los horarios.

Por las noches rezábamos el rosario
En el comedor que tenía un mantel de cuadros repetidos, infinitos
Las oraciones sucesivas alcanzaban un ritmo melodioso
Y una odiosa locura mezclaba el mantel con las plegarias.

Los dioses poblaban los acontecimientos
Ningún suceso acaecía sin un castigo en raciones
Había una culpa que enlazaba los eventos
Como las líneas que unen las estrellas con sus dados.

Mi madre en su red preparaba la comida
Nunca supe si por buena ventura o por chantaje
El desayuno anunciaba el almuerzo
Como el destino marcaba mi historia de azares y de dioses.

El olor de la cocina tampoco me contaba
Las cosas que se decían los mayores
A mis espaldas de niño
En mis narices de humo.

Yo crecí con los sonidos de los otros
Bajo la mirada de las gafas en la mano
Me hice invisible a esas gafas
Aún creo pensar que no soy visto.

Rememoro con claridad que no había casi ruido
El viento del silencio dispersaba la invasión del espectro

Y un gemido estrangulado
Se anudaba en la piel de los cuerpos palpitantes.

Los mensajes venían en los huesos legados
En el amasijo de células mías o prestadas
Partículas que fueron pasado
Huesos que fueron ceniza.

Nunca entendí aquellos ademanes
Me costaba adaptarme a ese idioma
Edificado de signos, muecas, guiños
Cuando apenas buceaba yo en el castellano.

Todo empeoró cuando aparecieron las palabras
Que eran como esa criatura que devoraba sus hijos
Yo escuchaba el susurro de las voces ajenas
Que me llegaba con la brisa y con las horas.

Por ejemplo, ¿de qué hablaban mis padres y mis tíos?
Quizás de las herencias recibidas
De aquellos gestos que nos habitaban
Manzanas no aptas para niños.

No sé quién me estafó ni en qué momento
Ignoro qué cordón no se rompió cuando debía
Quién inventó las formas de la mentira
En aquella casa que era el honor de todo el barrio.

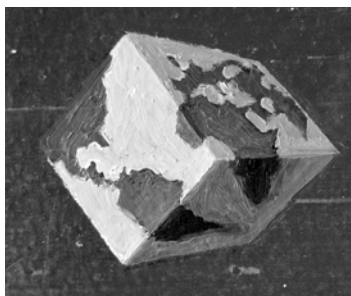
Será que esos mundos de los adultos
Creados de la nada
Son espejos refundidos
De los juegos de los niños tristes.

Guardo melancolía por mis mayores ausentes
Que por mis venas han dejado sus miserias y sus días
Sus tumbas navegan por mis mares
Como cuchillos de lágrimas antiguas.

Todavía me asalta el entierro de mi abuelo
Yo iba vestido de negro y sin juguetes
Detrás de un carro lento como un túnel
Mientras los grandes lloraban en el valle.

He esperado mucho tiempo con el aliento retenido
Para arrastrar hasta estos versos los recuerdos
Y en el recodo anhelante de mi mediodía
La casa vuelve y me habita con sus tejas.

Ahora que la casa se ha quedado sola
Vengo a honrar la pesadez de su memoria
Traducidas, densas
Muertas.



Néstor Raúl Correa. *Colombia*

Envigado, Colombia 1959. Poeta, abogado, magister en la Universidad de París-2 Sorbona, profesor, columnista del periódico El Mundo de Medellín. Premios de poe-

sía: ganador Certamen de Poesía de la Fundación Progreso y Cultura, Madrid, 2009, y mención honorífica en el XIII° Premio de Poesía Miguel de Cervantes, Armilla, 2009.

Víctor Luna
México - Argentina

Lapidarium

Aqua permanes, ex qua quidem aqua lapis noster preciosissimus generatur
Paracelso Turba philosophorum. (Art. Aurif., I, página 13)

1.- CARDINALES

Diamante

Frágil, el Diamante guarda su corazón sumergido en las aguas más claras. Invisibilidad de una escritura de hielo en la página de una ola. Fiel a la luz líquida de las mareas, llora una lágrima que crece como si floreciera. Pongo en el vientre de la recién desposada cuando duerme, que su bello ombligo sea el engaste perfecto de su pureza. Amor de un rayo congelado, fidelidad de una estrella desamparada.

Rubí

Esta gema cuya pasión no se esconde, sirve para aliviar el sangrado de las vírgenes. Su virtud es semejante a la del unicornio y nace de su aliento. Deja en una copa brasas encendidas, ella despertará en la noche ardiendo de deseo. Esconde un rubí en su corpiño y espera el alba velando su sueño, el amor de la virgen será tuyo al amanecer.

Esmeralda

Semilla del árbol de la esperanza, la esmeralda necesita únicamente un jardín donde florezca de nuevo el madero de la cruz. En las aguas turbulentas de la esmeralda, no hay pez para saciar el hambre de los hombres. Colócala bajo tu lengua y di una plegaria por ese muerto que nunca olvidas. Podrás preguntar todo a aquellos que habitan a la orilla del oscuro río.

Amatista

Princesa destronada antes de ser reyna. Es la medicina perfecta para ciertos humores. Todos aquellos cuyo hígado esté inflamado y de cuyo pecho un humor negro mana subrepticamente por las noches, han confiado siempre en la Amatista. Nunca entres en un bosque de noche sin llevar una de amuleto. Ahuyenta a los lobos.

Zafiro

Ahogado en sí mismo creyéndose el cielo de los condenados, el zafiro se apaga en el mar del sueño. Arriba es igual que abajo. Pónlo en tus pies y curará tu gota, enrédalo en tu cabeza con seda cruda: previene la hidrocefalia. Aún se reflejará en su azul agónico, después del tratamiento, la estrella del niño cuyo peso dobló al santo más fuerte.

II. GENTILES

Ágata

Muele finamente siete ágatas en un mortero que nadie haya usado, punza el dedo cordial con un segur de plata. Tu pecho se aligerará. Ella regresará, aún así esté en el reino más oscuro. Sean tus sueños su patria, tu corazón la caja de resonancia de su melodía.

Ámbar

Si mana bilis sin razón alguna, corta ámbar del árbol donde anidó la serpiente. Fruto cuajado en su luz enferma el ámbar atraparás tus sueños malos y estarás

curado. Debes cuidar tus ojos, pues el ámbar virgen es la única llama que no quema pero puede dejarte ciego. Di una plegaria rogándole a Santa Lucía y repite esta frase al cortar un almácigo de ámbar: “Que la luz no me abandone, que la luz no me abandone, que la luz no me abandone”

Agua marina

Hermana menor del zafiro, Agua Marina proviene de la aorta de una sirena. Colocarás en el centro de tu habitación, antes del amanecer, en un vaso con las lágrimas que tu madre haya llorado durante nueve meses, una Agua Marina y pétalos de una rosa blanca. La lepra de tus partes más escondidas volará como un ave de cenizas.

Piedra de luna

Esta piedra es muy celosa, si pones cerca de ella un ópalo bebe su humo hasta dejarlo agonizando. Limpia los bronquios de los viejos. Si pones un ojo de tigre por equivocación junto a ella, arde sin ninguna explicación.

Jade

No inmortal: tenaz, así es el Jade. Medicina imperial encontrada en la montaña de la grulla amarilla, pulveriza un poco y mézclalo en un cuerno de rinoceronte con tres gotas de oro. Bebe en una noche de luna llena el preparado, fortalece el cerebro, elimina las piedras de los riñones.

Lapislázuli

Frota polvo de lapislázuli en los ojos de un anciano ciego. Espera tres días mientras madura su azul en la niña del viejo. Él tendrá sueños donde lácteas ninfas se bañan en un cálido manantial, sus ojos regresarán a la luz, pero ante la aparición de un moro debes recordarle la sura donde el profeta se eleva por vez primera, pues si no lo haces, el anciano se convertirá en un asesino. Alejalo también de las madonas, pues su mirada puede borrar cualquier lienzo.

Malaquita

Cura el cólico miserere, sólo debes dejarla el domingo de pascua en agua bendita todo el día y la noche, cuidando de que no le de un solo rayo de sol o de luna. La luz la convierte en vaho dentro de los intestinos, un rayo de luna la hace nociva para el semen del enfermo.

Ópalo

Si tienes un ópalo déjalo por las noches frente a un espejo, algunos le atribuyen mala suerte, Wilde padeció miseria y penas por culpa de un anillo en el que la funesta piedra había sido montada por un joyero judío, no temas: si un ópalo duerme frente a un espejo el djin que habita en él pierde sus poderes.

Pirita

Desde hace muchos años la pirita ha sido usada para tratar males de la vesícula. Los humores que debilitan el hígado de un hombre pueden ser anulados con unas gotas del oro de tontos en una fuerte infusión de café y whisky irlandés. No excedas la dosis y sólo administra durante siete días, al octavo si aún sigues el tratamiento puedes perder el movimiento de los anulares y poco a poco tus cordiales se irán torciendo.

Topacio

De todo sueño afiebrado se separan topacios, lentos y amarillos, los menos malignos tienen la transparencia de un día de verano. El enfermo murmura mientras duerme el nombre de la hechicera que le hizo el daño. Haz que salgan todas las gemas de sus sueños y la fiebre acabará, perderá en colores lo que su sangre ganará en fluidez. No importa que sus sueños queden vacíos de gemas, para eso tendrá las monedas que adornan todas las calles de los que duermen.

Turquesa

Es una de las pocas piedras que sirven para aminorar la angustia; pon en un cáliz consagrado tres turquesas, si hay una visión en la que emerge un ángel todo

va bien. Sigue conservando el cáliz con las turquesas bajo tu cama, ahuyentarán los sueños de márfil y recuperarás la tranquilidad

Heliodoro

Usa el heliodoro sólo una vez, no debes arriesgarte a su niebla. Es la única gema que detiene la sombra del sol. Puede ayudarte si enfermas del bazo, pero tendrás que mezclarlo con la sangre del dragón.

Circón

Puedes confiar en el calor que emana de un circón, es tenue pero constante. Si deseas que mejore tu memoria usa el calor del circón poniendo uno de ellos en tu almohada durante el invierno. Aquellas que amaste y el olvido fue cubriendo, regresarán con cada crepúsculo.

Ojo de tigre

Al fondo de cada ojo de tigre se refugia una corza, tímida y atérica duerme allí mientras la tormenta amaina. Frota la herida que sangra con esta gema, después busca un conjuro de amor que nunca haya funcionado y quémalo, con sus cenizas haz un cataplasma. Esta piedra descubre lo que se oculta en lo profundo de las selvas, teme a las máscaras, detiene las hemorragias, pero sólo de heridas hechas por arma blanca.

Azabache

Cultivarás este lignito bajo la mirada de una gitana joven, no importa si ya ha conocido hombre; consigue cuatro hojas de albahaca y con ellas ata con tres nudos de seda en un bulto la piedra, el tercero debe de ser un nudo margarita. No olvides nunca que el azabache es una piedra traicionera, absorbe toda luz, marchita las rosas amarillas de cualquier jardín si se lleva en la mano izquierda.

Labradorita

Piedra del norte, piedra que hiende cualquier limo, piedra cuyo lecho es el

légamo que dejan los otoños en el corazón de las ancianas. Para la semilla infortunada del hombre, esta gema es la mejor compañía si muere solo.

Fabulita

Cuando cumplas treinta años consigue una fabulita, ve hasta la fuente de un río y deja la piedra en la piel del agua, si flota pasarás de los treinta, si no tu vida será corta, si se fragmenta, debes huir rápidamente porque tu alma está en peligro.

Corindón

Para descubrir a la mentirosa dale un dije de corindón el día de su santo, pídele que diga diez aves marías. Si la piedra cambia de color más de seis veces ella siempre mentirá, si queda fija la gema en un solo espectro indefinible, no temas, pues si estás enamorado de la muchacha, su corazón te corresponde por eso enturbia el dije: sólo es muy apasionada.

Morganita

Para que los marinos regresen siempre a casa debe usarse morganita al hacer el último botón de sus camisas, humedece la lengua del sediento, ayuda a que crezcan las uñas de los cadáveres. Es necesario que lo sepas, pierde el brillo si la frotas con perfume de rosas.

Víctor Luna. México

Nací en Culiacán, México, el 27 de julio de 1970, he publicado cuatro libros de poesía y dirijo una revista literaria llamada Los Centauros.

Abelardo Leal Hernández
Colombia

Restos al sol

Yukio Mishima

Mi abuela Natsu me enseñó el amor por la muerte.
Regó en mis oídos lenguas extranjeras
Y escondió el sol en su palabra.
Mi nombre de infancia era “príncipe guerrero”,
Pero la tuberculosis me eximió de la batalla
Como una humillación para mis días
Amantes del final heroico
Como un laurel del cielo.
Estudí entre la élite siendo plebeyo.
Crecí alimentándome con aire, con rachas de viento pasajero
Que tomaba en mis manos necias
Y vertía en papeles corrugados
Como vaciando en ellos mi alma,
Las calles recorridas, los rostros petrificados,
Las almas encerradas en máscaras,
La masa sola y la primavera helada
Desnudando los cerezos.
Mi padre rompía mis escritos frente a mi cara.
“No vuelvas a escribir una línea más”, sentenció con su mirada
Y me enlistó en las filas de las leyes
Que nunca explicaron mi nostalgia,
Mi amor por la noche ciega, por el vino insomne,

Por el Emperador destronado como un perro,
Por los viejos años donde el samurái cabalgaba sobre su valor
Y partía el silencio con su katana
Embarazada por el brillo.

Los hombres son casas en decadencia.
La tradición se esfuma como agua entre las manos.
Dejo mi testamento en letras afiladas.
Dejo mi cabeza clavada en su tinta,
Antes de que ruede sobre su misma sangre
Arrancada bajo el rito
Del seppuku.

John Steinbeck

Abres los labios carnosos de una ostra
Y desnudas una perla como un huevo de gaviota.
No has llegado a tu cabaña
Y la ciudad ya espera el tesoro.
El viento comunica el silencio
Y afila los ojos infinitos del avaro
Que vive en el cura,
En la mansedumbre del médico tratante de picaduras
Y la soledad de los mendigos
Que pastan a orillas de la iglesia
Besada por el sol agónico.
La ambición es una momia
Que se conserva intacta en sus facciones
Y cuando sube la marea
Revuelta con cangrejos y grava como manto,
Despierta su agujijón amargo
Que tumba paredes de granito
Y ensancha las manos hasta volverlas garras.
El deseo oscuro incendia tu casa.
Un águila ensaya sobre la perla
Y le pagas con el hambre de un cuchillo
Que prueba su garganta.



Estás manchado de la misma sombra que te sigue.
Los chaparrales ven tus pasos jadeantes huir hacia la noche.
La música es una bola de angustia
Que sólo termina cuando te despojas de todo
Para ganar la riqueza.

Sólo quedan arabescos, signos trazados en la hoja
Donde palpita tu sangre.

Historia Crediticia

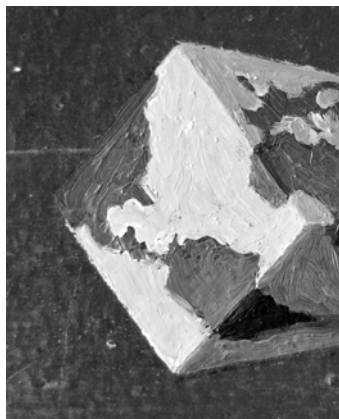
Él vendió su voz al viento
Desocupó su casa y comió lluvia
Nunca tuvo un techo más grande
No le dieron crédito en los bancos
Porque su historia era vacía
Remendó sus zapatos con huecos
Consumió la distancia con un vaso de deseo
Hizo con la luna un sombrero
Y en el cuello se colgó el sol
Montó en las curvas de cinturas de trigo
Cazó guayabas de árboles relucientes
Que la tarde besaba con lujuria
Aspiró infusión de hierbabuena
Y tradujo la sonrisa del incienso
De callejones oscuros hizo un pan claro
Para comer los días acerados
Bailó la música del timbal
Y la onda de pieles morenas capturando el éxtasis
Comió falafel preparado en la distancia
Conversó con lobos que comían lobos
Y salvó su cuerpo desnudando su alma en el aire
Se alimentó con papel picado y agua de panela
Se arropó con la lluvia y la ventisca
Se subió en la cresta de un rayo
La noche le hizo el amor y él le hizo el amor a la noche

Pertenencias

Sólo es nuestro lo ajeno.
No reconoces tu piel tiznada de lenguas romances
Y tu ciudad que es el mundo
Vertido en la ausencia del tiempo
Que descascara los rostros.
París no es únicamente
Forraje y tumba de los Hugonotes,
Ni cuartel de Richelieu;
Es también sangre tuya,
Botín de tus pasos que andan
Pisando el subterráneo como las ratas
Y tocando la melena de la torre Eiffel
Como de la Rue Servandoni
Donde trotan los caballos vestidos para la batalla.
Berlín y Londres, untadas de gritos ahogados;
Egipto escrito en los papiros
Y las cabezas de Isis y Osiris rielando bajo la luna insomne
Y en el cuerpo del Nilo
Donde la cobra cuenta horas . . .
En los pajonales que bordea el viento,
Donde el armadillo se despliega
Y la cascabel camina,
En la cabaña del tío Tom que reverdece con el alba,
Están anclados tus ojos
Como en la tierra del cerezo y los durazneros en flor.
Acaso te pertenece Buenos Aires.
Tu tiempo amamanta en Roma
Y en los navíos griegos fletados por la arena.
Quizá tengas el rayo de Thor
Y la sangre de los incas.
Las tortillas de maíz y los zapotes
Acuñaos por la tierra encinta.
Sólo es nuestro lo ajeno.
Porque hemos sido saqueados.

Culinaria

Rodajas de tomate, costillas de cocodrilo
Agua de coco como una suave tela para la garganta
Langostinos en salsa rosada
Para subir las peñas del deseo
Y destapar rostros ocultos en el silencio.
Flores de caléndula y monedas de pepino
Para limpiar las impurezas de la piel
(Las del alma se limpian con la conciencia negra).
Al pan grabado de ajonjolí
Úntale un puñado de recuerdos
Y una pizca de rumor de mar para abrir caminos.
Para espantar la jaqueca
Del ron dibujado en la cara,
Un sancocho de gallina
Surtido de yuca arrancada por el alba
Y plátanos besados por frazadas de sol
(A esto le agregas un rocío de ají,
Aguacate maduro y jugo de badea
Para espolear el apetito como una brasa).
Arepas con queso y chocolate para despuntar el día.
Huevos de iguana para probar los pastizales donde abreva el ganado
Y el corozo vende su aroma junto a hileras de limoneros
Que esculpen algarabía con sus dedos enjalbegados de cristales.
Aceite de oliva y vino blanco para freír las ansias
Y descorchar el vino del sabor
Como una mujer desnuda.



Enrique Molina

Estos son mis alimentos:
el viento que riega la colina,
la barca navegada por el mar
y el pescado que brilla en su fondo;
una silla natural con el trasero de los sentados
impreso como un perfume;

un hotel donde se escancia comida y llamas;
la riqueza está en mis bolsillos oxidados
hinchados de vacío: llenos.
Amaso el fuego de las fogatas
de cuerpos entrelazados que son mi cuerpo
donde también respira el agua
y hasta la soledad es una invitada
de labios como cadenas dulces.
Embajador de la noche
y de palabras de muertos que hablan a través de ellas,
consumo calles como preguntas
y cielos rotos como espejos desnudos.
Soy un pájaro impaciente que muda de piel cada día
y se refugia en el sueño para espantar la rutina.
Mi lecho son las horas
como mujeres de garras asesinas
donde buscamos besos fugaces.
Tal vez el vestido de las plegarias,
el frío como una bufanda hambrienta,
los hombres que he sido, el polvo que escurre por mis venas,
la memoria y sus fantasmas,
son mi alimento, ¿o yo el alimento de ellos?

Restos al Sol

Del buey desollado, de Rembrandt

Como el buey estamos desollados.
Para qué vestir mantos
Si la voz revela nuestro tiempo
Y la semilla que nos fecunda.
Los ojos cargan milenios
Y las calles nos miran como sombras.
La primavera es una ilusión
Y su oro falso
Está podrido por la caries.
Como una lanza

La soledad que palpita en la masa.
Esta construcción es de puertas cerradas.
Ni siquiera la lluvia puede entrar.
Los labios no escrutan el veneno que tragan.
El sol seca las tripas de este animal sangrado
Por él mismo.

Abelardo Leal Hernández. *Colombia*

Nació en Bucaramanga en 1982. Abogado, poeta, cuentista y ensayista. Su cuento Los Demiurgos ganó el premio internacional María Agustina 2006, en Lorca, Murcia, España. Ganador del premio de relato urbano de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Bogotá, 2006. Finalista en el XVI concurso internacional de cuentos El Fungible, Ayuntamiento de Alcobendas, España, y en el IV certamen de relato breve La Lectora Impaciente, Gandía, Valencia, España, 2007. 2do premio, concurso de cuento Paco Gandía, Sevilla, España, 2008. Recibió certificado de participación destacada en el International Essay Contest for Young People, organizado por The Goi Peace Foundation and The World Peace Prayer Society, Tokio, Japón, 2006. Le fue otorgada mención de honor en el concurso Crónicas de mi barrio, Bogotá, 2006. Premio internacional de poesía Jiménez Camapaña (Loja, España, 2008), así como mención en el II concurso nacional de poesía Gustavo Ibarra Merlano, y en el I Concurso Internacional de poesía Jirones de azul, en Sevilla, España. Diploma de mérito, IV y V concurso de poesía Lincoln-Martí, Miami, Estados Unidos. Finalista, I Concurso Internacional de poesía Editorial Ábaco, España, 2006. 2do premio concurso de poesía Juventud que desobedece y construye sociedad, Bogotá, 2006. Semifinalista en los concursos de poesía de la Editorial Los Tilos (La Plata, Argentina, 2004), así como en el concurso

de poesía Viento Nuevo, en México, 2004. Su poema Inicio fue incluido en el libro televisivo de la librería Mediática de Venezuela, 2006. Tercer premio en el Concurso Internacional de Poesía, Prosa y Arte Figurativos Il Convivio, Castiglioni di Sicilia, Italia, 2007. Finalista, concurso de poemas y cartas de amor RUMAIQUIYA, Sevilla, España, 2007. Publicó los libros Poemas Confidentes y otros Versos (Dto. de Literatura Universidad Nacional de Colombia, 2006) y Poemas de amor insomne (Bogotá, 2007), así como el ensayo La Participación Democrática en Colombia (2004). Figura en la antología poética de la Universidad Tecnológica de Bolívar, 2006, así como en la antología Con Buenas Palabras, Ed. Jirones de Azul, 2006, España, y en la antología Desde mi Ventana: Soledad y Vértigo, España, 2006, Ed. Ábaco. Asimismo, en la antología del I Concurso de poesía Pasos en la Azotea, México, 2005, y en la antología de cuento El Libro y su Autor, de Lulu Ediciones, Estados Unidos, 2007. Igualmente, en otras antologías, revistas y periódicos de Colombia, México, Argentina y España. Magíster en Escrituras Creativas, Universidad Nacional de Colombia. Estudiante de Doctorado en Literatura Hispanoamericana (U. de Salamanca, España).

Biopoesía

Escribir III

Hoy no me importan las plazas vacías.
No me intimida
el acecho
del instante estéril
que perverso se alía al vacío
cuando quiero escribir.

Hay urgencias
soplando eternidades a mi oído
pero el decir preciso
busca sus grietas
y me deja descalza de caminos.

Y la palabra insiste.
Me moja
aguardando el cobijo
de una frase
que doblegue al silencio.



Cuando el miedo se distrae
mi voz aprovecha
para acariciar incluso al invierno.
Un abrazo seductor
soborna al verso
y logra convencerlo de que es fértil.

En ese instante sin sequías
puedo callar al frío.

Yo sé que esta noche
me moriré menos.

La vida aconteciéndome

rastreo permanencias
en mi rostro

el tiempo reclama
 minucioso
sus dominios
sin embargo
hoy siento que puedo definir
hasta el vacío

no me pidan medida
después de todo
 hay veces que sí imagino
 el sabor de la luz

entre esas cosas que tiene la vida
me ilusiono
deletreando otro cielo
a pesar del invierno

tan tercamente puntual

queda poco lugar en el puño cerrado
por eso ya no me sirve la rabia

hoy
no me repliego
como animal clandestino
que huele lo adverso
porque nadie se llevó las libélulas de la noche

por eso sé
que ignorando el golpe bajo de las anclas
podré palpar
la vida
aconteciéndome

y mañana
cuando el sol me pegue de lleno en la cara
fingiré que no me quiebra
la lenta conquista de la verdad

Promesas

quizá hoy sí me anime
a levantar la cobija del día

sorprenderlo en el ensayo
y trastornarle su programa

si escribo
desde el terreno pantanoso
de siempre
las cosas parecen quietas

pero en cada parpadeo
hoy quiebro el horizonte
empecinado
y convierto en alas mis pies

uno no siempre llora de dolor

se puede llorar
por la obediencia nocturna de la luna
crisálida ansiosa
que espera la hora propicia
para irse a jugar

se puede llorar
por el gesto que rescata
la pulpa hereje de la vida
y nos hace bailar en las esquinas

el plazo se va acortando
ya es hora de reír

Qué difícil

qué difícil es seguir siendo
a pesar de mí

darle la espalda al imán fluvial
de la nada
para que algo suene
como dicho por primera vez

hay ráfagas de noches
en las que puedo imaginar
la experiencia humana

y como todo lo irremediable
entre bambalinas
 espero salir a escena

me prometo mentir júbilos
y hasta me creo volando
¿cómo cerciorarme
de que existo
antes de que la mente racional
disipe los vahos del sueño?

Yo

como en un tiempo convexo
habito a veces
un lugar acaso inexistente.

quizá hasta puedo prescindir
de buscarme
del otro lado
donde un silencio transversal
 desabriga madrugadas.

pero no hay que confiarse

la conciencia descansa
 para recuperar fuerzas
y rescatarse en la memoria.

 y a deshora
a prudente distancia
pisando su propia sombra
acerca el oído
se apresura
 glacial

y me disputa la luz de las ventanas.

cuando me sobren los minutos
quisiera descifrarle los lobos
 adivinar sus dobleces
 enturbiarle el sosiego

y a hurtadillas

huir

con todos los sueños que dejé en la almohada.



Lidia Díaz. *Estados Unidos*

Departamento de Lenguas Modernas, Universidad de Texas en Brownsville.

Nació en Buenos Aires, Argentina. Tiene una licenciatura en Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, y un doctorado en Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Pittsburgh, EE.UU. Actualmente es profesora de Lengua y Literatura Hispánica en la Universidad de Texas en Brownsville.

Comenzó a escribir sus poemas hace tres años y desde entonces ha presentado

sus trabajos en numerosos encuentros y reuniones profesionales. Algunos de sus poemas han sido incluidos en diversas antologías. Ha ganado el segundo Premio Poesía al Mar (Tamaulipas, Mx.), el Premio de Poesía en el XVII Certamen de Poesía y Narrativa Breve (Buenos Aires, Argentina) y el primer premio del certamen de poesía organizado por el Ateneo Literario José Arrese, de Matamoros, México, consecutivamente en los años 2007 y 2008.

Otoñal mi desvelo

El verso llega otoñado con la herida abierta de plegarias
en la muerte
y con el vino de marzo de todas las bodegas.

La ausencia cabal repetible en diciembre
arrastra en sus huesos la pálida bruma del insomnio.

Su cepa protoplasma desnuda en invierno
quebrada y mutilada en los goznes secretos
rompe su arteria
y aborta la vida con la vítrea erupción del tormento.

La vid crece al amparo de sus manos níveas
que invierte hacia el fondo de la tierra sus gemas surreales
para esparcir en el aire el sabor de las parras mortecinas
y tejer en el suelo los zarcillos mansos encepados
que trae consigo la cosecha de la uva de marzo.

Su copa de vino espeja el silencio inesperado
y perfora las telas del mapa febril de mi utopía.
Choque de cristales en duelo perenne
de la vida que esplende
y la muerte que calla su porfía.
La sangre vino
racimo heraldo de todas las vides
su sangre vino
con tierra anegada de sal de los mares.
Ajusta su moldura vertebral y exaltada
a los cuencos sagrados del blanco sagrario.

Se eleva rondón en ocaso Divino
con vapores de mosto guarnecido en la sombra
pinot que trocará mañana en diccionario abierto
catación de ángeles
vinoteca de sueños.

El azahar de su aliento disperso en el suelo
lo descubre rubí como la savia viva
con el sabor inconfundible del roble en las tinajas
y en el acre picor de su virgen pureza
del odre a la garganta.

La boca ansiosa sobre el cuerpo desnudo
muerde la costumbre sin la piel ojiva de los granos
sin su carne redonda de uva en la memoria
que al fin odalisca oportuna de la sombra
derrama su esencia espiritual para volcar el genio
en el vidrio transparente de su lecho puro
botella sin forma
vientre de la noche sin techo de estrellas ni relojes
calizo y frío en el fondo misterioso del sepulcro.

Milenios de parras mudas ejecutan su sombra
rúbeo derrame en su refugio planetario y vagabundo
fiscalía de luces en el otro mundo
que teje la glacial impostura del racimo
en el cieno de los suelos
desmigajado para pan de arena
en las múltiples lumbreras de lo oscuro
en la fosa invariable de los huesos salinos.
La uva era su vida en hileras de brújulas y visos
clareados por la lluvia que aspiraba conmigo
en mis días de niño
y partió sin ella y con mi sueño a cuestras
con los primeros brotes de un verano afrutado
y siempre frío
con solfeos sin violines

con bullanga de pájaros mudos.

Murmullo lejano de los vientos del alba
que dibuja el delirio.

El vino versa en otoño los mejores recuerdos
y una lágrima quieta anega los guijarros
de una quena callada
que orilla los huertos impregnados de hircismo.

Ríos rojos arriban al entorno oscuro de otra luna amarilla
y cada año verbena su altar de vendimias
catálogo secreto que roba su vida en haz de amarantos
hasta el breo lugar amortajado de salmos
donde descansa su sombra en raíz enmudecida.

Su vestir despliega honda cicatriz del cielo a la tierra
reviste su pasión por genuinos viñedos
que abren la brecha
y alivia el dolor de su elemento en calma
cuando desgrana el grano para ser bebido
por otro paladar de la nueva simiente
que llega escondida.

La sangre de su vino consume diciembre
y regresa en marzo sobre los corceles de rojo sarmiento
y los anagramas que inventa el otoño sobre las hileras.

Llega el vino con la fragancia perpetua de las uvas
en aromada barrica de sustento
para ser los dos caudal de sangre en la madera
cuando el fétetro clavado como puñal de huesos
obliga a su resabio desgarrado y desnudo
a no perder su arteria de viejo peregrino.

Regresa desde el fondo imborrable de la copa
que mece los cristales de otro sol estrellado en la pavesa.

Alumbra la raíz de la vid hacia uvas nuevas
ligera y enrollada a una vena calendaria
sin fronteras.

Racimos anélidos esfuman la materia fecal de sus huesos
y transmutan su espíritu que ronda entre los surcos
que explota en las piletas
y derrama su osadía en vino nuevo
en vino vida
energía silente de campanas en el altar de los templos
para bocas milenarias que se trepan
a su roja inmortal algarabía.

En el fondo de la copa de los sueños brilla una luna partida
rotaria férula hormonal de las bodegas que lo vieron
alma girante del imperio planetario de la noria
alma de la tríada de versos que aún delira:
sangre vino
histórica piedra filosofal
como homenaje perfecto de la ausencia irremediable
al sabor que engalanó su mesa de otros días
y hoy se bebe la tierra en su memoria.

Graciela Reveco Manzano. *Argentina*

Escritora. En ejercicio de la docencia. Crítica Literaria. Correctora de textos literarios. Secretaria de la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE Mendoza) desde 2004 hasta marzo de 2007.

Fundó y dirige (2004 a la fecha) el Taller Literario "Letras en Libertad" (adultos) y "Letritas" (niños) en dos Bibliotecas importantes de la provincia, con la edición de los libros anuales de taller "Huellas" y "Proesia".

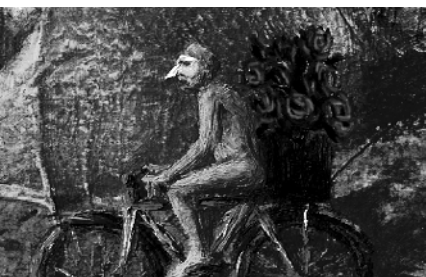
Ha editado sus libros de cuentos: "Cuentos para pensar" (2000), "Grullas de Papel" (2005), y la novela "Donde las piedras tocan el cielo" (2008). Tiene pendientes de

edición distintas obras literarias. Ha editado en numerosas coediciones provinciales y nacionales.

Hizo crítica literaria a los cuentos ganadores del Certamen Internacional de Cuentos Max Aub, de Segorbe, Castellón, España, para su página web, que obtuvo el premio Tabarca Web Pages 2002.

Tiene alrededor de 100 certificaciones entre Premios de nivel Provincial, Nacional e Internacional y Participación en Movimientos Culturales (jurado en distintos certámenes literarios y de guión vendimial, prólogo y presentación de libros de autores mendocinos, intervención en actividades escolares).

Prófugo de servicio



Yo no presto mis servicios como soldado,
sino como prófugo.
Bob Dylan.

I

Y como yo no presto servicios como soldado, sino como prófugo,
no puedo hablar de armas,
sino de huidas.

Mías, conmigo, contra mí... No de otros regimientos puedo hablar, no de otros frentes.

¿Has oído cantar a los turpiales? ¿Los has oído gemir?

¿Se te han posado alguna vez en el ruidoso sueño para aligerar la pesadilla?
Seguramente

no. A oscuras nos fugamos con la fugacidad para no ver
el rostro masacrado del corazón perpetuo. (Digamos que la acción transcurre
en una página.

No en blanco. No hermosa. No —aún— crucificada. Digamos
que en una línea un hombre. Digamos que en una línea de esa página. Diga-
mos que en una
línea de esa página un hombre —para más señas: Extranjero—

decide no escribir, crucificarse por su cuenta y riesgo, solo y sin cruz, en la noche difícil.

Digamos que no es sábado, y la misma ausencia y la misma presencia repiten pan). ¡Ah si mi madre, ah si mi padre, ah si mis hermanos estuvieran conmigo! ¡Ah si mi madre, ah si mi padre, ah si mis hermanos no estuvieran conmigo! Pero la madrugada será larga y habrá que continuar vagabundeando a solas, entre montañas de cemento jaspeado, troncos baldíos, viscosidades, lumínicos umbrosos, mientras nos intercepta la mañana para encomendarnos la restauración de las equivocaciones de ayer.

Los transeúntes no saben que soy el Extranjero. Los transeúntes no saben que son el Extranjero. Ni que el Prófugo somos, saben. Huyen sin darse cuenta de que huyen. Huyen sin darse cuenta de qué huyen, los transeúntes, yo, y esta República de tardes melancólicas desdibujándose en las noches como vinos escanciados por nadie en las tabernas del Gran Pan. Atlántida maldita de regreso a casa: la nueva superficie ya estaba bien sin ti.

Mis servicios no le sirven a nadie, yo sé. Un prófugo no es más que un niño que se retira a descansar y deja de maldecir a su madre, a su padre, a sus hermanos. Un prófugo no es más que un niño. Y una madre y un padre y un hermano. Un prófugo no es más que un prófugo. Los campos de batalla no son sus campos. Son sus batallas los hastíos y esta ciudad que sabe a musgo y trementina. Que huele a incienso pastoral en las redondas manzanas del domingo, y madruga los lunes sólo para hacer fila a la entrada de bancos, tiendas, hos-

pitales, fábricas,
floristerías, luego de haber dormido a pierna suelta sobre su propio
sueño negado. Dichosas multitudes de cadáveres despiertan a la vida de la
vida real
y cantan mezzosopránicamente entre las balas. Yo esquivo
el duelo. Desenfundo mi revólver de alcohol y apunto a mis entrañas. No dis-
paro a matar,
pero se sabe, se sabe, ya se sabe... Y sigo mi camino, a pie, sin
prisa, en dirección contraria a donde voy. ¿Y a dónde voy? No hacia el rebaño,
pero
tampoco hacia la fiel noche oscura del alma. Tampoco hacia
el alma oscura del cuerpo en cuya noche me está esperando un pubis de mu-
jer: Huyo
de mí como huyen las ratas del gran barco fantasma siempre
zozobrando en su altamar. Como hoja de almanaque siempre derrotada por
la víspera, si no
me arrancan, yo mismo me deshojo cuando descubro que se ha
pasado el tiempo, y nadie llega para anunciarme que se ha pasado el tiempo.
Como letra
de paso, sé que pendo de un hilo. Y la navaja aguarda entre breñales
mientras apacienta con rústicas maneras su doblefilo de ondas perturbadas.
Mas no importa.
Seguirán siendo míos los taciturnos bares, sótanos, buhardillas,
cementeros levemente marinos, y nadie podrá quitármelos ahora que por fin
soy dueño
de mis llagas, y el rayo y la centella y hasta el árbol sobre el que
habrán de caer ambos cuando descubran los traficantes de lunas llenas que
vendo, compro y
colecciono falsos aullidos para aguarle la fiesta a los lobos verdaderos.

II

Y como yo no presto servicios como soldado, sino como prófugo,
no puedo hablar de heridas en combate,
sino de huidas.

Mías, conmigo, contra mí... No de otras emboscadas puedo hablar, no de otras balas.

No de otras farsas puedo vanagloriarme sino de esta gris
camisa gris agujereada por certeros disparos de pintalabios sin candor. No de
otros versos
saldré en defensa sino de estas versiones. Son mis almibares,
mis tundas, mis cansancios; son mis muchas maneras de repartir rabias a do-
micilio sin que
el perro de la vecina me pregunte por qué. No espero nada
a cambio, salvo un nervioso tartamudeo en el umbral. Me perdí de los últimos
balcones:
aguas pasando: miradores de horror. ¡Cómo vuela el tiempo!
Aunque no tiene prisa y se alegra cada vez que corta un ala. Las alas de los
hombres son
los más caros trofeos que reposan en las salas del tiempo.
¡Ah si mi madre, ah si mi padre, ah si mis hermanos estuvieran conmigo! ¡Ah
si mi madre,
ah si mi padre, ah si mis hermanos no estuvieran conmigo!
De la nostalgia a la melancolía, la nimiedad del grito, el paso leve, la suerte
agraz. El
desgarro pleno en pleno espectáculo del corredor de fondo
hallado culpable de caminar sobre las aguas sin autorización de los funciona-
rios de Dios.
También huía. También buscaba una razón para seguir buscando.
También bordeaba el borde, rizaba el rizo y deducía de los otros una mirada
cómplice. Pero
los otros ya habían programado su cósmica estampida y lo dejaron
solo entre las plagas, los faraones, la primera piedra de la próxima pirámide, y
ningún Mar
Rojo tuvo en cuenta sus afanes de fuga para salvar la casa.

No prometí la tierra prometida,
mas me cobraron hasta el último
céntimo de alma por cada gesto
que no dije, por cada palabra
que no hice; por cada partícula

de zarza ardiendo en las rodillas
me cobraron, sin derecho a apelación
o réplica. “El azar tiene sus razones”,
dijeron. Y yo, que desconfío del azar
y aún más de las razones, opté por
negar las deudas, evadir los impuestos,
quemar los pagarés, y continuar sobando
vientres como quien busca a un niño para
mirarse en el espejo del hombre que será.

Y el mundo siguió andando, el corredor corriendo y mis servicios no le sirven
a nadie, yo
sé, pero si al menos me sirvieran a mí, pero si al menos
pudiera leer los labios de aquel tullido que duerme sobre el pedazo de cartón,
pero si al
menos aquella anciana dejara de llorar; pero si al menos
un crepúsculo, pero si al menos una bengala, pero si al menos una mujer... En
la ciudad
la sangre se cuenta a cuentagotas, mientras sigue goteando
a borbotones. En la ciudad la sangre se deja seducir por el fragor de la burbuja
y se dedica
a retozar en las alcantarillas. Hoy en la ciudad pasó a mi lado
un hombre botando sangre por la nariz y canturreando “Trota, mundo; trota,
mundo; trota,
mundo”, y no era el loco que todas las mañanas pasa a mi lado
botando sangre por la oreja y canturreando “Trota, mundo; trota, mundo; tro-
ta, mundo”.
Éste era un hombre, éste era un pez, éste era un tímpano; éste era
un relámpago en su lecho atribulado por las innumerables sombras sin patria
y sin tiempo
que todos los días solicitan asilo en la ciudad. Un labio hambriento
de mística y perdón en la planicie de los golpes sabidos. Imprecisa criatura de
nadie
con las piernas llagadas de tanto caminar, trotar, pasar al lado
de los otros botando sangre por la boca y canturreando “Trota, mundo”, mien-
tras el mundo
continuaba ensimismado en su tímido culebreo inmóvil.

III

Y como yo no presto servicios como soldado, sino como prófugo,
no puedo hablar de condecoraciones,
sino de huidas.

Mías, conmigo, contra mí... No de otros escudos puedo hablar, no de otras diademas.

Pues no se otorgan medallas por huir, pues no se entregan diplomas por gritar, pues no por regurgitar con bombos y platillos palabras vanas

perdonarán los tiempos las palabras vanas. Será implacable el Juicio y quien no haya puesto en juego su vida tras cada letra escrita, recibirá las dádivas

espléndidas del espléndido olvido, y en las discretas noches de remordimiento y contrición, deberá ofrecer disculpas por adelantado: ya ofrezco

las mías... ¡Pero ah si mi madre, pero ah si mi padre, pero ah si mis hermanos estuvieran conmigo! ¡Pero ah si mi madre, pero ah si mi padre, pero ah si

mis hermanos no estuvieran conmigo! Porque prófugo soy, y mis servicios no les sirven a nadie, yo sé, y más lo saben quienes se sirven de ellos para

restregarme una y mil veces en la cara que mis servicios no les sirven a nadie: un prófugo no es más que un prófugo. Y un profundo bostezo medio

perdido en medio de la jungla revelada, la pelambre de las fieras, el oasis supino, y estas torpes maneras de mentir para ocultar entre los crisantemos

de ningún Edén el verdadero rostro del horror: mi rostro.

Los buenos aguafiestas siempre llegan temprano a todas partes; yo siempre tarde y

de último, y aguafiestas soy... Y de los buenos.

No hay casa en patria ajena, José,
pero hay muchachas. Mira: ellas



se acercan caminando, ellas me besan caminando, ellas se besan caminando, ellas caminando encuentran el amor. Ellas caminan mientras besan y nunca esperan por el labio soñado para crujiir con los zarpazos del camino. Ellas disparan caminando, ellas se incendian caminando, ellas arreglan los malos días caminando: ellas, caminando, caminan. Algunas me protegen y otras me abandonan, pero siempre regresan, caminando. No hay casa en patria ajena, José, pero hay caminos.

Bienvenidos a la certeza de la vida en préstamo. Bienvenidos a la calle más larga mientras salen y se reponen de la calle más larga. Bienvenidos a la hora de los tiempos sin porqués. (Digamos que la pregunta se escurre en una lágrima. No en vano. No airosa. No —aún— recompensada. Digamos que en una chispa un hombre. Digamos que en una chispa de esa lágrima. Digamos que en una chispa de esa lágrima un hombre —para más señas: Extranjero— decide no fingir, recompensarse por su cuenta y riesgo, solo y sin luz, en la noche difícil. Digamos que es la noche difícil). Ahora mismo estoy sentado en mi cama y me pregunto “qué estará haciendo mi padre allá en la isla. Seguramente duerme, o sueña, o se prepara para morir tan solo como lo dejé hace siete años, acompañado de una soledad que ya lo acompañaba”. Pero mi padre ya está muerto y los años son trece. Más números, en la noche difícil. Es la noche difícil. Bajo a los bajos fondos y me encuentro cara a cara con el submundo teatral. No hay nada allí que no conozca. No hay nada allí que no hayan visto antes mis ojos sobre el desorientado pavimento. Las muertes operáticas. Ésas que en las noches difíciles resbalan como miriópodos perdidos en sus propias babas

de odio y ruinas por venir. Se presentan en forma de asesino, ángel, héroe, mártir, dinosaurio, poeta. En lo más bajo de los bajos fondos, la inocencia es testigo de las burlas con que nos rondan en las noches difíciles las ideas fijas, los cerebros en blanco, las guerras sucias, los suicidios tardíos. Trampas de más en la pradera de los falsos modos. Trompos girando entre las trampas y una sola canción sobreviviendo a todas las canciones para seguir agonizando a solas. Termina mi canción y arranca la agonía. ¿Se acerca el fin del mundo? Es la noche difícil. Trocha de agua por donde a duras penas camino, deambulo, aprendo a deambular. Por donde a duras penas me desvíó para comprar un pan, un huevo, una bolsa de té, medio periódico, y una vela para alumbrar la cama, la misma cama donde ahora estoy sentado y me pregunto “qué estará haciendo mi padre allá en la isla”. Pero mi padre ya está muerto, y es la noche difícil: noche difícil. Es la noche difícil. La edad del estornudo. El bulevar del pánico. El uno con la estrella en la añorada cercanía del sacrificio amante y rencoroso. Es la mansión de los que nunca. Es la mansión de los que siempre. Es la mansión de los que nunca han puesto un pie en la mansión de los que siempre han pisoteado el buen sueño de las dificultades nocturnas: noches difíciles. La soldadesca cansa, la soldadesca cuesta... Y duele.

—¿Nombre?

—Alberto.

—¿Número de Cédula?

—291294.

—¿Profesión?

—Hombre.

—¿Nacionalidad?

—Extranjero.

IV

Y porque yo presto servicios como prófugo, y no como soldado,
no pude hablarles de armas, heridas en combate, condecoraciones,
sino de huidas.

Alberto Rodríguez Tosca. *Cuba*

Alberto Rodríguez Tosca (La Habana, Cuba, 1962). Poeta, ensayista y narrador. Ha publicado *Todas las jaurías del rey* (Premio David de Poesía, 1987), *Otros poemas* (Premio Nacional de la Crítica, 1992), *El viaje* (Ediciones Catapulta, Colombia, 2003), *Escrito sobre el hielo* (La Pobreza Irradiante Editorial, Colombia, 2006), *Las derrotas* (Ediciones Unión, 2008). Sus poemas y cuentos han aparecido en antologías publicadas en Cuba, España, Argentina, México, Colombia, Venezuela, Puerto Rico, Austria, Italia y Estados Unidos. Estudió Dirección de Cine, Radio y Televisión en la Facultad

de Medios Audiovisuales del Instituto Superior de Arte (ISA) de La Habana. Llegó a Bogotá en 1994 invitado al III Encuentro de Poetas Hispanoamericanos organizado por la revista *Ulrika*. Desde entonces reside en Colombia. Ha sido escritor y director de programas de radio, profesor universitario y editor general de varias publicaciones colombianas de periodismo cultural (*Suburbia Capital*, *Urbe*, *Horas*, *La Sangrada Escritura*). Actualmente dicta clases en el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y Talleres de Creación en la Casa de Poesía Silva.

Guillermo Esteban Coulter
Argentina

Poco para ver

Globos saltones bailan en sus cuencas
venas desinfladas de una escena
donde puede crecer la nada.

El tedio se satisface hasta las últimas vísceras
adormeciendo al lobo escuálido
que vibra dentro.

Lamiendo la saliva de la luna,
ahuyenta el espejo a la flor
hasta corromper los huesos de las sílabas.

Poco a poco se dispersan los efectos
de sus pobres causas.

Hacen gracias los mimos
al espanto de las cunas,
las almas solo viajan
en avioncitos de papel.

Para muchos la vida vale menos

que una rosa de píxeles,
para mí,
ya sabes.

Una pecera entre Güemes y Oroño

Una huella borrada por la lluvia,
una evolución convertida en polución,
algunos días se descifran en la epidermis
o se recuperan tarareando las notas
de un himno olvidado.

Tus pantalones guardaron por un tiempo
la felicidad de los pasillos,
fuimos una cerradura ungida,
una pecera llena y desbordada.
Chupaba el anís de tus ojos rojos
y me marchaba haciendo el avioncito
sobre cordones de piedra.

Los astronautas

Un arco tenso,
un arco convulso
impulsa una estela rancia,
fisura la tarde del barrio,
los baldazos de las vecinas neuróticas,
el saludo hemipléjico de un anciano,
la esquina donde Armstrong robo un beso
mientras Collins lo esperaba con un palo
a la vuelta,
ella quiso más,
entonces fueron tres,
ella, Armstrong y Collins,
en una pensión al lado de mi casa,
una madrugada del setenta y siete
los vinieron a buscar a patadas,



empujando puertas,
con ese impulso convulso,
con esa muerte de palabras.

El sueño del gusano

De plata el mar,
la luna rota y sube la marea,
clavando un sable de luz
entre las costillas de la almohada.
La arena golpea las tejuelas.
Llena de prismas levita la noche
cortada por las tijeras recurrentes
de un sueño.

El gusano deja su estela pegajosa
sobre la ventana
y cae,
cae cada vez que lo intenta.
¿Será el vidrio el sueño del gusano?

Creciendo

Con una leve cadencia afloran tus manos,
amplios senderos de cinco puntos cardinales.
Arenales pisas, galopan nubes, pastizales mecen
y en un chasquido cortan el acto.
Así con fuerza se marca el destino,
espurios gansos graznan y se dan valor
para seguir avanzando por tus dedos
de uñas crecidas hacia adentro,
rasgan el tieso dolor
de servilletas sucias,
banquetes de caracoles,

estómagos verdes,
él los pisa con cierta emoción.

La palabra III

La palabra es un perro díscolo
que aúlla en un callejón oscuro
al pasar un tren de pasajeros.

La del aullido sin fin en la madrugada,
con pasajeros ciegos de tanto mirar
por las ventanillas de un tren,
descubriendo partes de ella:
el silencio.

La pública,
la retórica y sus consecuencias,
la necedad y sus consecuencias,
la persuasión y sus consecuencias,
el sin sentido y sus consecuencias
públicas.

La que insiste
en no llegar.

La que advierte
antes del hecho,
el hecho que asedia.

La propia
mente ilusoria para vivir.

La que falta,
y así sucesivamente.

Una princesa celta

Como una princesa celta
que recibe un ramito de flores silvestres
antes de su sacrificio,
así me miraste.

Un gorrion se estrelló
en el vidrio de la ventanilla,
te fuiste con sus días.

Corrí por los andenes,
pisé pomelos heridos,
sangre disuelta en copas
de monaguillos ladrones.

Casas chatas, un desierto real,
la calesita chillona y sus taladrillos
de la tarde vieja
a penas al nacer,
que se vuelve en las veredas
estatua de carne en esas sillas pétreas,
palco privilegiado
en el teatro de la nada.

El tiempo
terminó con los trenes
y yo con mi princesa celta
y su ramito de flores silvestres.

El monte Longdon

La voz provenía de un pozo,
apartó unas piedras,
metió la mano en la carne caliente,
colocó un ojo en su cuenca
y partieron.

Auda

Me sentía seguro al ver en su mano aquel Smith & Wesson
plateado, firme entre esos dedos mansos
y yo en la otra, que no soltaba,

la acompañaba hasta el fin del mundo,
aunque el mundo fuera sólo el gallinero del fondo
y la aventura el investigar porque se alborotaban las gallinas,
mientras el abuelo, recostado bajo una tenue luz de velador
agonizaba en su cáncer, en aquella habitación color durazno.
En las noches de verano me sentaba a observar desde la ventana
como caían los ratones de las parras
y la gata negra sin cola los corría.

Haikus en Chinchibira

I
el sol planea
sobre pétalos lilas
huye el rocío

II
sin sumarte hoy
nunca será lo que fue
caí en la cuenta

III
posible hogar
lamento del pájaro
cortado está

IV
boca profunda
simiente de palabras
luces y sombras



La línea de borde

Escritorio,
cajones abiertos.
Fotos, cartas, relojes con pilas gastadas,
me gustaba bañarme en una fuente

del patio.
También lápices, cables
y una pelotita Pulpo.
Esta es de un cumpleaños,
gente que ya no existe, mi perro.
Los veranos en Corrientes,
aquellas siestas de arena y árboles,
de volar en patas.
La vecina se montó sobre esa maldita
lustraspiradora
otra vez.
Un poema de Vinicius,
una cajita de marfil y un Zippo.
Los compañeros de primaria.
El griterío de las sirenas,
los sótanos secretos.
Los viajes a dedo,
latencia y excesos.
Desde la cima del Taigeto
tiraron algunos sueños.
Muchas paredes,
en esta ciudad hay muchas paredes.
Después algún respiro,
los cajones abiertos,
esa maldita lustraspiradora.

Möebius

Necesitaría como esa cinta que es arriba
y abajo
que es derecho
y revés,
sostener en firme la conducta
y a Calderón pedirle aquel
“freno de arena que detiene a raya
este del mar caballo desbocado”

y por un momento ser Masaca
y por otro,
el mismo,
un murmullo,
el golpeteo de un toldo
que roza una pared en la siesta,
para no caer en la terrible reacción
que inflan los instintos más criminales
cuando siento que deslizas
tu mejor beso de Judas
sobre mí.

Tanguito del colectivo

Tomo el día como una carta
que el azar me condenó a perder
Hay rings que salvan.
El aire es un cuchillo
de doble filo.
Siempre se espera más
y no aparecen las frases escritas
en ninguna pared.
A través de la ventanilla
de un colectivo cualquiera,
entre la calzada y este sabor,
cuánto carretel comprimido.
Hay rings que salvan.
No me hablen del sonido cuadrafónico.
Por mi oreja pasa el cataclismo universal.
La mayor profundidad
es la de este ombligo.

Piel

Si por elección fuera
el tacto sería uno de mis sentidos preferidos.

La flor suave, el seno y sus destinos.
Ninguna foto puede acercarme tanto la humedad
como la redondez de esos aros minúsculos.
Qué sería del dolor, sin esta lengua partida.
Sueño voces,
dijo la cieguita
y todo en el espacio de la habitación
se hizo piel.

Reloj de pared

Fisura,
grieta abierta como boca
ladrillo en sangre oscura,
noche del tiempo.

Un reloj hace
tic tac.

Reloj de pared,
cierre de metal.
¿Cuántos relojes de pared hacen falta
para cubrir las fisuras del tiempo?

Guillermo Esteban Coulter. *Argentina*

Rosario, Argentina, 1964. Desde la década de los ochenta he colaborado con poemas de mi autoría en diversas publicaciones como así también y desde hace unos años, en sitios literarios de la red, tanto del país como del extranjero.

Obtuve el 3° Premio del Certamen Internacional de Poesía Tilo Wenner en su edición 2.003, con la obra: "Puzzle de ciegos".

Algunos de mis trabajos han sido traduci-

dos al italiano, al portugués y al inglés.

En el año 2.006 formé parte de la edición de una antología comunitaria en tributo a la poetisa Alfonsina Storni.

Finalista en el Concurso Internacional de Microficción "Garzón Céspedes" 2007, en el género poesía.

Tengo inéditos y en proceso de preparación dos libros de poemas: El expreso a Babilonia y La línea de borde.

Cuento



Aquilino Elpido Isla
Argentina

Mamá reía también

LO HABÍAMOS ESPERADO MUCHO. Los primeros días mirábamos la puerta esperando que se abriera y apareciera él, pero con el tiempo fuimos perdiendo interés y la vuelta de papá dejó de ser lo más importante. Una tarde a fines del invierno apareció con una canasta: preguntó por mamá y dejó la canasta sobre la mesa del comedor.

Nosotras corrimos a cambiarnos los vestidos, a pasarnos el peine y hasta lavarnos la cara. Supongo que la llegada de papá era una especie de fiesta que nos incluía. Odina, se puso un vestido claro que la hacía parecer más gorda. Isolda e Italia eran las más chicas, apenas alcanzaban a ver sobre el borde de la mesa, yo era la del medio; mamá se acercó y papá no dijo nada. Nadie decía nada: todas mirábamos la canasta. Me parece que por esa época las cosas no andaban bien y el contenido de una canasta resultaba esperanzador.

Cuando mamá la abrió, comenzó a reírse. Reía de una forma tan contagiosa que nosotras también reímos. Ninguna entendía nada, pero si mamá reía era porque todo estaba bien.

Papá volvió a marcharse. Esta vez no lo esperamos. Ninguna de nosotras lo recordó durante mucho tiempo. Mientras tanto crecimos y mamá enfermó. Un año después, cuando murió mamá, volvimos a verlo. Estábamos solas junto a unos vecinos, más o menos piadosos, que ofrecieron sus casas para que nos quedáramos. Pero él dijo que el lugar de las hijas, en momentos tan tristes, era junto a su padre. Así que nos quedaríamos en la casa porque ese era nuestro hogar. Cuando volvimos del cementerio papá fumaba en la puerta de la casa. En medio del patio la ropa de mamá ardía. Nos paramos alrededor del fuego. Odina, que tenía los pómulos enrojecidos, como si las llamas salieran de su cara, empezó a reír y todas reímos. Cuando anocheció y ya no quedaban brasas, continuábamos riendo.

Cuando entramos la canasta estaba sobre la mesa, como si nunca se hubiera movido de allí. Italia la abrió empezó a reír y todas reímos. Nunca supimos porque había muerto mamá, pero a partir de ese día tuvimos que arreglarnos solas. Hacíamos lo que Odina decía y como ella era la que siempre empezaba a reír todas nos reíamos con ella y era como si mamá estuviera allí.

Cuando tenía unos veinte años Odina fue hasta un pueblo lejano. Esa fue la primera vez que estuvo afuera de casa más de un día o dos. Ella había buscado a papá porque quería saber, conocerlo de cerca. Llegó hasta donde vivía pero, según dijo, él no había querido salir.

Yo siempre me pregunté si Odina se habrá reído esa vez. Aunque creo que para poder reírnos era necesario que estuviéramos juntas. Ella no dijo donde había estado. Es decir, a mi me lo contó cuando nos enteramos que papá tenía otra mujer.

Tiempo después supimos que había tenido otra hija. La próxima noticia de papá fue su muerte. No nos causó gracia pero reímos. Siempre estuvimos juntas, riendo. Riendo siempre. Cuando papá murió nos entregaron algunos papeles y fotografías que no nos decían nada. Las quemamos junto con su ropa, como él había hecho con las cosas de mamá. Entre los papeles aparecieron unas cédulas del juzgado. Había algunos datos de la hermana que teníamos en un pueblo pequeño, hacia el oeste, donde terminaban las vías. También nos dieron unos anteojos oscuros, de esos que usaban los maquinistas del ferrocarril, pero no quisimos conservarlos y se los regalamos a un peón que nos ayudaba a mantener el patio limpio.

Lo pensamos mucho y un día Odina y yo decidimos conocer a nuestra hermana. Viajamos durante muchas horas. Ese día me di cuenta que Odina seguía engordando y cuando respiraba parecía necesitar todo el aire del mundo. Llegamos al hotel y yo tuve miedo de saber sobre la vida de mi padre así que preferí quedarme en la habitación. Cuando ella volvió dijo, muerta de risa, que la persona que habíamos ido a buscar no existía. Todo había sido una confusión de nombres. Entonces decidimos romper todos los papeles y no pensar más en esas cosas.

Cuando volvimos a casa estábamos contentas y nos reíamos por cualquier cosa. En los años siguientes Odina siguió engordando y cada vez que reía, su cuerpo se sacudía entre gemidos y ahogos. Isolda murió cuando tenía cua-

renta y dos años. Un día comenzó a sentir dolores en el estómago y a bajar de peso. No alcanzamos a llevarla al médico. Murió en menos de un mes. Cuando la sepultamos, era tan pequeña que parecía una muñeca. Pero ella parecía sonreír. Todas reímos y continuamos riendo, porque sabíamos que ella también estaría haciéndolo. Sólo Italia se puso muy triste. Por primera vez nos dejó solas y, desde ese momento, casi no nos dirigió la palabra. Daba grandes paseos tanto en verano como en invierno. Salía y no quería que nadie la acompañara. Extrañaba mucho a Isolda.

Italia se perdió en pleno invierno y los perros la encontraron al verano siguiente debajo de unas matas. Tenía la cara medio comida por los zorros. Ese día no reímos. Nosotras reímos en el velorio porque ella también se reía, con la risa endurecida por la muerte, en la media cara que los zorros no se habían animado a comer.

En el invierno de los ochenta Odina no pudo levantarse de la cama, estaba muy gorda. Me pidió la canasta y cuando la abrió empezó a reír; yo no pude contenerme y reímos juntas. Estuvimos toda la tarde muertas de risa.

Una Historia Así nomás

CUANDO EL HOMBRE LLEGÓ A MALASPINA TRAÍA UNA MUJER. El perro, echado a la sombra de un quiosco de diarios, levantó las orejas como si los hubiera estado esperando.

Cómo era fecha de cobro, en los campamentos, se jugaba fuerte. El avión había llegado con los sueldos, como era una época en que las empresas pagaban bien, todo el mundo tenía lo que buscaba: los empleados su mensualidad, los comerciantes las cuotas al día, las putas sus comisiones y todos algunos días menos en la espera del regreso hacia alguna parte.

El hombre había bajado del colectivo con un saco de cuero negro, pantalón de gabardina, camisa cara y buenos zapatos, pero todo puesto sobre su cuerpo daba una sensación de incomodidad: la ropa no había sido hecha para ese cuerpo, cualquiera hubiera pensado que estaba mal vestido.

Un día después el hombre había perdido todo. Sentado debajo de la lámpa-

ra con los ojos sombríos, su cabeza era tan alargada que el mentón rozaba la mesa.

Beto Moscardi había llegado dos días antes. Tenía la palidez de los que duermen de día. Sus manos terminaban en dedos finos y suaves. Manejaba un Ford Victoria del 55 que había ganado tirando dados en Comodoro y cada vez que veía el avión de los sueldos, volando hacia el sur, sabía que tendría trabajo.

Trabajaba una semana por mes. Luego paseaba por todos los bares tratando de no perder la sensibilidad en los dedos, para cuando tuviera que jugar en serio.

Esa noche en el «California» se le había presentado la oportunidad. El tipo andaba forrado. Tomaron unas copas y el otro le contó que había vendido la lana y volvía a su casa. Era un campo chico, así que no tenía vehículo. Moscardi le ofreció el Victoria pero el punto no quería un auto. Buscaba una camioneta. No hubo acuerdo hasta que lo invitó a jugar

A lo mejor le sale el coche gratis le dijo.

Subieron al Victoria. El hombre adelante. La mujer atrás. El perro siguió el automóvil hasta que llegaron al California. Entraron y pasaron directamente a las mesas del fondo. Adelante algunos perejiles jugaban liviano, como para pasar la noche sin sobresaltos. Se sentaron y les trajeron cartas y bebidas.

Contra la pared, lejos del jugador, estaba la mujer con el perro. Ella tenía el pelo, mal teñido de rubio, que le caía formando ondas sobre la cara envejecida. Alisó su vestido y se aferró a la cartera marrón. El perro levantó la cabeza cómo si hubiera escuchado un llamado que sólo él pudiera oír. Jugaron toda la noche y el hombre perdió: se jugaba fuerte en el California.

No tengo resto dijo sino capaz que me desquitaba.

El perro parece bueno escuchó decir.

No, el perro no es mío, no puedo jugarlo a los naipes.

Pienselo, al perro se lo acepto. ¡A la mujer ni en pedo!

Moscardi sabía que esa noche podía ganar todo lo que quisiera. Si hasta podía darse el lujo de aceptar una apuesta por un perro que podía recoger de la calle y una mujer que no se llevaría ni regalada.

Bueno le acepto la apuesta. Pero mire como son las cosas. Si me hubiera

comprado el auto ahora tendría algo. Yo me quedé con su plata. Tengo mi plata, mi auto, su mujer y su perro. Elija lo que quiera hoy estoy generoso dijo sobrador.

A una mano.

¿Cartas o dados?

Cartas.

¿Monte o siete medio?

Siete y medio.

Todo o nada.

El perro y la mujer.

Solamente el perro. A la mujer puede quedársela.

El perro y la mujer o nada.

Por quinientos pesos.

Setecientos cincuenta con mujer y todo.

Corte.

Un tres. Dame otra, tapada. Un as. Otra tapada. Planto.

Bueno, a ver, negra de mi vida, otra negra, un as, un tres, un dos y al siete y medio pago.

¿Por qué sacó de abajo?

¿Me estás tratando de tramposo? En realidad Beto Moscardi no había trampeado a nadie esa noche. El tipo parecía jugar en contra de si mismo.

Tómelo cómo quiera, el perro no se lo doy. Llévese la mujer si quiere.

A tipos como usted no necesito trampearlos. No valen un carajo Moscardi manoteó el revólver. El otro no se movió. Le apuntó entre los ojos. El perdedor levantó lentamente las manos.

Déjese de joder dijo y con una velocidad que nadie esperaba apartó el revolver de su cara al mismo tiempo que el otro apretaba el gatillo. La explosión aturdió a todos. Cuando se disipó la confusión, Beto Moscardi había escapado en el Victoria. La mujer, que todavía se aferraba a la cartera marrón, tenía un agujero en el pecho.

Me mataron de vicio Alcanzó a decir y los ojos se le trizaron cómo la escar-
cha del mediocía.

Ella era un ángel

A Tiya, Titi y la nena

—¿ELLA ES UN ÁNGEL?

—No preguntes pavadas

—Es un ángel

—No.

—¿Cuántos años tiene?

—Que sé yo. ¡Cómo cien!

—Los ángeles no tienen edad.

—¿Ella es buena?

—Sí, por lo menos no molesta a nadie; se la pasa cortando papelitos.

—¿Los ángeles son buenos?

—También hay ángeles de mierda.

—A veces parece que nos quiere.

—Es que los ángeles no son siempre buenos.

—Pero ella nunca está enojada,

—Ni contenta.

—Siempre está igual.

—Encerrada en el departamento.

—Cortando papelitos.

—Comiendo lo mismo.

—¿Los ángeles vuelan?

—Me parece que sí.

—Entonces ella no es un ángel. No tiene alas.

—No tiene alas, pero es un ángel.

—Pero no vuela.



- ¡Si vuela!
- Ella es un ángel porque siempre estuvo aquí.
- Estuvo antes nosotras naciéramos.
- Ella debe saberlo todo.
- Pero igual ella no se acuerda de nada.
- Ella no puede volar.
- ¡Sí, vuela!
- No.
- Yo la vi volar. Una vez se acercó a la ventana y cuando creía que yo no la miraba voló hasta el río. Después volvió de lo más contenta y se sentó a cortar papelitos.
- ¿Cuándo fue eso?
- No me acuerdo bien, yo era más chica.
- ¿Y por qué no me lo contaste?
- Y porque no me ibas a creer.
- Ahora tampoco te lo creo.
- Hagámosla volar.
- ¿Y si no quiere?
- Abrí la ventana para que le dé el sol.
- ¿Y eso que tiene que ver?
- Si le da el sol y el aire le pueden venir ganas de volar.
- ¿Y si la sacamos al balcón?
- No hay nada de viento.
- A lo mejor sin viento no vuela.
- Ayudémosla a subir a la baranda.
- No, así no, mirando hacia el río para que le vengan ganas de volar.
- ¿Y si no quiere volar?
- Esperemos a ver que pasa.
- Es capaz de estar todo el día quieta sin hacer nada.
- Yo me aburro.

- Vos siempre te aburrís.
- Hagamos algo divertido.
- ¡Está moviendo los brazos como si fueran alas!
- ¡Así, así que no pare!
- ¿Saltó?
- No saltó. Voló.
- Esperemos que vuelva.
- Debe haber volado hasta el río.
- A lo mejor no vuela.
- Yo me aburro.
- Voló hasta el río.
- No voló. Hagamos volar a mamá.

Un día de Perros

- ¿PERROS O PERRAS?
- Perros, nada más.
- ¡Es importante saber!
- Digamos, perros.
- Eran bravos: Un dogo de la cordillera, cazador de jabalíes.
- ¿Y el otro?
- Un mestizo que habían criado los gringos del taller.
- ¿Eran gringos?
- Mestizos: de padre alemán y madre criolla.
- ¡Mezcla brava!
- ¡Buena gente!
- Y buenos perros,
- ¡Perros muy bravos! Capaces de comerse entre ellos.

—Los hicieron pelear una tarde, en un galpón, cerca de la playa.

—¿Y quien ganó?

—Siete días enteros estuvieron peleando.

—Mucha gente y mucha plata.

—Pasaron tres días y nadie se animaba a entrar al galpón. Cada vez que alguno lo intentaba, los dos animales dejaban de pelear y atacaban al que entraba. Uno de los gringos, al que le decían «el tierno» por poco deja una mano en el intento.

—¿Y cómo terminó la pelea?

—No terminó. A segundo día los perros seguían peleando. Los gringos cerraron el galpón y cuando volvieron los perros seguían con más fuerza que al principio. Cuando quisieron entrar los animales se les vinieron encima, así que decidieron esperar. Cerraron y volvieron a la otra mañana. Pero cada vez que abrían la puerta los perros parecían más feroces. Como al sexto día todo estuvo silencioso. Esperaron un día más. Cargaron el 30-30 y entraron.

—¿Y los perros? —preguntó el otro.

—¡Ni uno! Sólo algunas manchas de sangre a medio secar.

Un mar de penas

Manuel Toledo sabía, que desde la puerta de su casa, podría caminar trescientos kilómetros, hacia el oeste, sin encontrar a nadie. Por eso cuando abrió la puerta se sobresaltó. Había un hombre: a sus espaldas vio la calle y la esquina con una enorme laguna en el medio.

Hoy maté a un hombre dijo el tipo Y se quedó tratando de ver más allá de los hombros de Toledo, que le cerraban la puerta. Atrás pudo ver un espacio silencioso y las transparencias oscuras de esa hora de la mañana, que parecían prolongarse, más allá de las habitaciones del fondo.

Manuel se afirmó en el marco de la puerta No se mata un tipo todos los días dijo.

Así es Contestó el asesino.

¿Empezó hace poco?

Anoche, pero prefiero no hablar de eso. Se sacó la gorra. Una línea de mugre le dividía la frente en dos partes.

¿Cuchillo o revolver? Insistió Toledo.

¿Usted alguna vez mató a alguien? Contestó el asesino evadiendo la pregunta.

Tal vez dijo Toledo como para que el otro supusiera que ocultaba algo.

Entonces usted no sabe nada de asesinatos ¿Cómo sigue ahora?

Depende de lo que quiera hacer contestó Toledo desde la puerta.

No sé, estoy confundido.

Le pasa a todos.

¿Y usted que sabe?

Usted no es el primer asesino que golpea mi puerta.

Deben pasar muchos por aquí. La casa está en el lugar ideal. Yo vine directamente.

¿Por qué vino a esta casa justamente?

No se, pero según dice usted, por aquí pasan muchos asesinos.

Es cierto dijo el otro. Y algún escritor, músicos y políticos. Todos terminan pasando por aquí. Remató con cierto orgullo.

Bueno ¿Y por donde se van?

Algunos agarran por allá dijo señalando hacia el oeste.

¿A dónde llego por ahí?

Yo conozco hasta unos cien kilómetros. Hasta allí no hay nada, más allá no se. Otros van hacia el norte, dicen que el clima es mejor.

De los que pasaron ¿Volvió alguno?

¡Que yo sepa! Si les fue bien no tienen porque volver y si les fue mal no pueden.

Claro el asesino dudaba. ¿Yo podría quedarme por aquí?

Puedo darle algo de vino, pero tiene que seguir.

Sólo por un día, en cuanto amanezca me voy.

Son las nueve de la mañana; ya amaneció.

Bueno hace diez horas que soy un asesino y hasta ayer no imaginaba que, algún día, pudiera serlo.

Lleva cuatro horas de retraso. Si tarda un poco más, cerrarán los pasos hasta que pase el invierno

¿Qué opciones tengo?

Prófugo, preso, arrepentido, orgulloso, asesino serial, con todas las combinaciones que se le ocurran. El criminal dudaba. Yo no entro en ninguna de esas categorías dijo finalmente.

¿Cielo o infierno? preguntó Toledo desde la puerta.

¿No tendría que esperar a morir?

No necesariamente, aunque eso es lo que cree la gente. Es bueno ir ganando tiempo.

No se el tipo seguía dudando ¿Yo todavía estoy vivo?

Esa es una pregunta que no puedo contestarle. ¿Quién era el muerto? El de la puerta se apoyó sobre el otro hombro dejando un hueco a su izquierda por el que se veía el mismo espacio vacío.

¿El muerto? No se. Lo conocí anoche dijo

El asesino se puso tenso, como si recién descubriera donde estaba. Miró al de la puerta como buscando algo. Por un momento Toledo pensó que el tipo se caería.

¿Vamos a ver el muerto? preguntó Toledo.

No es lejos, me venía siguiendo, pero cayó atrás de la casa de los Miranda. Cruzaron la laguna de la calle y saltaron un cerco de alambre tejido. Unos metros más allá había un cadáver. Toledo lo dio vuelta ¿Lo conoce? Preguntó mientras le levantaba la cabeza para que le diera la luz de la mañana, el muerto

tenía los ojos entreabiertos. El asesino no contestó.

Si, lo conozco dijo finalmente Mejor nos vamos. El asesino parecía relajado. Cruzaron la laguna y cuando llegaron a la puerta de la casa, levantó del suelo una ramita y se la metió en la boca. El muerto soy yo dijo y escupió, un pedazo de rama, hacia el interior de la casa.



Aquilino Elpidio Isla. Argentina

Buenos Aires. Argentina. Escritor y periodista, nacido en la Patagonia, Provincia de Santa Cruz, en 1948. Ha sido publicado en diversas antologías y tiene tres LIBROS EDITADOS: Mogambo (1988) Una novela llamada: La ciudad de los sueños tristes (1995) un libro de cuentos: Las lluvias cortas (1990). Se desempeña como editor, ha sido librero y ocasionalmente periodista. Su obra se desarrolla en la Patagonia, en un pueblo imaginario llamado Malaspina, y ha merecido diversos comentarios de distintos autores. De él ha dicho Mempo Giardinelli: ...La de sus textos es una argentina inequívoca, sin dudas, pero no es la única. Por eso me interesa recuperar lo que llamo criollismo de nuevo cuño, cuyos máximos representantes son hoy: Ceballos, Aparicio,

Fontanarrosa ... el patagónico Aquilino Elpidio Isla y ...Julio Carreras. Anales (Universidad Complutense de Madrid) de la literatura hispanoamericana 1998 num.27:59-72)

El departamento de Castellano y Portugués de la Universidad de Boulder, Colorado tradujo y editó algunos de sus cuentos en EEUU.

Gran parte de su obra permanece inédita: La mano del final (novela 1998)...y no es que un hombre no esté triste (Novela 1999); Viaje conjetural de Simón de Alcazaba a la Tierra Leve (Novela 2000); El bar de la putas pobres (novela 2005); Un mar de penas (cuentos 2003) y Reciclados (novela 2007). Ha sido editado en diversas antologías nacionales e Internacionales

Franklin Manrique Rodríguez
Colombia

Casos de Factorización

Llevaba consigo el sopor pos-digestivo del almuerzo y las postrimerías de la primera hora de la clase de álgebra, mientras los grandes ventanales del salón pegaban respiros en su lomo ante un aguacero que conmemoraba otro aniversario del diluvio universal. Entonces se multiplica éste por este más éste por éste menos éste por este. Decorado por los afectos de todos y cada uno de los mosquitos de la finca tropical de la familia, Oscar Reinoso, distinguido estudiante desapercibido adolescente, número treinta y siete de la lista del octavo A, deambulaba por su tercer día de relación con un virus en proceso de convertirlo en un despojo parlante. Los ojos derretidos en algún lugar de las cuencas, la calentura de su cuerpo en apogeo, la paciencia tan escurrida como sus copiosos sudores y un salpullido que en dos días habrá tomado confianza como para decorar a toda su humanidad. A ver aquí: Dos Equis por equis igual a . . . dos equis a la dos. Su testarudez por seguir yendo al colegio en ese estado fue premiada con un arranque de tos que le hizo escu-

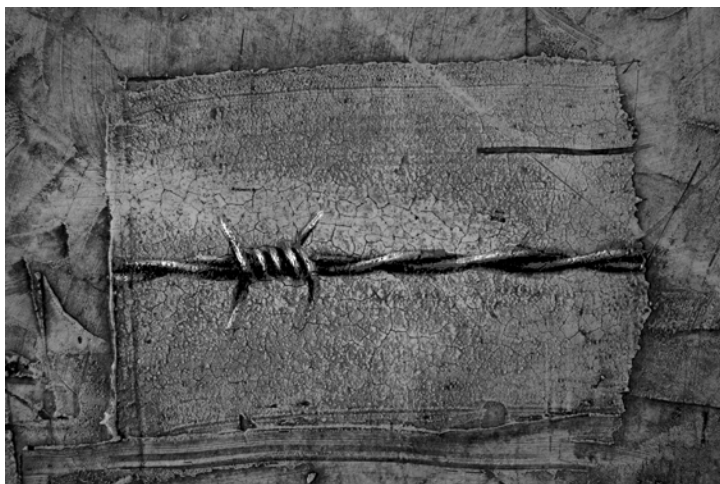
pir lo que le quedaba de tráquea, al cabo del cual maldijo su suerte en voz baja y arrancó rabioso una hoja de su cuaderno de álgebra.

Para ese momento, el trinomio cuadrado perfecto era un indescifrable galimatías del que el profe Ramiro balbuceaba en alguna lengua muerta, y el único polinomio que entendía a la perfección era el conformado por ella, el infeliz peliparado que la raptaba en la puerta del colegio y su persona, a quien en tales terrenos le eran inútiles sus desfiles de notas sobresalientes, las dádivas eternas de sus profesores o su cargo de representante estudiantil para siquiera captar su atención. Total, eran virtudes que por más que cultivara ni se equiparaban a anotar un gol de media bolea con el equipo de micro, a untarse el oído y la facha de ímpetu ska-punk, gothic glam, babylon ragga, brutal black death, gangsta rapper o emo-core según el sufijo gringo y los amigos, a saber botar el aire de los cigarrillos por la nariz, a extraviar la cintura con cualquier tonada bailable, a tocar horriblemente smell like teen spirit en la guitarra o moldearse en la cabeza algún espanto capilar a fuerza de gel. “Mucha hueva Oscar, mucha hueva”, era la frase que de un tiempo para acá revoloteaba tan seguido en su cabeza por culpa de aquella milenaria máxima: cuando ellas se refieren al chico precedidas por un tan bonito, es tierno, ay tan lindo, realmente quieren decir tan... tan... Un rápido sondeo interceptó a su objetivo a tres pupitres de distancia, sentada al lado de la gorda Mendez, mientras un balazo de papel engordaba entre sus dedos con infinita paciencia. Su blanco: Jimena Delgado, voluptuosa colegiala incipiente estudiante, número doce de la lista del octavo A. pocas veces pudo cazar esos medianos ojos café, islitas vecinas en un facial océano de pecas y piel blanca mediadas por un respingado risco. Una cola de caballo ahorcaba las espesas tiras de noche colgando de su cabeza, mientras que en su mano izquierda un arsenal de esferos de colores, que aunque suficiente para pintar todo el cine a blanco y negro filmado hasta la fecha, se especializaba en la decoración de títulos, calcado de peluches y redacción de mensajes cursis. Un poco más recóndito yacía el sostén que con las hombreras de mamá abultaba sus escasas 32A los días de sudadera, y la misma risita mojigata que tan pero tan fácilmente aplastaba a Reinoso contra el cielo. Entonces esta fracción se resuelve por ley de las orejas. La agrídulce madeja de Reinoso echó a rodar semanas atrás, detonada por un pastel gloria de la cafetería de Doña rosario. Si no la hubiese encontrado llorando sentada sobre el caballete del gimnasio no habría sentido la necesidad de ofrendar sus onces a esa chillona deidad: ¿Qué pasa Vivi?, por fa no llores Vivi, bueno llora pero come pastel. Ella no habría

puesto su carita de charco, ni reído del talego pegado a la suela del zapato de su visita, ni desvanecido el dobladillo de su falda. No, no es nada Oscar, cosas de mujeres pero tú siempre tan bonito Oscar. -Tú siempre tan hueva Oscar. Tanto como para ofrecerse a explicarle el ciclo del fósforo dos días antes del examen, con tan pésimos resultados que tras estrangular a su conciencia, optó por deslizarle un microscópico soplete que hasta le permitió recuperar sus logros pendientes en biología: ¡Ay siiii, imuchas graacias Oscar!, tu sí que eres un dii-vii-noo. Un-dii-vii-noo-huee-vón. Muy bien señores, el primero al cuadrado más el duplo del primero por el segundo más el segundo al cuadrado. La madeja rodó por las escaleras. La sarta de visitas a su casa tras el tobillo doblado en el baloncesto. La puesta al día de sus cuadernos atrasados como favor encomendado. Los aludes de nobleza y chocolatinas. El golpe de labios antes de la clase de sociales sobre la depresión del 29, ese demoledor mua que asestado por ella entre su mejilla y la esquina del labio decretó buenas nuevas para cada célula de su cuerpo —las de la cara lo libraron del acné por quince días—, como si un rayo con jardinería y nombre propio hubiera caído varias veces sobre su rostro. Entonces acá muchachos: Dos eme por cero igual a . . . igual a . . .cero señores, de por Dios. ¡Cee-roo!. Reinoso pensó sobre cuánto le habría gustado efectuar esa operación consigo mismo, multiplicarse por cero, cuando diviso durante su última visita las esquinas de una enciclopedia de postales románticas y letra Timoteo -todita deducidas de su bolsillo y cursilería- aguardando una cita con el camión recolector de basura. O cuando tras reunir el valor suficiente para delatarse ella practicaba lo de la boca ahí al ladito de la miscelánea a la salida de clases. Y él irrumpió en el entrenamiento (pareja acaramelada) y ella preguntó qué le pasa (gesto de repulsión) y el peliparado miró despectivo abraze peladito (empujón) y él (cara de perro) preguntó por qué y ella por que qué, no sea intenso (abrazo al peliparado) y él (cara de purgante, apretón de mano) pero Viviana y ella (puñal en la lengua) oiga ya le dije, madure, no sea tan . . .

Apretó el proyectil entre su mano como si el desamor también se transmitiera por convección, ahora empapado entre su boca con una molesta mueca por el sabor del papel. Su transparente cañón Bic punto diez sin carga ni tapita se perfiló incognito entre los civiles uniformados, y mientras el profe borraba los nueve ejercicios del ciento dos de la Baldor resueltos en clase, un furioso cometa de babas y celulosa viajaba por el salón meditando que hueva también es una provincia española en Castilla la Mancha, una variedad refinada del hachís, la masa que forman los huevecillos de ciertos pescados o la forma ordinaria de

decir pereza en México y Guatemala. Sin siquiera sospecharlo, Reinoso formulaba con su pataleta la única metáfora que por fin lo ligaría íntimamente con su flaquita al menos en el ámbito de la epidemiología, al cambiar el mutuo afecto que nunca se tuvieron por un antígeno, el espirovirus 32-N más exactamente, que transmitido a través de su arremetida los convirtió en una Enfermísima Trinidad -Oscar, Viviana, el 32-N y que así sea-, una fecunda estirpe cuya prole se esparció en cuestión de días a lo largo y ancho del octavo A, el primer curso del colegio puesto en rigurosa cuarentena.



Franklin Alberto Manrique Rodríguez. *Colombia*

Bogotá. Colombia. Seudo-estudiante de Licenciatura en Química de la Universidad Pedagógica Nacional engendrado de buena gana un 13 de octubre de 1985 en Bogotá. Caracterizó al grillo Gregorio de Xiomy en segundo de primaria y tapó un penalty a los once años en el callejón de su casa. Sin más libros durante su infancia leyó hasta el hartazgo Papillon y todas las revistas Cromos de su papá alcanzando con la ayuda

de miles de horas de TV un inútil dominio de la farándula colombiana. Cabecea a escondidas con una guitarra eléctrica en las manos, y hasta la fecha ignora los avatares de montar en patines. Un vasto chiripazo le permitió publicar en 2007 en el diario el Tiempo el carretazo Cuestion de Química: de los Andes a la Pedagógica, en el marco de la convocatoria la Ciudad Jamás Contada.

Gustavo Eduardo Green
Argentina

Método para doblar una jirafa

La jirafa es uno de los animales más complejos para doblar; no es -por ejemplo- como la serpiente que se dobla perfectamente en pocos segundos (y por su cuenta!), ni es como el pulpo cuyos tentáculos se pliegan con facilidad (aun que se complica un poquito al querer doblarle la cabeza).

Pero si queremos que nuestras mascotas puedan venir con nosotros de vacaciones es imprescindible aprender los dobleces para poder acondicionarlas, prolijamente, dentro de una valija o bien ubicarlas en el asiento trasero.

Lo primero que hay que considerar es la superficie en donde se va a extender a la jirafa para comenzar con el proceso.

Recomendamos hacerlo sobre la mesita de luz, ya que tiene la altura más cómoda para realizar la operación.

Por lo tanto deberíamos conseguir, aproximadamente, setecientos catorce mesitas de luz.

Habrá que disponerlas pegaditas una al lado de la otra (va a depender del largo de la susodicha).

Sugerimos vaciar previamente los cajones para que no les ocurra lo que le pasó a doña Ágatha, que en el último doblez se le salieron todos los cajones y nunca más pudo encontrar su lima para las uñas.

Antes que nada se le pedirá al animal que vaya al baño, ya que si el viaje es largo no va a haber posibilidad de desdoblarla en ninguna estación de servicio.

Una vez dispuesta la jirafa sobre la base recomendada, se comienza tomando la pezuña de la pata delantera izquierda y llevándola -con cuidado- hacia la oreja derecha.

Estar atento: ante la mínima queja o grillo se deberá suspender el dobléz y comenzar de nuevo.

La lengua (que es de gran amplitud) deberá ser atada a uno de los cuernos y la cola al otro.

Es importante tener en cuenta el destino de las vacaciones, ya que si van a la playa es conveniente que la jirafa lleve la bikini puesta y si van a la nieve habrá que prestar mucha atención al dobléz de los esquís para evitar lastimaduras oculares.

La tarea conviene comenzarla al amanecer, consumiendo apenas un tenempié al mediodía, pues lleva varias horas plegar sus casi cinco metros de longitud.

Si la jirafa es acondicionada en una maleta deberá ser sujeta con las correspondientes correas, de lo contrario al llegar se encontrarán con todas las manchas mezcladas (desagradable sorpresa) y perderán las vacaciones ordenándolas.

Antes de partir no se olviden de rezar, implorando por que la bendita jirafa no estornude hasta llegar a destino.

Rose

Gustavo Eduardo Green. *Argentina*

Buenos Aires. Argentina. Realizador cinematográfico, egresado del Instituto Nacional de Cinematografía.

Obtuvo premios en cine, fotografía, diseño gráfico y teatro.

Desde el año 1999 al 2003 fue Director de Cultura de San Antonio de Areco.

Comenzó a escribir cuentos y poesías a fines del año 2003, recibiendo hasta el momento 83 premios literarios, nacionales e internacionales.

Distinguido por el Honorable Concejo Deliberante de San Antonio de Areco por su labor literaria.

Manuel Sabino Lazo Cortés

Cuba

Alineación

Tres meses duraba su encierro voluntario, escasamente salía de aquel improvisado taller por urgencias fisiológicas, incluso su adorada Ann quedó preterida, la idea de conseguir que la computadora lo obedeciera lo había trastornado. Apenas un saludo para Ann, si la veía en sus efímeras escapadas.

Amaneció domingo, y Brad requería delirante la presencia de Ann.

— ¡Lo logré!, ¡lo logré! — gritaba endemoniado.

Ann acudió sobresaltada y quedó estupefacta viendo a la computadora obedecer a Brad.

— ¡Apágate! — y la pantalla se ennegreció, hasta que Brad volvió a ordenar.

— ¡Enciéndete!

— ¡Reproduce Nevermind! — y en segundos comenzó a oírse Nirvana.

— ¡Pasa a la siguiente pista!

Entusiasmado, Brad invitó a Ann:

— Ordénale, te obedecerá.

Ann pensó, dudó y finalmente ordenó:

— ¡Destruyete!

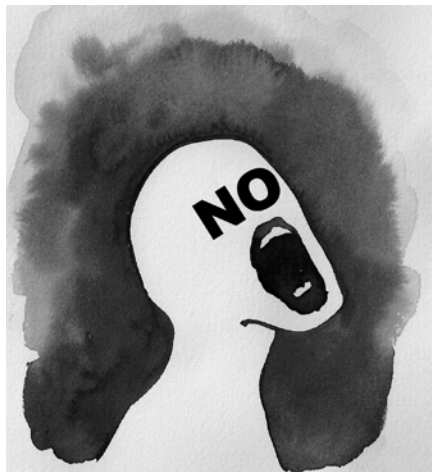
Manuel Sabino Cortés. *Cuba*

Doctor en Ciencias Matemáticas con más de 25 años de experiencia en la docencia universitaria y la investigación. Tiene decenas de artículos científicos y varios libros

publicados. Aficionado a la literatura, tiene publicados algunos relatos y ha merecido algunos premios y menciones en concursos en Cuba y España.

Paul Brito Ramos
Colombia

Aquiles y la tortuga



In-fracción

-Se ha ganado una infracción, señor Aquiles.

-¿Infracción por qué?

-Por exceso de velocidad, por supuesto.

-Pero si ni siquiera puedo alcanzar la tortuga.

-¿De qué tortuga está hablando?

-De ésa —respondió Aquiles.

El policía miró hacia delante y vio que la carretera estaba vacía. Se asomó al interior del vehículo en busca de latas de cerveza o algo por el estilo y advirtió que del parabrisas colgaba un adorno en forma de tortuga.

-¿Hace cuantas horas está manejando, señor Aquiles? Me parece que está desvariando. La única tortuga que veo es ese adorno de ahí.

Aquiles se quedó pensativo mirando el muñequito verde.

-De acuerdo, puede que tenga razón, pero yo le hago una pregunta: ¿cómo

puedo estar tan seguro de que yo no sea un adorno colgando en el vidrio trasero de la tortuga?

Amor a primera vista

Hay una versión de la paradoja de Zenón que no ha llegado hasta nosotros, donde la tortuga era una medusa. Esa medusa tenía características mitológicas. Se decía que volvía de piedra a todo aquel que la mirara a los ojos. La primera víctima fue precisamente otra medusa, que quedó petrificada cuando se vieron por primera y última vez en un relámpago de amor eterno.

Desde entonces la tortuga está condenada a cargar con aquella costra de piedra que no es más que el escombros de su amante y el peso ineludible de su recuerdo, y a recorrer lentamente la extensión de lo que pudo haber sido su gran amor.

Manía alteradora

Un relámpago rompió el cielo en dos y surgió la voz de Dios. Para despachar su Plan Divino, el Todopoderoso ordenó que los mortales corriéramos detrás de una tortuga: sólo así podíamos entrar al reino de los Cielos.

“La tortuga es una especie de llave o contraseña”, pensamos todos y de inmediato corrimos a perseguir el codiciado botín. Había gente que aseguraba su tortuga y buscaba otras para sus hijos, padres, abuelos o parejas. Otros menos escrupulosos aseguraban la suya y vendían a precios exorbitantes las que adquirirían de más o chantajeaban a las mujeres para que les pagaran con su cuerpo.

Se formó una rebatña apocalíptica. Al final las tortugas se acabaron y mucha gente se quedó sin la suya, otros llegaron a acumular montones. Los que se quedaron sin nada se sublevaron; las revueltas provocaron millares de muertos, lo que en cierta forma fue mejor porque así había más tortugas para los que quedaban vivos.

Después de esas terribles refriegas hubo una mejor distribución de las tortugas y ya nadie tenía más de una, pero aun así mucha gente se quedó sin la suya, pues era evidente que había más humanos que tortugas en el mundo. La Tierra siguió dividida entre ricos y pobres, o sea, entre aquellos que tenían tortuga y los que no.

Un día apareció un hombre llamado Aquiles. Tenía alas en los pies, de manera que la gente lo recibió como un enviado de Dios. El hombre predicaba que la orden divina había sido que los humanos corriéramos detrás de las tortugas, no que las atráparamos, y recordó que Zenón ya lo había anunciado en una profecía que, como era costumbre en los humanos, había sido trastocada en paradoja.

En alusión a esa manía tergiversadora, Aquiles subrayó que los humanos debíamos buscar un mejor significado a las tortugas que el actual símbolo de riqueza:

—Primero entrará un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de Dios.

Sin pensarlo dos veces, soltamos las tortugas y corrimos a atrapar camellos.

Espejismo

Esperanzado en que la tortuga lo llevara a un oasis, Aquiles la sigue. Cuando el sol está justo en el cenit, ve que su sombra se ha escondido debajo de sus pies y que todas las sombras que antes bailaban a su alrededor han cedido bajo la gravedad del día. Como ya no ve la tortuga, piensa que también ella se ha escondido debajo de sus pies. Él, en cambio, no puede esconderse: no puede ser un espejismo para sí mismo.

Otra tortuga

Llegó el momento en que Aquiles alcanzó a la tortuga, pero no porque Aquiles hubiera zanjado el infinito, sino simplemente porque la tortuga dejó de

moverse. El griego dio una vuelta en torno al caparazón y descubrió que estaba vacío. Cuando miró hacia la meta, la tortuga le estaba saludando, sonriente.

Aquiles sabía que nunca iba a poder alcanzar la meta, pues siempre iba a tener que recorrer la mitad de la distancia que le faltaba para llegar.

Para evitar más humillaciones, optó por quedarse a vivir dentro del caparazón. Allí se protegía de los rigores de la intemperie; allí comía y jugaba a las cartas para entretenerse de la eternidad de su paradoja hasta que un buen día, como era de esperarse, amaneció fundido al caparazón. . .

Entonces simplemente se levantó del suelo y caminó lentamente hacia la meta.



Manuel Sabino Lazo Cortés. *Colombia*

Nació en Barranquilla, Colombia (1975). Es uno de los fundadores del periódico Mundo Hispano de Barcelona. Editor de su sección de Cultura. Columnista de este medio. Colabora periódicamente en el Dominical de El Heraldo de Barranquilla y en la revista española de literatura Clarín. Ha colaborado también en otras publicaciones, como: Lateral, El Ciervo y Animal Sospechoso de Barcelona, Magazin de El Espectador, Malabia de Montevideo y Cañasanta de Toronto. Estudió Ingeniería Industrial e hizo un postgrado de "Procesos Editoriales" en la Universitat Oberta de Catalunya. Ha ganado varios concursos literarios: el III Concurso Nacional de Libro de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander en for-

ma compartida (UIS, Bucaramanga, 2007), el XV Concurso Internacional de Cuentos Noble Villa de Portugalete (Vizcaya, 2005), el II y el III Concurso Literario de Cuento de la Universidad Autónoma del Caribe (Barranquilla, 1995, 1996), y el II Concurso de Poesía de esta misma universidad (1997). Ha quedado finalista en otros certámenes, como: el XIII Premio Internacional de Cuentos Max Aub (Segorbe, España, 1999), el XXI Concurso Internacional de Cuentos "Nueva Acrópolis" (Madrid, 1997), el Concurso Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura (Colombia, 1998) y el XI Concurso Nacional de Cuento Breve Municipio de Samaná (Colombia, 2000). Tiene un libro publicado: Los intrusos (UIS, 2008).

Fernando A. Kosiak
Argentina

La costurera de Batman

¿Cuántas veces te has preguntado quién cose los perfectos trajes de Batman? ¿Quién realiza las intrincadas costuras, los hilvanes reforzados en los cuales se encastra el formidable cuerpo? ¿Quién zurce con paciencia infinita las rasgaduras tras los encuentros contra los peores criminales de Gotham City? ¿Será Alfred en sus tiempos libres? ¿O acaso Robin? ¿Será alguno de los dos en los tiempos que, como Penélope, esperan que el hombre vuelva a casa?

La costurera de Batman existe.

Tiene 85 años y en estos momentos camina por una angosta calle. Palpa los ideogramas a los lados de una puerta que da a la calle. Corre la cortina y entra. Atraviesa una oscura sala hasta llegar al otro extremo. Sobre una mesa descansa un rollo de tela extendido. La oscuridad del lugar no deja distinguir el color del género, pero sabemos que es negro, que es la tela del traje de Batman.

El pedal de la máquina sube y baja a medida que la mano derecha de la anciana hace girar la rueda que impulsa la aguja. Cuando el lienzo llega a su fin, las manos arrugadas detienen en seco el disco, y la púa se congela en el aire.

Corta el hilo sobrante con una tijera de plata. Da vuelta el traje. Pasa sus manos por la tela y, como si fueran rayos de sol, los hilos dorados traman el escudo del murciélago en el pecho. Con sus dientes la mujer corta el hilo.

Alza sus ojos vacíos hacia su trabajo, pasa su mano por las costuras buscando fallas. Toma un diminuto retazo de raso blanco, diez puntadas más y lo añade a una de las costuras internas. Con un gesto altivo arroja su trabajo terminado a una caja. Oye como la tela golpea más tela. Lo único que entre tanta oscuridad se ve es el bastón blanco de la dama y la etiqueta del traje que dice: Made in Taiwán.



Fernando A. Kosiak. *Argentina*

Entre Ríos, Argentina. Profesor de Lengua y Literatura. Autor del libro de cuentos Soy

tu monstruo. Coordinador de talleres literarios. Pequeño editor. Pequeño soñador.

Ana María Cabeza
España

Mi “por qué?” y yo

Me está desbordando un “¿por qué?”. Cuando era pequeñito y monísimo vivía en mi espejo. Yo también era pequeñita y monísima. Pero, un día que me miré por fin de frente y espalda, el “¿por qué?”, juguetón, dio un brinco, salió del espejo y trepó hasta mis hombros. De esto hace más de treinta años y, desde entonces, vivimos juntos en revoltosa camaradería. El problema es que ya no es un “¿por qué?” pequeño, blandito y zalamero como era entonces. Ya saben ustedes lo que ocurre con estas cosas: con el tiempo y mis cuidados ha crecido hasta convertirse en un “¿por qué?” grandote, cachazudo y algo torpe que va ocupando cada vez más espacio. Come muchísimo, sufre un acusado sobrepeso y cada vez necesita alimentarse más y más, y todos saben también a cuánto está el trigo y el arroz. Lo saco a pasear para que haga sus cosas, pero siento que es mi “¿por qué?” el que me lleva a mí, a rastras por las aceras. Trato de asirme a las rejas de las ventanas pero él ni se da cuenta y tira y tira de mí hasta descoyuntarme las articulaciones del alma. La gente nos mira y se asombra a nuestro paso: “Mira, qué “¿por qué?” tan enorme ha sacado a pasear a esa chica”. Y me tienen un poco de compasión y les da un poco de risa. A mí también me da risa verme atravesar charcos sin botas de agua, a remolque de un “¿por qué?” mastodonte tan poco fino. Un día oí un ruido brutal, como de explosión en un camarote. Me temí lo peor y fui corriendo a mi cuarto. Allí estaba, mi formidable “¿por qué?”, se había subido a mi cama y la había aplastado. Le reñí severamente y le advertí que la cama no es lugar para que duerman los “¿por qué?”. Entre otros motivos porque los “¿por qué?” no duermen nunca, están siempre remoloneando, husmeando por huecos y superficies, enturbiando aguas y dejando pelos y pulgas por todas partes, pero no duermen, y menos en la cama, que es donde engordan varios kilos cada vez que se tumban, de noche, al lado de su dueño, si es que él se lo permite. Estoy realmente preocupada. Ha crecido tanto que ya no cabe en el patio, y no hay otro sitio donde bañarlo, y tengo que hacerlo porque mi “¿por qué?” va

recogiendo polvo y miserias por donde pasa y se le pega a la piel y de su piel pasa a la mía y de allí a mi ánimo y gasto más en agua que en comer. Se me ha ocurrido buscar en la Red alguna institución benéfica que albergue “¿por qué?” abandonados, aunque la conciencia me vapulea cuando hago este tipo de planes y me duele algo dentro y me pican las ronchas del corazón y no sé qué hacer. Después de todo, mi “¿por qué?” no está huérfano. Yo iría a visitarle de vez en cuando, pero estarán de acuerdo conmigo en que es más cómodo y llevadero ir a visitar un “¿por qué?” que tenerlo siempre en cuestras, arrastrando por la moqueta del salón sus veinte toneladas de incógnitas. Sí, sería bueno para los dos. A veces pienso que cualquier día, al volver a casa, me encontraré a mi “¿por qué?” expandido como una niebla de plomo, conquistándola toda, hasta el último rincón, como la Alicia de Carroll cuando se le fue la mano y el diente comiendo hongos. ¿Qué haré entonces? ¿Qué haré cuando mi “¿por qué?” me eche de mi casa y de mi vida, de mi esperanza?

En fin, esta noche pondré un anuncio en el periódico. Quizás a alguien le interese este “¿por qué?” ocupado al que se le va poniendo cara de universo. Todavía no ha perdido la costumbre de traer las zapatillas y el periódico a su dueño y yo sé que hay gente rara y filósofa que se encariña con casi nada. Si a alguna buena persona se le ocurre otra solución, le ruego que se ponga en contacto conmigo en el número de teléfono que indico en el anuncio. Y, si alguien tiene una “respuesta”, aunque no sea tan grande, aunque sea pequeña, blandita y zalamera, aunque esté a medio hacer y haya que alimentarla y bañarla y sacarla a pasear por las aceras y los charcos para que crezca y se haga obesa y remolona, si alguien la tiene, por favor, le agradecería que hagamos un trueque; yo le doy mi “¿por qué?” a cambio de su “respuesta”.

A ver si así, de una vez por todas, consigo quedarme a solas, conmigo y con la paz.

Ana María Cabeza. España

Cádiz, España. Ana Márquez (Olvera-Cádiz, 1968) es artista plástico y escritora. Autora de poemas, artículos y relatos, ha desarrollado su labor literaria en diversos medios como radio, prensa e Internet. Tiene en su haber varios galardones entre ellos el Segundo Premio del Concurso de Relato Hiperbreve “Todos somos diferentes”, convocado por la Fundación de Derechos

Civiles (Madrid, 2006), fue también finalista en el Certamen internacional de relato breve de Peñíscola (2006). En el campo de la creación artística ha realizado catorce exposiciones hasta el momento. Sus poemarios publicados: “Canción para la espera” (2002), “Quedan los pájaros” (2006) y “Obituario de horas” (2008).

Liliana Marengo
Argentina

Los resignados / el descubrimiento

Insomnio

Para no vencerme, he diseñado una arquitectura trabajosa y estable, con un muro que desdeña el desorden que ha operado en mí. Para no caerme, he puesto vayas y he equipado mi vida, con la rutina cotidiana, que hace que sepa cada hora que se debe hacer y he perdido barcos y viajes porque no estaban anotados en la agenda y porque podían ser intentos de precipitarme y de desbordarme, como la risa, hacia donde no quiero. Pero las palabras, que presumen desenfadadas, se han soltado y caminan hacia tu boca, para arrancarte un beso en medio de la noche, que se ha hecho par amarte. Hay un desparramo de vocales y consonantes, que se dispersan en medio del equilibrio, y que se manifiestan en medio de lo explorado, creando huellas por donde las persigo, para que dejen de acosarte. Intento como puedo acomodarlas ingenuamente, y salen a atropellarte y a gritarte. Sin pausa, se despliegan sobre la comisura de tus labios,

que se retienen para no implicarse. Hay signos de despilfarro en tus manos cuando se acogen, al silencioso intento de colgarse a cada lado de tu cuerpo, y aparecen movimientos impensados y presurosos, que se descuelgan para arrastrarme y yo me arrastro. Qué en vano haber diseñado la estrategia de no encontrarte, cuando te empuja la química que no entiende de mapas. El mapa que delimita la zona prohibida, se esfuma y todo es lícito. Un poema se tira por el balcón que no subiste, y asciendes con tu mirada y cantas con tu canto. Qué debo hacer. Qué puedo y a tientas me tiro por la soga que estaba dispuesta para ahogarme, decidiendo salvar las últimas emociones que me hagan sentir viva. Y te digo que puedes, aún quedan momentos, que se escapan de todo control y que se ensanchan fugitivos. Y hay cosas que nunca manejaremos. Encuentros que no esperábamos. Tu mano me da la mano, y soy tan fuerte aún, en medio de tantas debilidades que creo que todavía me merezco amarte y vuelo todavía.

Los resignados

Me he detenido a mirarte y te encontrado un poco viejo. Viejo, en la medida en que te cuesta acomodarte a las nuevas circunstancias.

Estar viejo es no animarte a levantar el barrilete por falta de viento, o a desmoralizarte por dos gotas de lluvia.

Me he quedado escuchándote y tus silencios caen por huecos desde donde no vuelven, como una pesadilla que lejos de olvidarse se intensifica, cada vez que vas dejando de lado tus proyectos, aún antes de ponerlos en marcha.

Todo o casi todo te molesta. Traigo flores, cambio los muebles de lugar, y es como una trompada al orden que te instala en una seguridad mal entendida.

He atribuido tu desesperanza a la falta de colores. Atribuyo a tus negros y a tus grises, ese vacío existencial que se presenta a la hora

de pensar el mundo y que desvalija tu deseo de poner en juego los últimos cartuchos para hacer algo que por adelantado das por perdido.

Estamos quietos al borde de una desidia en la que pasamos horas. Nada es imprevisto.

¿No tienes fuerzas? El estudiante universitario que se levantaba contra las murallas y las atravesaba, el Profesor que reñía convencido contra los molinos de viento, se ha quedado sentado mirando un noticiero, y tus escritos que antes conmovían a un grupo reducido pero selecto, se han vuelto tediosos. Hasta el papel en blanco, que ayer se te presentaba como una promesa, ahora se ha vuelto un obstáculo.

Todo te da miedo. Miras el reloj cada segundo, y cumples con tus acostumbrados cometidos, como el desayuno, el almuerzo, la merienda y la cena. Son las cosas que se repiten las que nos resguardan de alguna manera. Pasa un minuto y observas inflexible los horarios antes innecesarios, porque la vida se hacía a la medida de nuestras pasiones.

Yo hago lo imposible por desbaratar tu guarida, porque es probable que si me dejo llevar por tu sentido, envejezca. Invito a gente joven y emprendedora a casa para que te renueve, te incomoda. Me río, y mi carcajada es desoída por el designio de tu pena, que hace de felicidad una frivolidad sin sentido.

Estás triste ¿La lucha está perdida? Un desencanto. Tus ojos, que antes fabricaban puentes con los míos, se dejan y observas un punto fijo por donde seguramente te pasa la película de esos años en que aún creíamos.

Tal vez, los culpables hayamos sido nosotros. De todas maneras intento como puedo traerte hasta mis brazos y te aprieto recordándote el vínculo, que nos salvó de la guerra.

Tengo miedo.

El descubrimiento

Cuando reciba este mensaje, pensará seguramente que descubrí algún continente, o alguna vacuna que pueda salvar a la humanidad de una enfermedad incurable. Le confieso que no se trata de eso, lo cual no quiere decir que sea menos o más importante de lo que esperaba que le diga, porque al escribirle esta historia, tal vez salve a la humanidad, a esa parte de la humanidad a la que le lleguen estos renglones.

Paso a relatarte, estoy presa. He tratado de identificar a quien o a quienes pusieron la llave a la puerta que me aisló del mundo. Años de infructuosa búsqueda perdiendo los más maravillosos amaneceres, el sol cuando atardece, la luna cuando llega, un amor. Tiempos en que mi resentimiento fue haciendo una lista de todos los posibles culpables que me sometieron a esas cadenas. Pero redondeo, quizás a otros les pase lo mismo. De buenas a primeras, he descubierto algo tan simple que puede provocar su risa, y es que la puerta la cerré yo misma, la llave la tengo yo, las cadenas están dentro.

Luego de leer estas palabras, pensará que estoy afuera, gozando de maravillosos amaneceres, del sol cuando atardece, de la luna cuando llega, amando, y lamento defraudarlo, pero no es así. De eso quería hablarle, si está encerrado, o conoce a otros que padecen de este encierro, cuénteles este descubrimiento, es simple: La llave que se busca afuera puede estar adentro. Si es valiente, la salida se revelará no milagrosamente, sino peleando contra el fantasma más poderoso, que es el miedo, el miedo a ser, a ganar y a perder, a amar y a que lo amen, también y por que no, a que lo dejen de amar.

De todos modos, hay mucho más por ganar que por perder. Le pido por favor, que si recibe este mensaje, escrito dentro de una habitación muy pequeña, y gracias a la posibilidad que da este correo, lo transmita a aquellos que están atravesando situaciones parecidas, y ellos a su vez cuando se liberen, lo comunicarán a los que están por la calle y que se creen libres, y no son libres, presos de la monotonía, del trabajo, la falta de deseo, la fatiga crónica, la desidia, la ignorancia y tantas otras cosas más, que hacen de una persona un esclavo.

Como verá, no he descubierto ningún continente, ninguna vacuna para salvar a la humanidad de una enfermedad incurable, lo que no quiere decir que este descubrimiento sea menos o más importante que alguno de ellos. Hay descubrimientos que no salen en los diarios y que no los publica ninguna

editorial, pero que le pueden salvar la vida, porque al escribirle esta historia, tal vez salve a la humanidad, a esa parte de la humanidad a la que le lleguen estas líneas.

La hoja

Les voy a contar la historia de un hombre muy pero muy aburrido. Un hombre apático. Para él, los días eran iguales.

Una tarde, salió al patio de su casa y se encontró con un bosque. Parecía una mesa tendida con distintos manjares de la naturaleza: árboles, flores de todos los colores y el sol brillaba de tal manera, que el cielo pintado de un celeste profundo, se asemejaba a una pintura. Pero el hombre, no podía ver. Entonces se dijo: Mañana será otro día.

A la tarde siguiente, la lluvia había convertido el paisaje, y un olor a tierra húmeda inundaba el ambiente, pero él no podía oler. Entonces se dijo: Mañana será otro día.

A la mañana siguiente el bosque se había transformado por la primavera, y los árboles estaban plagados de frutos jugosos y apetecibles, pero él no podía degustarlos. Entonces se dijo: Mañana será otro día.

A la noche siguiente, una mujer bellísima se paseaba por el parque y le profesó su amor, pero él no podía amar. Entonces se dijo: Mañana será otro día. Y ese día las copas de los árboles lo abrazaron como en un nido para contenerlo y cobijarlo, pero él no podía sentir. Entonces se dijo: Mañana será otro día. Una melodía inigualable lo despertó de esa siesta, y un coro de ángeles le cantaban armoniosos, pero él no podía escuchar. Entonces se dijo: Mañana será otro día.

Y ese día se trastocó en otro día, uno más aburrido que el otro y ese en otro, hasta que llegó esa tarde en que cuando salió al patio, no había nada.

El patio estaba totalmente vacío. Nada. Y el hombre en el límite de su soledad, comenzó a caminar y a correr, buscando algo. Y no había nada. Cansado, después de un largo tiempo de búsquedas infructuosas, halló para su asombro un pequeño brote, una hojita que le había ganado a la tormenta y que había

sobrevivido. Entonces, el hombre se dijo: Este es el día. Miró la hoja, y milagrosamente, se le aparecieron el bosque, el sol luminoso, las flores multicolores, los frutos, el cántico de los ángeles, las caricias de las copas, la mujer que lo amaba, y el nido para contenerlo.

Pues bien, quiero aclararles, que la hoja no fue el milagro, sino la manera que tuvo de mirarla.

Acuérdense también que es importante cuando dicen “Hoy es el día”.

Gris



Liliana Marengo. *Argentina*

Buenos aires. Argentina. Liliana Marengo, quien adopta en el año 2006 el nombre de Gris para las artes plásticas, nace en Quilmes, Provincia de Buenos Aires, allá por 1956. En sus antecedentes familiares cuenta con artistas. Su abuelo materno, Don Alejandro Cosme Salvador Morelli, fue uno de los pioneros del radio-teatro en Buenos Aires, y por parte de su padre, aparece la famosa cantante Isabel Marengo, prima de su abuelo. Si bien no tuvo la oportunidad de conocerlos, seguramente en su sangre se define la fuerza que la llevó por el arte desde muy pequeña, abrazando en su juventud el placentero cruceo que la llevó a bajarse en distintos puertos expresivos: poesía, cuento, dramaturgia, pintura y escultura. Entre sus grandes maestros figuran hombres de la talla del famoso dra-

maturgo y novelista Carlos Gorostiza, y de la calidad del prestigioso escultor Oscar Stafora. En cuanto a las obras de teatro ya estrenadas, podemos nombrar: Lucía está sola, El intermediario. En el 2006 fue seleccionada por el Editorial Dunkem para formar parte de una antología poética “Las horas secretas”. En el 2007 obtuvo un Premio Especial, por haber sido finalista en ambos géneros, relato breve y poesía, por la Editorial Mis Escritos, por lo cual formó parte de dos antologías. Hacia fines del 2007 obtiene un accésito por su relato hiperbreve: “Y de tus cenizas vendrán flores” (Grau Miró, Barcelona, España) De profesión Psicóloga Social, intenta incorporar el arte como su herramienta preferida, para redescubrir el maravilloso milagro de estar viva.

Beatriz Eugenia González Vélez
Colombia

Tres escenas de ciudad

SI-MI-la

1.

Corra, corra. Ya no es bueno que se deje ver por estos lados. Las alarmas andas disparadas porque los reportes de miradas hacia arriba aumentaron a cinco, y andan cazando a los “advertidos”. Yo leí ayer el boletín que sacaron los revisores y su número está en color rojo, eso no demoran en mandar a la patrulla de dirigidores a que la reubiquen y ahí sí que ni llorar es bueno. Desde que nos techaron la ciudad, usted no deja de meterse en líos. Ya le dije que deje de mirar así, como si... -¿cómo dice usted que es la palabreja? ¿Esperar? sí, esa es - como si esperara algo de allá arriba. Yo sé lo que me va a decir, que no puede evitar alzar la cabeza por encima del ángulo de rendimiento, pero por lo menos no... ¡Corra! Los dirigidores están en la esquina...

2.

Señor ¿puede ayudarme? como ayer cambiaron las combinaciones del mundo ya no puedo encontrar el lugar donde dejé mi casa. Me acuerdo que estaba en la mitad de la A 79, giraba de lunes a viernes hacia la izquierda y terminaba quedando en la plataforma superior a la del parque mirador. Es en la que mirando al piso, los sábados entre 6 de la mañana y 9 de la noche, se alcanza a ver, a través de él, el lago del parque, creo que esa es la A 33. No sé si la ha visto, es una con techo amarillo y fachada blanca... ¿no?

Lo único que sé es que cambió de zona, ahora está en la “N”; me acuerdo porque ahora el sol sí va a salir por el este. Lo que pasa es que ya no encuentro el instructivo de nuevas combinaciones que dejaron esta mañana debajo de la puerta, creo que se cayó en el cambio de la plataforma sur a la noreste. ¿Será que usted me puede prestar la suya?

3.

Esto ya no funciona, lo mejor es que ya no lo intentemos más. Lo he intentado todo pero esto ya no responde, y no siento más ganas de seguir tratando. No, no llores, no es para tanto. Te prometo que ya se remplazará. Lo sé, lo sé, lo sé, es importante para ti, no llores, para mí también fue algo chévere pero ya me cansé. Piénsalo, para los dos se ha vuelto insoportable, siempre que lo intentamos terminamos con menos ganas de seguir, con ganas de no limpiar más el reguero. Es mejor dejar hasta ahí y buscar algo mejor. Estoy seguro que hasta en la tienda de la esquina puedo encontrar algo que funcione mejor y que me haga cosas más dulces que esto. Por favor, no lo prolonguemos más, cada vez es más un estorbo que otra cosa. Dale, déjame votar la licuadora de tu abuela.

Beatriz Eugenia González Vélez. *Colombia*

Es Estudiante de octavo semestre de literatura, en la Universidad Nacional de Colombia. Su mundo ha andado por los buses de la literatura y cada vez está más metida en el trancón. En este momento está desarrollando, paralelamente a su carrera, junto al aspirante a arquitecto Andrés Serrano, y Bajo el amparo de la musicóloga y profesora de la universidad nacional Susana Fierdman, una suerte de guía psicogeográfica de Bogotá. Este proyecto intenta encontrar las percepciones de ciudad que los sujetos tienen según su manera de enfrentar el mundo. Su obsesión por la ciudad la ha

llevado a que sus enfrentamientos con la literatura estén mediados por la fuerte presencia de las miles de ciudades que a cada paso y a cada página se encuentra. Las relaciones con las cosas como significantes, las visiones de las ciudades y las formas de percibir el mundo de cada uno de los personajes, son algunos de los temas que permean los distintos textos de su producción literaria; así como son algunas de las preguntas con las que como lectora se enfrenta a una nueva obra del mundo literario.

Angel Alberto Castaño Guzmán
Colombia

Sombras nada más

“A nuestro modo, también somos carniceros”.

J.M.C.

Lo encuentra en los libros que le envía el hermano mayor. Pequeño bisturí. Mientras lee la sucinta carta, recuerda los globos rojos y las buganvillas de papel del anterior cumpleaños de su madre. Ésta, lectora constante de Poe y Conan Doyle, desde niña transitó por galerías en llamas, con la intención de transmitir señales del precipicio. Durante años llenó cuartillas con descripciones pormenorizadas de cuanto vio. Exploradora de los límites de la civilización, transcribió los hasta entonces indecifrables códices de la cultura, dejando detallado registro de las obsesiones que la minaron por dentro. Una pregunta, la misma que motivó los desvelos de los artistas de Altamira, apremió sus faenas. Ahora sus cuadernos son cúmulo de grises chapolas.

Apila los ejemplares sobre el diván. Libros. Vestigios de viajes a líneas fronterizas. En algunos calendarios, cuando la críptica caligrafía de las polillas desplaza la letra de molde, serán lanzados al cesto de basura.

Dobla la carta, se acerca a la ventana. Minúsculos paracaidistas desvían la luz de la bombilla. Afuera, en el pavimento humedecido por el chubasco, barcos diminutos recorren hilos de cristal. Cierra los ojos. Trata de recordar la mínima variación en la voz de la madre mientras tejía el cuento de las sombras. Sólo alcanza a percibir las notas finales de una fuga de Bach. Toma la carta. Hace el recuento de los libros. Mira las portadas.

Presa de fulminante paro cardíaco, les legó docenas de novelitas policíacas y recortes de crónica roja. Nota lapidaria acompaña la encomienda: no leo. Haz lo quieras con esa porquería. Graduada con honores de una prestigiosa universidad, su nombre apareció en innumerables ocasiones en revistas especializadas en culturas tribales. Sus textos, auténticas brújulas para generaciones de antropólogos, marcaron un luminoso hito en las ciencias humanas. Sostuvo nutrida correspondencia con Adorno y Derrida. Poco después de presentar ponencia sobre las supersticiones druidas presentes en la historia de Dorian Gray, se retiró a su casa campestre.

Llama su atención la antología de relatos periodísticos sobre los criminales más sangrientos de la historia reciente de los Estados Unidos. La mirada de Charles Manson, en la ajada carátula, con ligeras incisiones, recorta la platina de la decencia y traza, con precisión milimétrica, siniestras cartografías. La única edición en español fue impresa por una editorial argentina dedicada a la difusión de folletos fascistas que, en los primeros meses de la junta militar, tenía sus oficinas en el oscuro sótano de un edificio de apartamentos. La traducción, encargada según persistentes rumores a un filólogo de la universidad de Berlín que aceptó a tiempo el pasaporte diplomático ofrecido por el gobierno de Perú, es impecable. Visto por la crítica literaria como inofensivo libro, más cercano a modas consumibles que a serios ejercicios periodísticos, pocos comentarios en la prensa cultural mereció. El prologuista, almirante chileno con fama de intelectual, fervorosamente aconseja su implementación como manual policiaco, porque, a pesar que en fragmentos la narración es condescendiente con ellos, la mayoría de los asesinos están tras las rejas.

Lee el libro de un tirón. A pesar de dormir poco y mal, llega puntual al trabajo. No disimula los cuervos que revolotean en los ojos. En las impersonales oficinas de una transnacional dedicada al comercio de materiales didácticos para niños entre cinco y nueve años relee las líneas subrayadas. Su trabajo consiste en contratar vendedores itinerantes y supervisar la distribución de catálogos

de la compañía en librerías de la región. Viaja, de un lugar a otro, en el sedán de la empresa.

Decide escribir novela negra. Estudia la jerga médico-detectivesca de los novelones norteamericanos. Encuentra en Sam Spade de Hammet el arquetipo del investigador privado. En pequeña libreta marca las coordenadas del argumento: nada quedará por fuera del metódico análisis; uno a uno, todos los clichés del género, desde las obsesiones oníricas del asesino en serie hasta la marca del carmín de la femme fatale, llevados en sobria prosa a su máxima capacidad expresiva, conformarán el libro total. Será, guardando las proporciones, el Cervantes de las cloacas.

Con toda seguridad asiste por unas semanas al taller literario de Mario Couto, pues más de una referencia hay en su diario, valiosa fuente de información de esos frenéticos meses, de los ácidos comentarios que los borradores suscitaron en el autor de No Digas Nada.

En correo electrónico a su hermano, fechado el ocho de marzo de 2009, explica los pormenores del plan: repartirá la edición, financiada por él, entre los amigos. La trama, llena de guiños, será sentido homenaje a los libros subrayados por su madre. Forma extraña, si se quiere incomoda, en todo caso tardía, de festejarla en terreno familiar. Inquieto, pretende dar paso significativo en el planteamiento del problema. Alineados en ajedrez suicida, los personajes seguirán las pistas que él, grettel alucinada, dejará esparcidas en el texto. El criminal, por invisibles hilos, no será otro que la víctima; el supuesto homicida, chivo expiatorio de un mecanismo que no deja cabo sin amarrar; el detective, suspiro entre abismos, atónita marioneta en baile de imposturas.

El primer ejemplar, con sentida dedicatoria, en el sarcófago familiar lo pondrá, junto al jarrón de las cenizas. Con maliciosa intención escribe que los lectores más aptos, por su desapasionado juicio, son los muertos. Por esos días, confiesa al final del mensaje, tiene un sueño recurrente: en silla de dentista, Rulfo, enfundado en reluciente bata, se zurce la boca con aguja capotera.

El miércoles tres de junio nota marginal en los periódicos de la ciudad acapara la atención de todos. El conductor de un automóvil rojo, un hombre de tez olivácea, cabellos claros y refinados modales, es detenido en las afueras de la ciudad por un agente de tránsito. Después de las preguntas de rigor, el oficial le exige al hombre salir del auto. Impávido, el sospechoso agarra el volante y,

a pesar de las cada vez más airadas recriminaciones del policía, deja huir su mirada en las marchitas alas de la noche. Consternado, aquel decide esposar al hombre y revisar el auto. Encuentra en la cajuela un bisturí y el cadáver de una anciana en avanzado estado de putrefacción. Escribo una novela, agente... no es lo que parece, es lo único que dice el detenido al ser conducido a la Jefatura de Policía.

Recorre la escena del crimen por enésima vez. Vasos rotos... el bisturí. Lápiz labial en las paredes y envoltura de caramelo sobre la repisa. En las lecturas de las últimas semanas aprende que el crimen es rebelión del espejo. Todo da nuevas luces al caso. Ya no está tan convencido del móvil.



Angel Alberto Castaño Guzmán. *Colombia*

Armenia, Quindío. Colombia Editor de la revista cultural La Avenida. Videasta y do-

cumentalista. Estudiante de Comunicación social-Periodismo Universidad del Quindío.

Rodrigo Antonio Romero García
Colombia

Por omisión

Jakob Von Gunten

Yo primero, ella después. Yo en el dieciocho, ella en el quince. El ascensor desde el veintitantos hasta el primero. De arriba hacía abajo. Ella algo compleja, eso sí, aunque también un poco típica. Algo hermosa también, pero solo algo. Completamente de negro, cabello desordenado con un mechón sobre la frente, sus piernas sin medias. En la mejilla izquierda un leve rasguño. Con puro aspecto de polvo rápido. Muy rápido en mi opinión. En mi cabeza la imagen de una revolcada. Ahora mi mente sin Mariana insatisfecha en el dieciocho, tan solo con la chica de negro. El aire dentro y fuera de su cuerpo con modesta velocidad, un poco agitada. De nuevo las secuelas del polvo, sonrisa a medias en mi cara. El ambiente con una palabra enredada: incomodidad. Pura proxémica trasgredida. ¡Que ascensores tan pequeños los de hoy en día! ¿Mejor frente a frente o lado a lado? Tal vez una palabra, pero mi cobardía siempre conmigo. Y la imaginación sin piedad, con la solución del imbécil, la imagen de un beso inexistente. Sí, solo algo hermosa, pero sin posibilidad de omisión. Sin posible olvido. Sin ignorancia posible. Ella como el hilo rojo, liquido en su mano. Las dos cosas bastante particulares. Imposible la obviedad. Lo mismo que la extraña falta de cartera. El hilillo liquido de por si extraño. El hilillo de la mano ahora en gotas. Las gotas muy seguidas, muy rojas, muy espesas. Una certeza por todo mi cuerpo como un escalofrío. Las gotas hacía el piso. Muy rojas, muy espesas. El aire dentro y fuera de su cuerpo con furiosa

velocidad. Mi cara ya sin sonrisa. Angustia en la de ella. Afán los dos. El sonido sinónimo de primer piso. Las puertas del ascensor separadas, la luz mortecina de los sesenta vatios en el corredor; a la izquierda una puerta marrón, pequeña, letrero de PARQUEADERO. A la derecha una gran puerta de vidrio, doble, letrero de RESIDENCIAS PANORAMA. Ella primero, yo después, pero en un momento los dos afuera. Las puertas del ascensor unidas de nuevo. Ella hacía la izquierda, yo hacia la derecha. Pero yo sin prisa, en cambio ella con mucha. Tras la puerta de vidrio unos sujetos. Cara de pocos amigos los sujetos. Afuera un grito, seguramente desde una ventana en lo alto. Los sujetos con la vista ahora hacia arriba. Un segundo después de vuelta la vista hacia adentro. Ahora acelerados los sujetos en pro de un negro vestido. Ella con ventaja física, de distancia, ellos con ventaja armada, de pistolas. Ruidos sordos, tal vez disparos. Ahora yo afuera. Una noche muy fría. Como un recuerdo el beso imaginado por fortuna inexistente.

Rodrigo Antonio Romero García. *Colombia*

25 años. Nacido en Bogotá. Estudios de Artes Plásticas en la Academia Superior de Artes de Bogotá, Diseño Industrial en la Universidad Nacional de Colombia, Fotografía, Taller de Escritores de la Universidad Central (2007), Cine en la Universidad

Nacional (2008). En los próximos días viajar a Argentina, a adelantar estudios de cine en el Centro de Formación Profesional del S.I.C.A en Buenos Aires. Escribiendo cuentos por espacio de cinco años

Jon Arza Pérez
España

Fans de nadie

“Urbano Maese”

“Las mejores fotos son las que no has expuesto”, anotó con letra firme en el cuaderno que el artista había colocado a la entrada de la sala de exposiciones, para recoger en él las impresiones de todos aquellos que quisiesen opinar sobre su obra. Aunque, en un principio, sus intenciones como visitante de las numerosas exposiciones a las que había asistido desde que empezó a interesarse por el arte fueron buenas, con el tiempo esta afición se convirtió en una tortura (por ser él el visitante y no el visitado) que fue reflejando de manera progresivamente lacerante y ofensiva, en los cuadernos que se encontraba a la entrada de cada nueva exposición. Nadie conocía su identidad porque se ocupaba con relativo esmero de modificarla cada cierto tiempo, ya que podría ser fácilmente reconocido en alguna de sus numerosas visitas. Lo que sí se reconocía ya con sobrada claridad, eran sus afilados y ácidos comentarios, su letra (inconfundible y temida) y su firma: Fernando. Éste era el seudónimo que empleaba para firmar los dardos envenenados que lanzaba contra aquel que le recordase el grado de mediocridad preocupante en el que poco a poco se estaba instalando. Ya no se conformaba con dejar su inevitable impronta en cada cuaderno. Comenzó a adoptar varias personalidades a las que adjudicó un tipo de letra diferente, un estilo de comentario distinto (pero igualmente castrador) al que empleaba bajo el nombre de Fernando, y por supuesto un nombre para cada nueva firma. Hasta llegó a comprar un cuaderno y un bolígrafo porque un día no los encontró a la entrada de la exposición, como habitualmente hacía. De esta manera consiguió llenar cuadernos enteros de lindezas del estilo

de: “el arte debería empezar a prescindir de representantes como tú”, “tratas al espectador como si su nivel de asimilación fuese equivalente a tu nivel de representación, es decir nulo” “si para ti la realización de esto ha supuesto una catarsis, para el espectador, catarsis será poder olvidarse de ello”, etc. Era un hombre especialmente dotado para el despropósito. Lo que más placer le reportaba en la vida, aparte de condenar, era comprobar el efecto que sus críticas hacían en las personas hacia las cuales iban dirigidas. No conforme con eso, algo que ya le había ocurrido con anterioridad, empezó a interesarse por todas las personas que, al igual que él, habían tratado de desanimar miserablemente a los artistas. Con este propósito fundó un club llamado Fans de nadie en el que el máximo requisito consistía en tener una más que notable dosis de bilis, amargura y resentimiento hacia las personas que habían conseguido todo lo que ellos ni siquiera habían intentado. El club duró varios meses. Se disolvió cuando alguien tuvo la brillante idea de colocar un cuaderno a la entrada de cada reunión.

Jon Arza Pérez. *Colombia*

Nació en San Sebastián hace treinta y dos años, y soy diseñador gráfico. En 1998 obtuvo el tercer premio en la VIII Edición del “Certamen Nacional de Declaraciones de Amor” de Fuenlabrada. Obtuvo un accésit en el XXVI Concurso De Relatos Ciudad de Zaragoza 2008, además del segundo premio en el XIII Certamen Literario de San Jorge De Madrígueras (Albacete) 2008 y

el primer premio en el V Concurso Literario De Cuentos Fiesta Mayor de Gracia (Barcelona) 2008. También fue finalista en el III Certamen De Literatura Hiperbreve Pom-pas De Papel 2006. Aparte de esto, hasta la fecha llevo escritos catorce libros, ninguno de ellos publicado: ocho de relatos, dos novelas y cuatro poemarios.

Carlos Adolfo Facal
Argentina

El Juego

El paño verde desgastado de roses, la luz perfectamente centrada, suficiente humo de tabaco de pipa y cigarrillos, cuatro en la mesa redonda, ocho ojos como bisturís, tipos observadores, desafiantes, con gargantas de whisky y hielo, con noches y amaneceres de neón, con códigos de pactos y deudas. Voces siempre susurrantes. Cuatro caras conocidas, caras de muecas de goma y plastilina. Con bigote, con barba descuidada, con ojeras de generaciones sin dormir.

Sillas gastadas de visitas eternas, cada una con su dueño, cada dueño con sus cábalas y martingalas, desafiando espacio y tiempo, rol y destino. Y la vida en juego corto de cuatro y sin tope.

La picada que Marta preparó se aburre en una mesa con ruedas en un costado.

Amadeo se acelera y desafía al resto elevando la apuesta mas del doble, José Luís acepta y agrega dos fichas de veinte, la suma es elevada, Miguel se va al mazo y el desconocido acepta y pide magnificar la apuesta, Amadeo lo quiere seguir pero se le va de presupuesto, pide a la banca y sigue en la partida. Parece un cowboy con gorro y botas tejanas, una barba desapareja de días, muestra el poco filo de su navaja de afeitar, observa en silencio mientras la partida se pone lenta y barrosa, los participantes desconfían y agudizan los sentidos en busca de un descuido, un gesto, un indicio de debilidad o miedo.

Marta aparece como un fantasma. No es percibida por ninguno, toma la bandeja y desaparece en la oscuridad de un pasillo, se escucha un portazo.

José Luís aprieta las cartas y las ojea una vez más, saca un encendedor de oro, lo rosa contra los jeans, en la primera descubre la tapa y a la siguiente pasada lo prende con un chispazo, acerca el cigarro negro, da dos pitadas profundas y larga sin prisa el humo negro y denso.

El desconocido marca el paño con la uña del dedo pequeño que es extremadamente larga, sabe que en otros tiempos eso lo delataría. El extraño tiene uñas como garras y unas manos peludas cubren las cartas. Luego se recuesta contra el respaldo de silla llevándose las cartas consigo, sonrío y sube la apuesta. José Luís no retrocede, lo exige y duplica, tiene ruta de paño, no es de escapar a las primeras persecuciones y tiene resto.

Amadeo retuerce las cartas, se rasca la oreja, se miran como si alguien hubiera largado un pedo y buscan descubrirlo. No era de exagerar, tomó las fichas suficientes para igualar y esperó.

El desconocido detrás de una cortina de humo se desfigura y su rostro parece mutar; las orejas estiradas en punta sobre la cabeza como si hubieran tirado de ellas para hacerlo nacer; la boca se ladea de un costado, resabios tal vez de una parálisis. La lámpara señala el paño y olvida los rostros, en plena oscuridad y bajo la tensión del juego no todos se percatan y a otros no les parece importar, lo único es la partida. En la habitación solo existe lo iluminado, mas allá, la imaginación. El círculo ya no es tan amplio, las horas se amontonan entre las arrugas de las manos hinchadas, de los ojos entrecerrados, en las comisuras y los cuellos. Se hace tarde y el tiempo es importante.

Una bandeja flotante pasea té, la boca seca necesita un lubricante que desempaste y despegue la lengua del paladar; se sirven y lo dejan humear un montón de segundos. Las manos de marta recogen la bajilla de los tres. Una cierta cantidad de minutos después, Amadeo se refriega los ojos, endereza la espalda que parece rechinar como una bisagra seca de portón antiguo y se relaja unos minutos, Marta comienza la limpieza del cuarto, ordena las fichas, estira el paño, respira hondo y ayuda a Amadeo con los cadáveres.

Carlos Adolfo Facal. *Argentina*

Tandil, Buenos Aires, Argentina

Juan Carlos Garrido del Pozo
España

Amigas

De haber sido hombres, casi con toda seguridad el silencio habría pesado entre ellos y tendrían que haber recurrido a algún lugar común para aligerar la situación, pero en su caso, aunque hacía ya más de cinco años que no se veían, tras la primera andanada de salutations y falsos besos, con los que apenas se rozaron por no descomponer el maquillaje, la conversación fluyó espontánea, como si retomasen los asuntos del día anterior.

Una vez que se acomodaron en la mesa del restaurante, Clara le dio a las otras dos amigas el regalo que les había traído: una foto, enmarcada en alpaca, en la que aparecían las tres.

- ¡Cielos, debe de ser de hace un siglo! ¡Si es de cuando estudiábamos en Salamanca!

Susana era la más guapa de las tres. En verdad, era la más guapa de la facultad de farmacia y podía elegir a los chicos, de hecho solía hacerlo. La foto la captaba a la perfección tal como había sido, de una belleza insultante y casi irreal. Muchos no acababan de entender qué es lo que pintaba ella con

una casquivana como Silvia y un “engendro” como Clara, y lo cierto es que lo hacía por el simple motivo de que podía permitírselo. Desde luego, ¡cómo era Clara! En la foto se la veía con esas gafas espantosas y ese pelo aplastado, pegado a la cabeza, ¡era tan patética!

La que ahora daba pena era ella; había cogido un promedio de cinco quilos con cada uno de sus tres embarazos, que la hacían parecer una auténtica matrona. Cuando quedó encinta de su segunda niña, dejó de trabajar; muchas veces lo lamenta con amargura, si bien entonces le pareció lo más adecuado. El sueldo de profesor de instituto de su marido no les da para muchas alegrías, y ha dudado varias veces si podía permitirse el gasto de salir a comer hoy con sus amigas. Aunque él era uno de los chicos más guapos de la pequeña ciudad donde vivían —aún seguía siendo muy atractivo— a menudo se planteaba si no se equivocó entonces, si no le hubiese ido mejor de haber escogido a uno con más posibles. Además, sospechaba que la engañaba con una compañera.

- Muchas gracias, es un detalle precioso.

Silvia esboza una sonrisa, reprimiendo a duras penas la mueca que pugna por salir. De aquellos tiempos vienen sus problemas. Ella no era fea; de hecho, la mayoría de los chicos la hubiese encontrado atractiva, pero al lado de Susana parecía un trasto viejo. Siempre la enervó esa maldita manía suya de cargar con Clara, los chicos las veían poco menos que como dos gárgolas que custodiasen a la princesa; enseguida dio con la solución: en cuanto que Susana se descuidaba un momento o iba al baño, ella se lanzaba sobre ellos; la mayoría prefería la seguridad de hacerlo con ella a la incierta posibilidad de aspirar a Susana. Entonces contrajo la infección que le ha ocasionado el cáncer de útero que padece ahora.

- No hay de que. Vi por casualidad esta vieja foto y la encontré tan simpática que no me pude resistir.

Clara también tiene que contenerse. No ha intervenido casualidad alguna y le cuesta trabajo ver la foto sin enfurecerse. Siempre se sintió junto a ellas como el patito feo; incluso odiaba a su madre por haberle puesto ese nombre tan espantoso, hasta en eso se sentía inferior. Ahora es una alta ejecutiva de una multinacional farmacéutica e invierte buena parte de sus ingresos y tiempo libre en su mejorar y mantener su físico; se ha operado la vista, la nariz y los pechos, y, por fin, no se siente inferir a sus amigas: la verdad se aproximaría más a lo contrario. Por eso ha traído las fotos. Cuando se citaron por teléfono,

a instancia suya, no sabía que Susana iba a estar hecha una vaca y que Silvia iba a tener ese aspecto horrible, casi de yonqui en fase terminal, si bien intuía que ella sería la mejor, como lo prueba el hecho de que el chico de la mesa de al lado, apenas un muchacho, no le quite ojo a su escote, que deja poco lugar a la imaginación, ante la iracunda mirada de su novia.

El camarero trae el vino y brindan como camaradas inseparables, por cuya amistad no pasa el tiempo.

- ¡Por nosotras!



Juan Carlos Garrido del Pozo. *España*

Nació en Ávila, España en 1965, cursó estudios de ingeniería de telecomunicación y se dedica en la actualidad a la automatización industrial. Su primera novela, "Sombras chinescas", fue finalista del premio Planeta 2005. También ha sido ganador

del I premio nacional de microrelatos Hipálage 2007 del Premio Internacional de Pensamiento del Concurso Internacional de Microtextos "Garzón Céspedes" 2008, y finalista del premio especial Salzillo

Maykel Reyes
Cuba

Deje su mensaje después del bip

Eh... Ixchel... soy yo, May... veo que no estás o quizás ya estás dormida, así que... bueno, voy a dejarte este mensaje, aunque confieso que me gustaría decirte estas cosas frente a frente... no sé si me escuchas bien... estoy en medio de la calzada... hace frío... está lloviendo...¡pof! son casi las dos de la mañana... pero es que estaba en casa, leyendo, y de pronto descubrí algo que... bueno... inevitablemente me hizo pensar en ti... encontré tu nombre en un diccionario... ¿sabes lo que significa Ixchel en maya?... arcoiris... era la diosa de la luna... es hermoso, ¿verdad?... supongo que ya lo sabías... ahora me doy cuenta de que sí, de que ya lo debes haber sabido, quizás desde el primer día... pero he sido tan tonto, tan egoísta que... no sé, me siento ridículo hablándole a una máquina... Ixchel, mi ángel, ¿estás ahí?... por favor, yo... si estás te pido, te ruego... en algún momento tenemos que hablar sobre lo que pasó... o mejor dicho, debo hablarte sobre lo que pasó... claro, a estas alturas imagino que no quieras saber de mí... pero creo que por lo menos merezco que me escuches... una última vez al menos... Ixchel, mi ángel... no... no hagas esto más difícil... estoy consciente de que fui quien creó esta situación... lo eché todo a perder, ¿no es así?... ¡me cago en la mierda, coño!...

después de tres años... itres años!, vengo como un idiota y lo jodo todo... sabiendo cuánto querías tener a ese niño... los planes que diariamente hacías... los juguetes, la ropita... hasta el nombre, idios santo!... y yo callado, sin atreverme a contarte que ya yo no... iuf!, esto es difícil... no te imaginas cuánto... yo no te conocía todavía, ni siquiera imaginé cuando te conocí que me fuera a involucrar de la manera en que lo hice... en verdad, ni siquiera pensé que lo nuestro fuera a funcionar tanto tiempo... sí, espérese un segundo, ¿no ve que estoy hablando?... icarajo!... ¿qué te estaba diciendo?... iah, sí!... fue una decisión un poco drástica, pero en su momento pensé... creí que era lo mejor pa mí... no creas que fue una decisión que tomé de ahora pa ahorita... siempre llegué a la conclusión de que era lo más acertado... lo creí en serio, hasta que te conocí y me confesaste que querías... lo que más me jode de todo es que tiempo suficiente tuve para contártelo... cuando pensaste que eras tú la que no podías... todo el tratamiento médico, la espera, la angustia... yo me acostaba todas las noches y me decía a mí mismo: tengo que decírselo, ahora es el momento de hacer confesiones... pero en el fondo... soy un cobarde, mi amor, lo sé... lo reconozco... siempre terminaba diciéndome: mañana se lo digo, mañana será el día... y ya sabes como son esas cosas... uno lo va dejando y lo va dejando, hasta que... bueno, me tocó a mí hacerme los análisis... y ni siquiera así me atreví a contarte... fui al policlínico, me hice las pruebas... ese día quise decirte cuál iba a ser el resultado, pero tenía tanto miedo... itanto!... icojone, que estoy hablando!, ¿ino ve que es importante!?... amor, sé que me pediste que no te llamara ni te buscara más... te juré que no lo haría... pero no podía pasar más tiempo sin decirte que te quiero... que te extraño... mi ángel, esto se va a caer ya... no tengo más menudo y las llamadas de larga distancia cuestan un ojo, tú lo sabes, así que... cuando escuches este mensaje, por favor, piensa en mí, en lo que hemos vivido juntos y recuerda que te quier... bip...bip...bip...bip...bip...bip...

Soñar despierto

Cada vez que preguntan mi profesión, respondo lo mismo: Soñar despierto. Los primeros creen que de tanta soledad he terminado por volverme loco. Dan la espalda y se van, echándome a un lado como a un perro con sarna. Los segundos se me echan a reír en la cara y dicen que esa no es una profesión. ¿Por qué no?, les pregunto, y cesan las risas y sobreviene el silencio, pues la

verdad es que no saben qué contestar. Los terceros son los mejores. Cuando respondo: Soñar despierto, veo el pánico reflejado en sus ojos, la certidumbre de que sus vidas cuelgan de un hilo. Por favor, me suplican, no te duermas nunca. Les pido que no se preocupen, pues no tengo intención de dormir en los próximos cien años. Entonces se alejan sonrientes, agradecidos de mi bondad. Pero algo en sus ojos les delata. Un brillo extraño. Nunca logran extirpar del pecho el temor a que si el día menos pensado me diera por echar un pestañazo, sus vidas pudieran acabar de golpe. Como de un plumazo.

De remate

Lo veo dar vueltas alrededor del patio y no puedo evitar acercármele. Le pregunto si está perdido y me responde que sí.

-¿Qué planeta es éste? —me pregunta.

Le respondo que La Tierra, el tercer planeta del Sistema Solar. Quiero saber si necesita ayuda y me extiende un papel y un lápiz.

-Píntame una mariposa.

Suspiro. ¿De qué se trata todo esto? ¿Es que acaso hoy es el Día Nacional de los Tipos Perdidos? Le dibujo la mariposa y me maravilla el brillo de sus ojos mientras contempla el pedazo de papel. No es por nada, pero soy buen dibujante y parece que ellos lo saben. Ya esta mañana tuve que dibujarle una oveja a otro tipo que decía venir de un planeta con tres volcanes y una rosa. Si la cosa sigue así, muy pronto podré montar mi primera exposición en el Pabellón principal.

La aspiradora

Siempre supe que tarde o temprano terminaría por ocurrir una desgracia. Hoy, finalmente, ocurrió. La aspiradora se encendió con mal humor y engulló de golpe la alfombra, los muebles, al gato y a nosotros, sin que pudiéramos hacer nada para evitarlo. Ahora estamos todos aquí, como en el vientre de una ballena, rodeados de cuanta mierda existe...

Pensándolo bien, igual sería si estuviésemos afuera.

Génesis

En un inicio fue una cosquilla, irritante, persistente. Luego fue el estornudo brutal y las incontables gotas de saliva que salieron disparadas en cualquier dirección. Durante siglos la saliva se mezcló con el polvo cósmico y surgieron las galaxias, los sistemas solares, los planetas. Los microbios se juntaron para formar la vida en la Tierra y así nació el Hombre. Los hombres, más tarde, quisieron adorar a su Creador y comenzaron a estornudar también. Y vio Dios que la gripe era buena y mandó a retirar de las farmacias, el único jarabe capaz de eliminar tanto Caos.

Maykel Reyes Leyva. *Cuba*

La Habana, Cuba, 1975. Escritor y guionista. Egresado del Centro de Formación Literaria "Onelio Jorge Cardoso". Tiene publicado el libro de cuentos *Acá*, en la orilla del mundo, Ediciones Extramuros, 2004. Aparece antologado en el libro *Vida laboral y otros minicuentos*, editorial Caja China, 2006. Premio Ernest Hemingway, 2000. Beca de Creación El Caballo de

Coral, 2000. Premio Nacional del Consejo de Casas de Cultura en El Dinosaurio, 2005. Mención en el Luis Rogelio Nogueiras, 2008. Ha colaborado con las revistas *Parva*, de Tabasco, México; *Extramuros*, *El cuentero* y la revista digital *MiNatura*. También ha colaborado con los periódicos *Granma*, el *habanero* y el semanario internacional *Orbe*, de Prensa Latina.

Ginés Mulero Caparros
España

La cláusula

aron al amanecer, Jonás vaticinó la derrota, pues el pescador asume que cada día se libra una batalla contra el destino. Había visto volar un pájaro negro muy cerca de la nao.

—Hoy volveremos a la playa sin botín— dijo.

Los demás lo miraron asombrados y estremecidos. Se habían acostumbrado a respetar las palabras de ese viejo capitán.

Se adentraron varias millas en la mar serena. Cada uno contempló la serenidad de la mar con diferente asombro, pero con la misma resignación. Llegó la tarde y los peces no picaron.

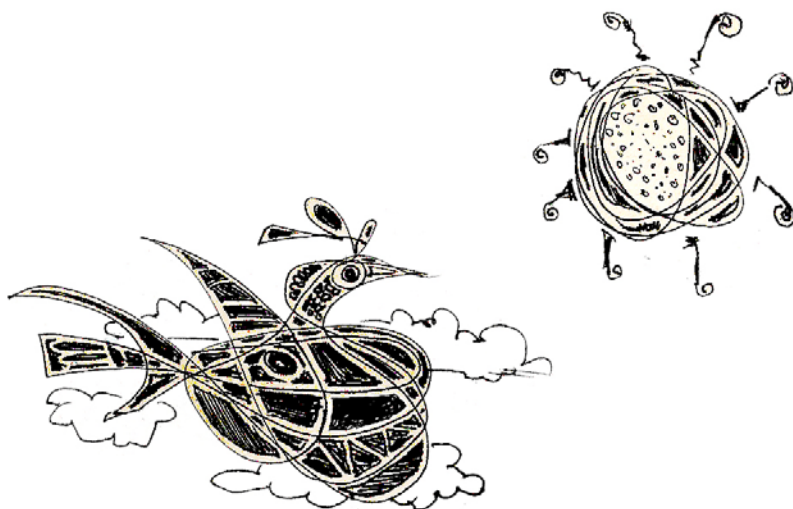
Ya se disponían a realizar la retirada cuando Jonás les advirtió de la presencia del pájaro negro que flotaba en la estela de espuma que iba dejando atrás la barca.

—Nos ha seguido todo el tiempo— dijo Jonás. —Es una mala señal para los tres. Sobrevoló la barca y se dejó caer sobre el agua dispersando los cardúmenes— prosiguió pausadamente consternado.

Como siempre, sus compañeros lo escucharon en silencio y emprendieron su marcha de regreso.

En la playa recogieron sus jarcias, las echaron los tres en sendas tulas y caminaron en direcciones diferentes, como entes, sonámbulos. La barca, mientras

tanto, se fue llenando de pájaros negros, vagando a la deriva hasta hundirse completamente entre el oleaje verdeazulado de una mar que empezaba a en-crespase.



Ginés Mulero Caparros. *España*

Viladecans, Barcelona. España. Profesor con la Especialidad de Ciencias Sociales. Licenciado en Geografía e Historia. Primer premio en el IX Concurso literario internacional de cuentos Querido Borges. Mayo de 1996. Hollywood, California, EE.UU. primer premio en el VII Concurso literario internacional de cuentos Tirant lo Blanc del orfeón catalán de México. Abril 2007. México. Primer premio en el X Concurso li-

terario internacional de cuentos Fernando Belmonte. Junio de 2008. Trigueros. Huelva. Primer premio en el XII Concurso literario sección internacional Carmen Báez, Noviembre de 2005. Morelia, Michoacán, México. Primer premio en el III Concurso literario internacional de narrativa Paco Gandía. Asociación artístico literaria itimad. noviembre de 2008. Sevilla. entre otros importantes premios.

Lola B. Gallardo
España

Ana sueña con cronopios y laberintos

Amo a Ana, Ana ama a Cortazar y con eso tenemos que vivir, desoladoramente yo y encantada ella y cuando digo encantada no me refiero sólo al hecho de estar feliz por amar a un escritor muerto, que Ana lo está, sino a que Ana, mi amada Ana sufre una suerte de encantamiento que hace que la realidad sea siempre otra, distinta y aparente, equívoca y juguetona cuando ella la ve. Cuando la ve con los ojos de Cortazar, dice ella y se queda tan ancha acrecentando mis dudas de hombre corriente y blindándose en un mundo de claves misteriosas, relojes y cronopios que entienda a la perfección y que a mi me dejan a las puertas, en la calle sin poder acceder a una casa tomada quien sabe por qué.

Ana alimenta el engaño con un enigmático: “quizá no todo sea así. Igual nada es lo que parece”. Y sigue su vida sin desvelarme el misterio de cómo puede ser que las cosas no sean lo que parecen y es que, en presencia de Ana, las cosas se trastocan y se transforman en otras diferentes. Sólo con su sonrisa de dejar en suspenso lo que pueda ocurrir, Ana consigue que la crea aunque no la comprendo, así que, plantada en el pasillo abre la puerta del baño y me dice: “mira”. Entonces me confiesa que ve que la cortina de plástico de la bañera se agita hasta embravecerse como un océano que amenazase con devorar las baldosas, el inodoro y hasta el toallero térmico de Ikea. Cuando cierra la puerta del baño sigue amando a Cortazar mientras, ingrávida cruza el pasillo y yo la veo desaparecer.

Si Ana va a la compra y se para en el puesto del pescado, las patas de pulpo se arremolinan como las barbas de Neptuno y las lubinas son sirenas de piscina

de enero, con su melena chorreando y unas tetas redondas y sabrosas tapadas por conchas de mar. No se que tiene con el mar y los hombres mordidos por peces, pero Ana no compra mucho pescado y yo supongo que lo hace porque no quiere comerse a la familia. Después de soñar y para no levantar sospechas sigue mirando el puesto, acuática y distante, como si en apariencia fuese una mujer normal.

Si esa misma tarde mi amada Ana se pone delante de la carnicería, el carnicero la mira con cara de cordero degollado, como no puede ser de otra manera y mi Ana sonrío, se le arquean las cejas y cuando abre el monedero para pagar la compra lo interroga sensual y generosa: “¿no me darás gato por pollo? Mira que las cosas no son lo que parecen”. Entonces creo que quizá ama a Cortazar por sus mentiras de fabulador, por sus juegos laberínticos del 28 al 52 y la Maga por medio. Quizá. Quizá ama también la muerte de Rocamadour. Lo cierto es que yo la sigo aunque no me ama y quiero creer que el carnicero le da pollo por pollo como un hombre vulgar porque no soportaría que amase también sus engaños. A fin de cuentas él no es Cortazar.

Cuando vamos en el autobús camino de casa, Ana mira las barras metálicas atornilladas al techo y las manos que cuelgan para aferrarse a algo que les evite caer. Le gustan las manos izquierdas porque mi Ana es zurda y para escribir se dobla sobre si misma y se enrosca como un ovillo de lana en un cesto y yo la veo de lejos, como siempre. Me parece una escolar con su falda de tablas, sus piernas interminables y me gustaría que se parase un rato, ese rato en que no fantasea y no ama a Cortazar y comer es sólo comer y agarrarse en el autobús sólo evita la desgracia de caerse. Pero mi Ana no puede o no sabe o no quiere dejar de inventar y las manos de unos ya son otras en las manos de otros que no las reconocen y se encuentran de repente con una mano extraña que les desvela los secretos del sexo, de tocar el piano a una mano o de ser una mano adoptiva.

Al bajarnos en la parada me acusa de ser encantador pero aburrido. Lo hace siempre con su risa de inventora de horóscopos y destinos, invitándome a su juego. Acelerando el paso se adelanta y me recrimina que no vea que las cosas no son lo que parecen. Yo la sigo hasta el portal y la amo más porque es verdad que las manos de uno podrían ser de otro; yo estoy en sus manos y he perdido las mías enredadas en su pelo de hacerse y deshacerse la coleta.

Después, sin hablar, subimos los cuatro pisos a pie para que salgan a nuestro

encuentro las aventuras y cuando llega la hora de la cena ponemos el mantel, uno de flores que nos trajo su madre de Lisboa. Son orquídeas; yo le digo que son hortensias por hacerla rabiar porque para ella Hortensia es sólo un nombre cargado de promesas pero Ana, mi Ana no se enfada. En su mundo de juego y fantasía no se enfada.

Distraída, pinta caras con el tenedor en el mantel de flores y escribe palabras sonoras mientras cena, escribe amor, despedida, ballenas y grafiti y cuando yo le digo: “ya sé que no me amas” y espero ilusionado a que responda: “No digas eso, pendejo; ya sabes que las cosas no son lo que parecen”, Ana se calla y sigue dibujando. A veces se detiene y me mira con tristeza. Entonces hay un silencio real, de rato en que comer es comer y nada más. Después se levanta y cruza el pasillo hasta desaparecer para traer el postre. Deja atrás el oleaje de la cortina del baño, imagino que en la nevera ve las colas de pescado y supongo que piensa en la salsa del pollo de mañana pero sé que cuando vuelva a la mesa desde la oscuridad yo la amaré con locura y ella regresará del brazo de Cortazar, inaccesible y mágica de nuevo.

Lola B. Gallardo. *España*

Doctora en Filosofía pura y licenciada en Historia del Arte

Profesora titular en un IES público de la Comunidad de Madrid

Es alumna de un curso de escritura de la Escuela de Escritores de Madrid. Creo que

está todo escrito, sólo podemos cambiar el grado de fuerza con que decirlo y mis personajes son vitales y excesivos, puede que terribles quizá porque a veces también la vida lo es.

ISBN 958-97960-0-1



9 789589 796009



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

La Umbría, carretera a Pance

PBX: 884 22 22 - 318 22 00

Fax: 555 20 06 • A.A. 7154 y 25162

Línea de atención gratuita: 01 8000 913303

www.usbcali.edu.co

Cali, Colombia, Sur América

...a muerte de
...ue, para la justicia, no hay se-
...gunda oportunidad. Hoy se-
...Nadie cierra sus heridas
...declaración final de N
...antes de